

SARA FLAMENCO

La pieza que no encaja



ÍNDICE

[Una ayuda desde el Olimpo](#)

[¿Y ahora, qué?](#)

[Una loca más en el grupo](#)

[Puede ser mi gran noche](#)

[Copas tests y mensajes de texto](#)

[Mi caballero andante de lengua afilada, al recate](#)

[New York, New York...](#)

[¡Y cayó la bomba!](#)

[Quien con niños se acuesta...](#)

[Si aún en pelotas te sientes bien...](#)

[¿Quién dijo que las sorpresas eran agradables?](#)

[El paraíso tiene chumberas](#)

[Días de pasiones, noche de confesiones](#)

[Los niños y los exnovios vienen de País](#)

[Pensar está sobrevalorado](#)

[Para decir eso, mejor no digas nada](#)

[Hay algo que huele muy mal](#)

[Perder lo que quieres para tener lo que mereces](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Para Sya, gracias por llegar y desordenarlo todo, pequeña vikinga

UNA AYUDA DESDE EL OLIMPO

“Próxima estación: Madrid, Puerta de Atocha. Final del trayecto”. La voz mecánica que se escucha en todos los trenes retumbó en el vagón atestado de gente en el que me encontraba. Yo sólo podía pensar en llegar a mi casa cuanto antes sin vomitar.

—Hay que joderse, antes las vomitonas eran por alcohol, no por pasarte el finde cambiando pañales— dije entre dientes mientras intentaba respirar profundamente.

—Disculpa, ¿decías algo?— preguntó el tío que se sentaba a mi lado. Si supiera lo cerca que estuvo de acabar bañado en toda la comida de mi madre no hubiera preguntado.

—No, no, perdona sólo estaba tarareando una canción— El señor me miró con una ceja levantada. Genial, ahora pensaba que estaba loca. Al menos no le había vomitado en la cara.

Me levanté, esperé a que pasara y fui a coger mi maleta de la balda superior del vagón. En cuanto me estiré noté un tirón en mi tripa y bajé las manos. Había aguantado las dos horas y media de trayecto sin vomitar, no podía empezar ahora. Además, me temía que cuando empezase iba a parecerme más a un aspersor que a una persona. Apreté los abdominales y volví a estirarme y esta vez conseguí bajar mi equipaje sin retorcerme de dolor. Arrastré mi maleta hasta el andén y coloqué el maxibolso encima que debía pesar tres veces más que la maleta. El por qué no había metido todas las cosas en la maleta de ruedas para que fuera más cómodo es un misterio. Normalmente soy más inteligente, no me lo tengáis en cuenta, fue ese virus que me comía las neuronas.

Fui parándome en todas las escaleras y las cintas mecánicas que me encontraba. Como me había dado buen resultado con la operación ‘bajada de maleta’ fui apretando la barriga todo el tiempo. Era lo más parecido a deporte que había hecho en los últimos días, tenía que volver al yoga. Conseguí salir a la calle y cerré los ojos para que la brisa me apartara el pelo de la cara pero la brisa se había convertido en una ventolera de aire ardiendo y mi pelo no podía apartarse de la cara porque estaba pegado por el sudor. Madrid a finales de julio. Una maravilla.

Comencé a contar mis pasos para mantener la cabeza ocupada y las arcadas a

raya. 1, 2, 3, 4, 5... 487, 488, 489, 490... Apoyé la espalda en la pared del museo Reina Sofía. Sólo me faltaban unos minutos para llegar a casa pero no creía poder aguantar un segundo más. Respiré como si estuviese de parto, esas ideas maravillosas que se te ocurren cuando no sabes qué hacer, y sólo conseguí marearme más. Apoyé los codos en las rodillas y me sujeté la cabeza con ambas manos. Poco a poco, las arcadas fueron remitiendo aunque todavía tenía una desagradable sensación de vacío en el estómago.

—Perdona, ¿estás bien?— me preguntó una voz grave.

Tragué saliva para comprobar que no iba a convertirme en la niña del exorcista y levanté la vista. Si hubiese podido hablar se me hubiese escapado algo no recomendado para menores de 18 seguro. Lo que me encontré frente a mí no podía ser de este mundo. Un pedazo de moreno con barba de varios días me miraba a través de sus gafas de sol. Desde mi posición parecía que medía por lo menos 3 metros pero creo que tengo el recuerdo un poco distorsionado por el impacto de encontrarme al Dios Zeus frente a mí. Me quedé mirándole embobada, con la boca abierta y los ojos saliéndose de las órbitas. Intenté contestar pero en ese momento me sobrevino una arcada y me tapé la boca rápidamente antes de volver a bajar la cabeza hacia mis rodillas.

—Vale, es evidente que muy bien no estás— dijo.

Se colocó a mi lado y me puso la mano en la frente. Esto sólo me podía pasar a mí. Conozco a un pedazo de tío bueno y corre el peligro de irse a su casa con los zapatos para el desguace. ¡Muy bien, Ana! Me dio un espasmo pero conseguí mantener toda la comida en el estómago y cuando los cientos de enanitos que tenía dentro dejaron de bailar *reaggeaton* volví a incorporarme y a mirar a mi Dios particular.

—Perdona, creo que no me encuentro muy bien— conseguí decir muy bajito.

—Sí, de eso ya me había dado cuenta. ¿Mucha fiesta el fin de semana?

—Ojalá hubiera sido por eso, no sería tan deprimente. Más bien consecuencia de pasarme el *finde* limpiando mocos y cacas de dos canijas de un año, que me han debido pegar todos los virus de la guardería.

Apretó los labios para no reírse de mí a carcajadas.

—Que sorpresa, no parece que tengas edad de tener dos hijos— Me dijo ¿Estaba tonteando con una mujer que casi le vomita en la cara? En mis sueños. En los húmedos, para más señas.

—No, no son mis hijos. Son mis sobrinos. Bueno, sobrinas. Dos. Vengo de ver a la familia y me he tirado todo el viaje aguantando pero creo que mi cuerpo ya no

me respeta más.

El chico se incorporó, cogió mi bolso que había dejado tirado por el suelo y se lo puso al hombro, agarró el mango de la maleta y me pasó el brazo por los hombros.

—Venga, hermosa. Te acompaño a donde me digas, es de mala educación dejar a una señorita vomitar sola.

Le dije dónde vivía y comenzamos a andar. Notaba el calor que emanaba de su cuerpo mientras su brazo me rodeaba los hombros. En otro momento de mi vida me hubiese puesto muy nerviosa la situación y hubiese pensado cosas sin coherencia como qué bragas me había puesto ese día o si había fregado los platos antes de irme. Pero en ese momento bastante tenía con poner un pie delante de otro y mantener mi estómago en su sitio por más que él se empeñase en escapar de mi cuerpo por la boca. Miré a mi salvador de reajo a través del flequillo que llevaba demasiado largo y me deleité con su marcada mandíbula y sus jugosos labios que tenía levemente fruncidos. Me hubiese encantado verle los ojos, pero los llevaba ocultos tras unas Rayban negras que le quedaban como a un modelo de catálogo. Sin previo aviso se giró hacia mí y me pilló mirándole embobada.

—Qué, ¿te gusta lo que ves?— me preguntó componiendo una sonrisa torcida.

—Estaba decidiendo si estaba demasiado loca por dejar que me acompañes a casa o el loco eras tú por arriesgarte a que una desconocida te vomite encima— contesté intentando salvaguardar mi dignidad, ya muy maltrecha de por sí.

—Yo también me lo pregunto. Te estás poniendo verde.

Bajé la vista al suelo y me sujeté el estómago con la mano. Nota mental: no intentar mantener una conversación interesante con Zeus. Noté cómo aceleraba el paso y me sujetaba fuertemente los hombros. Casi sin poner los pies en el suelo llegamos a la puerta de mi casa y le señalé el bolso sin abrir la boca para indicarle que me lo pasara. Zeus me ignoró y se puso a rebuscar en mi bolso con la mirada fija en mi cara. Al cabo de unos segundos sonrió triunfal y me tendió un manojo de llaves. Cuando las cogí vi que tenía algo enredado entre los nudillos que colgaba como un péndulo oscilando a derecha e izquierda. Quise llevar cuello alto para enterrar mi cara en la lana pero el escote de mi camiseta casi no tapaba ni lo socialmente aceptable. Él siguió mi mirada hasta su mano y estalló en unas carcajadas tan exageradas que la gente que pasaba por la acera se paró a mirarle.

—¿Llevas un tampón suelto por el bolso?— consiguió decir mientras se colocaba las gafas sobre la cabeza y se limpiaba las lágrimas.

—Se habrá salido del envoltorio... y del aplicador y... Que ojos más bonitos tienes— Esto último no lo tenía planeado, pero cuando me miró con esos ojos marrones y surcados de las arrugas que salen cuando te ríes mucho, me salió sin poder contenerlo. Cuando estoy nerviosa tengo diarrea verbal. Si alguien volvía a decirme en algún momento que los ojos marrones eran demasiado comunes me lo comería sin dejarle terminar la frase.

—Eres una cerda— dijo ignorando mi comentario—. Venga, anda, vamos arriba antes de que me arrepienta.

Todavía con las mejillas ardiendo abrí la puerta del portal y me dirigí al ascensor. Marqué el quinto piso y estuve mirando mis nuevas sandalias de plataforma hasta que llegamos arriba. Cuando se abrieron las puertas y levanté la vista él me estaba mirando divertido. Todo el lío del tampón había hecho que me olvidase del mareo pero, al salir al rellano, mi estómago viajó rápidamente hacia mi boca. Muchas veces he pensado que tu cuerpo intuye cuándo hay un retrete conocido cerca, porque no es la primera vez que me meo encima intentando abrir la puerta de mi casa. Casi no me da tiempo a subir las pocas escaleras que conducían al ático y entrar como un huracán en el baño. Vomité sin control y con un ruido bastante poco femenino y en mitad del proceso una mano me retiró el flequillo de la frente y otra me sujetó la melena. Intenté apartarle pero otra violenta arcada hizo que volviera a inclinarme sobre el baño y dejé que Zeus me mimase.

—Tengo que dejar de llamarte Zeus— dije cuando mi barriga dejó de dar saltos por fin. Tiré de la cadena y me senté en el suelo cerca del retrete por si volvía a saltar la alarma.

—¿Zeus? — preguntó sonriendo mientras él también se sentaba en el suelo cerca de mí —Me llamo Lucas, ¿por qué me has llamado Zeus?

—Bueno, me has salvado y...

—Zeus no es ningún Dios salvador— me cortó sin dejarme terminar la frase.

—Bueno, nunca he sido muy buena en mitología— contesté intentando salirme por la tangente. Si supo que me estaba yendo por peteneras no dijo nada, sólo sonrió y me acarició la mejilla.

—¿Te encuentras mejor, damisela en apuros? Ya ves que yo soy mucho menos imaginativo para los nombres.

—Ana. Y sí, me encuentro mejor aunque todavía tengo el estómago un poco revuelto. Muchas gracias, no tenías por qué hacer todo esto.

Ahora que me encontraba mejor le eche un repaso de arriba abajo. Llevaba

camisa blanca desabrochada y unos chinos beige. Parecía muy formal pero su pelo negro despeinado le daba un aspecto rebelde que me hacía pensar que esa ropa no la había elegido por voluntad propia.

—¿Vienes de trabajar?— le pregunté.

—Una chica observadora. Acabo de salir de una reunión con un cliente. ¿Y tú? ¿Pertenece a la empresa más grande del país? — como le miré con una ceja levantada se apresuró a aclarar —El paro, Ana, el paro. Ese virus descompone el estómago y licua el cerebro, está claro.

Me reí y volvió a darme una punzada en el estómago. Puse una mano en el abdomen y respiré profundamente antes de hablar.

—Me he cogido el día libre, trabajé el fin de semana pasado y me pude coger un par de días así que aproveché para irme a ver a la familia. Me voy a hacer una manzanilla a ver si se me asienta el estómago del todo.

Hice amago de levantarme pero él fue más rápido, se incorporó, me cogió de las manos y tiró de mí. Me llevó hasta el sofá y me ayudó a sentarme.

—Deja trabajar al chef, ¿manzanilla, entonces?— preguntó mientras hacía una exagerada reverencia y se encaminaba hacia la cocina. Cuando digo ‘encaminarse hacia la cocina’ me refiero a andar los dos pasos que la separan del baño y del salón. Cocina y salón son todo uno y separa el espacio una barra de madera de la que estoy muy orgullosa.

Miré divertida cómo abría y cerraba puertas y cajones. Encontró una taza, la llenó de agua y la metió al microondas pero parece que tenía problemas para encontrar las infusiones.

—Podría usted echarme una mano, diosa del mal— dijo cuando se dio por vencido.

—Abre el armario que hay arriba a la derecha del fregadero. Detrás de ese bote de café tiene que estar la manzanilla— le sonreí. Me encontraba muy cómoda teniendo en cuenta que un desconocido que me había sujetado el pelo mientras vomitaba me estaba haciendo una manzanilla en mi cocina.

Sonrió triunfal mientras sujetaba con el brazo en alto la caja de manzanilla. Cuando el microondas pitó sacó la taza, metió dos bolsitas dentro del agua caliente y volvió a abrir el armario.

—¿Azúcar? ¿Sacarina?

—Nada, muchas gracias. Me he acostumbrado a tomar las infusiones a pelo.

—Que erótico— contestó guiñándome un ojo mientras me acercaba la taza y la

dejaba sobre la mesa del salón.

Le miré de hito en hito e intenté ocultar mi cara tras la taza.

—¡Me cago en la puta! —exclamé dejando la taza en la mesa y dándome aire con las manos en la boca.

Seguro que mis vecinos del primero pudieron escuchar las carcajadas de Lucas, que se sujetaba la barriga con las dos manos y se revolcaba sobre el sofá. Al cabo de un rato dejó de reírse, se limpió las lágrimas y puso los pies en el suelo.

—Cuando te vi sola y desvalida a los pies del Reina Sofía me pareciste la mujer más femenina de este mundo pero me engañaste, eres un camionero. Esa camiseta debería haberme dado una pista...

Ni me acordaba de qué camiseta me había puesto. Y eso que me había costado darle largas a mi madre para no decirle qué significaba lo que ponía. Bajo un escote desbocado podía leerse en letras negras y grandes “*No sucks, no fucks*”. A mí me parecía muy original, aunque he de reconocer que se lo había visto a más de dos y de tres personas en el metro. Di un sonoro trago a la manzanilla que había vuelto a probar sin abrasarme y le sonreí roja como un tomate.

—Ese trago me ha dejado las cosas mucho más claras— dijo con un brillo oscuro en los ojos—. Venga vamos a dejar estos temitas y cuéntame a qué te dedicas.

¿Me estaba comiendo con los ojos o el virus me había llegado al cerebro? Ese tío quería algo más que sujetarme el pelo mientras vomitaba. O no. O puede que llevase demasiado tiempo mirándole con la boca abierta.

—La tierra llamando a Ana. Venga mona, que tu Dios te ha hecho una pregunta— me dijo con una sonrisa capaz de desarmar al ejército ruso.

—Pues sí que se te ha subido a ti lo de Zeus. Pues nada, soy editora de contenidos web.

—Vamos, que pones negritas en los textos que escriben otros, ¿no?— Genial, sabía de qué iba la vaina.

—Tú sí que sabes hacer sentir especial a una mujer. Me has pillado, normalmente la gente pregunta en qué consiste exactamente mi trabajo y yo tengo la oportunidad de maquillarlo para que parezca algo creativo, emocionante y moderno. Pero tú eres un capullo— le dije entrecerrando los ojos—. No es el trabajo de mi vida, pero paga este piso y los vicios. Como comer varias veces al día. Ese sí que es un vicio.

Se acercó un poco más a mí y puso su mano en mi rodilla. Se me erizaron los pelos del brazo. Menos mal que me había depilado la noche anterior.

—Venga, hermosa, no te enfades. Es que yo soy publicista y conozco el sector. Pero vamos, que tal y como están las cosas ya es todo un mérito estar trabajando de lo tuyo.

—Sé que sabes que mi trabajo a ‘lo mío’ se parecen lo que un huevo a una castaña. Pero se agradece el intento— le contesté con más acritud de lo que quería—. Oye, perdona, es que hace un par de semanas echaron a muchos de mis compañeros y todavía me estoy recuperando del susto—. Puse mi mano sobre la suya que todavía descansaba en mi rodilla y le sonreí.

Me devolvió el gesto y retiró su mano de mi pierna. Me miró en un silencio cargado de algo extraño y pesado. Nunca me he sentido cómoda con el silencio pero esa situación era incluso peor.

—Bueno, entonces publicista, ¿eh? — dije. No fui muy original, pero no se me ocurría nada mejor y más rápido.

—Sí, pero tampoco te imagines una oficina moderna, llena de *gafapastas* y con reuniones súper creativas en las que todos aportan grandes ideas para el diseño de un logo. Me dedico al mundo online. Es decir, que los clientes pagan para salir más arriba en *Google* para simplificarlo un poco. Reuniones, *excels*, informes y mucho darle a la tecla. Pero pagan bien, no me quejo.

—Pues para no quejarte me has diseccionado tu trabajo como si fuera un cerdo a punto de entrar en el matadero— apunté divertida.

—Supongo que no es lo que me imaginaba cuando estaba en la universidad. Te pasaría lo mismo a ti, ¿no? Entrás en la facultad con unas ideas edulcoradas de lo que vas a hacer cuando acabes la carrera y cuando terminas... pones los pies en la tierra.

—Pero hay gente que sí consigue el trabajo con el que todos soñamos al empezar.

—¿Tú conoces a alguno? — Y sin dejarme contestar siguió hablando — Sí, hay gente que lo consigue, pero son cuatro. Lo bonito es hacer que el tiempo que pasas en el trabajo sea divertido y que fuera de él tengas otras cosas que aporten color a tu vida.

Otras cosas que aporten color a tu vida. Quién lo hubiese dicho, Zeus era poeta. Le sonreí como una boba y ese fue el momento que eligió mi estómago para poner en marcha la corneta del séptimo de caballería. No, no me volví a convertir en un aspersor. Era algo más mundano. Tenía hambre.

—Creo que oficialmente ya me encuentro bien, porque me comería un caballo. ¿Pedimos sushi? — le dije mirando el folleto de Su&Si, uno de mis restaurantes favoritos que además estaba al lado de casa, con lo que no tardaban demasiado en

traer el pedido.

—¿Quieres comer pescado crudo después de haber echado hasta la primera papilla? — Me miró con sus pequeños ojos marrones muy abiertos— Tú debes estar loca, niña. Te vas a comer un arrochito cocido con zanahoria. Si te portas bien a lo mejor hasta le pongo un poco de sal— Me guiñó un ojo, se levantó del sofá y se dirigió a la cocina.

—¿Dónde te crees que vas, Zeus? — Dije escandalizada— Siéntate ahora mismo que cocino yo, ya me encuentro bien—. Me levanté y fui hacia él, pero me cogió por los hombros y me sentó detrás de la barra, en una de las banquetas de madera con un cojín redondo fucsia.

—No te lo crees ni tú. Si he venido a cuidarte, he venido a cuidarte.

—Al menos cena tú también— dije sabiéndome derrotada—. Hay huevos, puedes hacerte una tortilla. O un filete, en el congelador hay carne. También hay ingredientes para hacerte una ensalada, aunque después de cuatro días fuera no sé cómo estarán...

—No— me dijo con una sonrisa—. Voy a cenar lo mismo que tú, no te voy a dar envidia.

Le miré con la boca abierta. Como no dejase de poner esa cara de besugo se me iba a quedar perpetua.

—Venga, dime algo malo de ti porque estoy empezando a pensar que Zeus te viene como anillo al dedo... ¿Vives con tu madre? ¿Te compra ella los calzoncillos? ¿Te vistes de mujer en tus ratos libres? No me parecería mal, que conste, pero se me da muy mal desabrochar sujetadores ajenos...— Cerré la boca tan fuerte que mis dientes chocaron entre sí. No era yo quien hablaba, era mi subconsciente perro y salido el que había formado esas palabras en mi boca.

Para mi tranquilidad, Lucas volvió a reírse a carcajadas. No parecía ser el típico al que le sentasen mal mis comentarios absurdos.

—Lo siento, creo que la vomitona ha atascado el filtro entre el cerebro y mi boca — apoyé los brazos en la barra y le sonreí.

—No te preocupes, me había olvidado de lo divertido que puede ser tener una conversación normal. Hacía tiempo que no me reía tanto— contestó secándose las lágrimas—. Venga, dime dónde están las cosas y preparo la cena. Arroz cocido con zanahoria, mi especialidad.

Le dije dónde estaba todo y me quedé mirando cómo se movía por mi cocina. Parecía... cómodo. Cortaba las zanahorias como los chefs de la televisión y morí

de la envidia.

—Nunca he conseguido picar la verdura así. La última vez que lo intenté casi me cerceno el dedo. Todavía tengo la cicatriz— Puse mi dedo índice frente a su cara para enseñarle una pequeña línea rosada en mitad de la yema—. Sangré como un cochinillo.

—Me lo puedo imaginar— dijo con una sonrisa volviendo su vista a la tabla de cortar. Puso todos los ingredientes (los dos ingredientes, para ser exactos) en una olla con agua hirviendo y le añadió una pizca de sal y dos hojas de laurel.

—¿Quieres una copa de vino? — pregunté.

—No creo que te convenga beber vino.

—A mí no, pero a ti sí. Ya que vas a cenar comida de hospital, al menos riégala con un buen vino blanco.

Me levanté de la banqueta de un salto, abrí la nevera y saqué una botella de vino. Le rocé la entrepierna con mi culo intencionadamente cuando pasé por su lado para coger una copa del estante y abrí un cajón para sacar el sacacorchos. Noté el calor de su mano en mi cintura y con la otra me acarició el brazo hasta llegar a la mano donde lo sujetaba. Cuando habló en un susurro junto a mi cuello, el olor de su aliento me dejó noqueada. Una mezcla de tabaco, menta y... algo más que no sé definir. Él, supongo. Era el perfume que quería poner como ambientador de mi casa para que me despertase todas las mañanas.

—Ah no, la botella la abro yo, no vayamos a tener que correr a urgencias porque te has clavado el sacacorchos en el estómago.

Dejé que lo cogiera y giré la cabeza para encontrarme con la suya a pocos centímetros. Entonces, una bofetada de realidad me volvió el cerebro del revés. Si yo había olido su aliento (su maravilloso aliento) él podría oler el mío. Y no, no me había lavado los dientes después de mi precipitada excursión al baño. Me escapé de su abrazo como pude y corrí hacia el baño. Cerré la puerta y al no encontrar el cepillo de dientes, recordé que estaría dentro del neceser, en la maleta que estaba... no sé dónde estaba. La había metido él en casa, supongo. Muerta de vergüenza volví al salón y le miré. Seguía con una mano flexionada y otra estirada con el sacacorchos en la mano.

—¿Te encuentras bien? — preguntó con una ceja levantada— Pensé que te habías vuelto a marear pero con la escandalera que has montado antes, dudo mucho que ahora seas una ninja.

—No, es que al tenerte tan cerca, yo...— ¿quién había subido la temperatura del salón a 300 grados? — Vamos que me acordé de que no me había lavado los

dientes— le miré a través del flequillo roja como un tomate pero me tranquilizó ver que sonreía.

—Y no has encontrado el cepillo de dientes, ¿no? La maleta está ahí, al lado de la puerta. La he tenido que soltar rápido cuando has entrado como una manada de ñus— señaló hacia mi maleta de colores y se giró para abrir la botella.

Todavía hecha un flan abrí la maleta, saqué mi neceser negro de charol y volví a entrar en el baño. Los dentistas recomiendan que te laves los dientes durante dos minutos por lo menos y esa vez seguí sus indicaciones a conciencia. Cuando salí del baño le encontré sentado en el sofá olisqueando la copa de vino que tenía entre las manos.

—¿También sabes de vino, Zeus? — pregunté.

—En absoluto, pero pensé que me haría parecer interesante— dijo guiñándome un ojo—. ¿Qué vino es? No me he fijado en la botella.

—Diamante, es un vino semidulce de La Rioja. Ya que no suelo tomar tinto, al menos no me siento tan traidora a las raíces— dije mientras me sentaba a su lado con las dos piernas debajo del culo.

—¿Eres riojana?

—Sí, de allí venía cuando me rescataste ¿Y tú?

—Yo soy de Madrid. Mis padres viven por Herrera Oria pero yo me mudé hace unos años a un pisito cerca de aquí. Como ves no vivo con mi madre y tampoco me compra los calzoncillos, sólo cae alguno de vez en cuando para Reyes— contestó con una amplia sonrisa antes de darle un sorbo al vino—. Oye, esto está bueno.

—Tampoco es que sea un vino muy caro, pero fresquito entra muy bien.

El silencio, sólo roto por el borboteo del agua en la cocina, se instaló entre nosotros. Cuando mi cerebro ya se estaba convirtiendo en agua de tanto pensar un tema para romper la tensión, él se levantó, dejó la copa en la mesa y fue a la cocina. Apagó el fuego, coló el arroz y lo distribuyó en dos platos que llevó a la mesa junto a los cubiertos, dos servilletas, un vaso y una botella de agua que sacó de la nevera.

—*Bon appétit*— Me dijo antes de coger el tenedor y probar el arroz.

Sólo con mirarlo ya sabía que iba a estar insípido. Al primer bocado mi estómago se removió y di gracias al cielo por no haber pedido sushi. Cuando llevaba la mitad del plato decidí que lo mejor era no tentar más a la suerte y dejé el tenedor.

—¿Ya no quieres más? No es lo más sabroso que he probado, pero en tu estado

mejor no hacer grandes alardes.

—No, no, estaba bueno. A lo mejor bueno no es la palabra, estaba... al menos no estaba duro— le sonreí—. Es que no quiero pasarme y tener que volver a lavarme los dientes, ya me entiendes.

Me sonrió y apuró su plato.

—Bueno, ya veo que te encuentras bien. Por lo menos ya no estás verde. Ahora ya me puedo ir sin sentirme mal.

Le miré con ojitos de cordero degollado. ¿De verdad se iba a ir así? Entiendo que no tuviera muchas ganas de meterme la lengua hasta la campanilla después del espectáculo que había dado pero ya podía visualizarnos con los pies encima de la mesa viendo una película.

—¿No quieres otra copa de vino? — Mi tono de súplica casi me hace volver a vomitar, pero esta vez del asco.

—No, hermosa, de verdad, mañana madrugo. Tengo una reunión con el cliente a primera hora y no estaría bien llegar con ojeras de oso panda. Pero podrías pedirme el teléfono y así me voy a casa contento.

Ya estaba ahí otra vez mi cara de besugo. Me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja y me levanté hacia el bolso para coger el móvil. Cuando lo desbloquéé vi que todavía estaba en silencio y tenía cinco llamadas perdidas de mi madre y dos whatsapps. Uno suyo en el que me preguntaba si ya estaba en casa y otro de mi amigo Roberto: «¿Ya has vuelto, Rubia?». Activé el volumen pero ignoré los mensajes para ocuparme de ellos más adelante y volví al sofá.

—Venga, Zeus, dame tu teléfono. ¿Cuál es el prefijo del Olimpo? — le pregunté intentando hacerme la graciosa.

—En el Olimpo también hay *The Phone House* y me he comprado un teléfono mortal, para no desentonar— dijo mientras sacaba un *Iphone* nuevecito del bolsillo.

—Bueno, ese teléfono es de mortales con pasta. ¿Apuntas el mío? — pregunté esperanzada.

—No, no, no, no. Apunta tú el mío, así tienes que empezar tú— Mierda, me había pillado.

Apunté el número que me dio y me levanté con él para despedirme en la puerta.

—Oye, ni siquiera te he enseñado la casa, soy una maleducada— me lamenté.

—No te preocupes, así tengo una excusa para volver.

Puso una mano en mi cadera y con la otra me acarició la mejilla.

—Las buenas acciones siempre son recompensadas, me alegro de haberte conocido— Acercó su cara a la mía y me dio un beso suave en la mejilla—. Hueles muy bien— dijo apartándose unos centímetros de mí pero manteniendo sus labios peligrosamente cerca de los míos.

—Tú también. Me encanta tu aliento. Podrías haber fumado en casa si querías, yo también fumo pero no sabía si era conveniente— Así soy yo, la *jodemomentos* oficial del Reino.

—¿Me estás diciendo que me huele el aliento a tabaco? — Me dijo sonriendo.

—No, no, no, que va. Cuando estoy nerviosa digo tonterías, lo siento. Justo antes estaba pensando que iba a etiquetar tu aliento y patentarlo como ambientador.

Volvió a soltar una carcajada y retiró sus manos de mi piel.

—Me voy, hermosa. Llámame, ¿vale?

—Claro, te debo una cena. Pero esta vez nada de arroz cocido, conozco un sitio en el que nos vamos a poner *gochos*.

Seguía riendo mientras abría la puerta y traspasaba el umbral. Ya en el rellano se dio la vuelta, sonrió y me lanzó un beso.

—Encantado de haberte socorrido. Te veo pronto.

—Te faltó el corcel blanco, pero tendré que conformarme. Adiós, Zeus.

Vi como desaparecía por las escaleras y no me metí en casa hasta que escuché cerrarse la puerta del ascensor. Volví al sofá sonriendo como una boba y cogí el móvil.

«Espero que haya cobertura en el Olimpo. Ya he roto el hielo, ahora te toca»

Esperé un rato. El mensaje le había llegado, pero todavía no lo había leído. Su última conexión era de hacía tres horas. Dejé el móvil en la mesa y me metí un tenedor con arroz en la boca. Estaba frío y eso no mejoraba el sabor. Cuando ya iba a beberme la botella de vino directamente de la botella sonó un pitido en mi móvil.

«Tramposa».

Nada más. Ni un beso ni un ‘hola’. Pero al menos había contestado. Volvía a dolerme el estómago, pero esto no tenía nada que ver con el virus. Cuando había leído esa sola palabra por lo menos 358 veces la pantalla cambió, apareció una foto de mi madre y la canción *Je veux*, de Zaz inundó la habitación.

—Hola, mamá— dije sin mucha ceremonia.

—Ya pensaba que te había pasado algo ¿No sabes llamar cuando llegas a Madrid? — Estaba enfadada, siempre lo estaba cuando no le llamaba nada más poner un pie en Atocha.

—Lo siento, *mimi* pero creo que tu nieta me ha pegado el virus ese. He llegado a casa justita.

—¿Has vomitado? — No falla, no hay enfado que se sostenga cuando uno de tus polluelos se encuentra mal.

—Toda la comida. Y es una pena, porque estaba buenísima. Pero no te preocupes, que ya se me ha pasado. Me voy a ir a la cama, a ver si descansando puedo ir mañana a trabajar.

—Bueno, hija, tu duermes y ya veremos mañana. Un besito.

—Un beso, mamá. Te llamo mañana. Te quiero.

Había cogido la costumbre de decirle a mis padres que les quería siempre que colgaba el teléfono. Ellos nunca contestaban, en mi familia no eran muy dados a ponerle palabras a los sentimientos pero no me importaba, yo sabía lo que sentían aunque no lo dijeren.

Subí al piso de arriba y me quité la ropa en mi habitación. Hacía tanto calor que no pensé siquiera en coger el pijama de verano que tenía debajo de la almohada. Fui al baño, me desmaquillé, me quité las lentillas y volví a la habitación. Antes de dormir mandé un último whatsapp a Roberto.

«Mañana te cuento, no te vas a creer lo que me ha pasado».

Al medio segundo su estado ya había cambiado a *escribiendo...*

«¿Quedamos mañana con Lara y Celia y nos cuentas?»

«Guay, a ver cómo me encuentro que acabo de echar hasta la primera papilla. Pero ya estoy mejor, así que una botellita de vino me vendría genial. Se lo digo al resto, ¿vale?»

«Así me gusta, por botellas, no por copas. Mañana te veo, Rubia. Descansa»

«Un beso, precioso»

Recosté la cabeza en la almohada y me tapé con una sábana. Por mucho calor que hiciese no podía dormir sin la sábana por encima. Todos sabemos que si entra un asesino en casa, la sábana te protegerá de los cuchillos, las balas o cualquier cosa. Cerré los ojos y el recuerdo del olor del aliento de Lucas me golpeó como un mazazo. Me dormí con una sonrisa en los labios y pensando en cambiar el ambientador de casa.

¿Y AHORA, QUÉ?

Los despertadores son inventos del demonio ideados para martirizar a los pobres mortales que tienen que trabajar para vivir. Cuando sonó el mío casi me estalla la cabeza. Le di al botón para que sonase a los cinco minutos y me di la vuelta en la cama. Un Dios griego acariciándome la mejilla, una cena a base de arroz cocido con zanahoria, olor a tabaco y menta... las imágenes del día anterior se agolpaban en mi cabeza sin orden, esperando a que me despertase del todo para darles forma. Cuando volvió a sonar el pitido infernal me senté en la cama con un gruñido y lo apagué. Estaba tentada de pensar que lo que había ocurrido había sido un sueño surrealista hasta que me miré en el espejo del baño y vi la cara que tenía. Media melena pegada a la cara, unas ojeras de impresión y el blanco de los ojos surcado de pequeñas venas rojas. Arrebatadora. Si tenía esta pinta la noche anterior no me extrañaba que Lucas saliese huyendo.

Me metí en la ducha y el agua caliente relajó músculos que ni siquiera sabía que tenía en tensión. Me recreé durante diez minutos mientras me lavaba el pelo y me ponía leche hidratante. Siempre me han gustado esos rituales mañaneros, te hacen tomar conciencia de ti misma antes de mezclarte con el mundo. Me puse delante de armario y suspiré, era uno de esos días en los que te sobra hasta la piel. Si fuese presidenta del Gobierno implantaría el nudismo como opción vital. Elegí un vestido corto, blanco con estampado de flores y unas sandalias planas de mil colores. Metí mis cosas en un bolso verde de tela, hice la cama por encima y bajé a desayunar. Soy café adicta, no lo puedo evitar, pero teniendo en cuenta el espectáculo del día anterior y que esa noche ya pensaba pasarme decidí tomarme un té, que se supone que también despierta. Le puse un poco de leche de soja para enmascarar el sabor y me lo tomé a pequeños sorbitos mientras repasaba mis redes sociales, hasta que un mensaje interrumpió mi rutina mañanera.

«¿Cómo se ha despertado la niña del exorcista? ¿Sigues teniendo mariposas en el estómago?»

La barriga me dio un vuelco cuando leí el mensaje y una sonrisa de niña pequeña con zapatos nuevos se dibujó en mi cara. Sólo me faltó dar saltitos agitando las manos. Bueno, quizá eso también lo hice.

«Tengo agujetas en músculos que no sabía que existían pero mucho mejor. Aunque para no tentar a la suerte me estoy tomando un sano y asqueroso té.»

«No tengo muy claro que el té sea lo mejor, pero teniendo en cuenta que ayer te

morías por un buen filete de pescado crudo, me parece hasta moderado.»

«La otra opción era café.»

«Entonces has hecho bien, hermosa. Yo me he querido morir cuando ha sonado el despertador. En mañanas como esta lamento no ser mujer para taparme la cara con kilo y medio de maquillaje.»

«Los hombres también se maquillan, cuando quieras te doy una clase magistral.»

«Mejor no alimentar más las habladurías. Luego hablamos, voy a entrar a la reunión.»

«Consigue muchos millones para alimentar a nuestros hijos. Un beso.»

¿Habladurías? A lo mejor se dedicaba al transformismo y daba espectáculos por los antros más oscuros de Chueca. Podía imaginármelo con su más de metro ochenta contoneándose sobre unas plataformas de 50 centímetros. En realidad podía imaginármelo de cualquier manera y con cualquier atuendo. Y sin él. Con una sonrisa de idiota dejé el whatsapp y me fijé en la hora. O me daba prisa o iba a llegar tarde, para variar. Entré en el baño a todo correr y me puse una ligera capa de maquillaje para tapar mi cara de muerta. Aún después de la ducha parecía que había estado toda la noche de juerga. Un poco de colorete y rímel hacían milagros si sabías cómo aplicarlos. Intenté ponerme las lentillas, pero al mínimo contacto con mis ojos, huían despavoridas. Pasé unos minutos buscando una que había dado un salto mortal y se había quedado pegada a la base del lavabo. La lavé un poco, las guardé en su caja y, vencida, me puse las gafas. No estaba tan mal, tenía aspecto de persona.

Salí a la calle a la hora a la que debía estar en el trabajo, pero la oficina estaba a 15 minutos andando así que no llegaría tan tarde. Subí la cuesta de la calle Lavapies jadeando y prometiéndome a mí misma hacer más ejercicio y llegué a Callao sólo un cuarto de hora tarde pero empapada en sudor. Entré en la oficina corriendo a pequeños saltitos, me senté y encendí el ordenador.

—Buenos días— dije a mis compañeros.

—Llegas tarde, bonita— odiaba y amaba a Lara a partes iguales pero tenía razón, así que me tragué la contestación junto con la bilis.

—Bastante que he venido, ayer me tiré toda la noche vomitando. Mi sobrina me pegó un virus—estaba exagerando un poco, pero la vida con un poco de dramatismo se lleva mejor.

Lara levantó los ojos de la pantalla y me miró.

—Pues no tienes tan mala cara si exceptuamos los goterones de sudor de la frente

—contestó sonriendo—. Anda, ponte al día y en media hora nos tomamos un café y nos cuentas.

—Sí, que ya nos ha dicho Roberto que hay novedades—dijo Celia tras su ordenador.

Lara y Celia eran mis dos pilares entre esas cuatro paredes. Las que aportaban color a mi vida, como hubiera dicho Lucas. Lara no tenía filtro, decía lo primero que le pasaba por la cabeza y siempre estaba metiéndose conmigo. Celia era todo dulzura, tímida pero fuerte y con las ideas muy asentadas. Y por lo que las odiaría eternamente es porque estaban tremendas. La primera tenía cara de catálogo de productos de belleza, alta, con el pelo largo y rubio y delgada sin ni siquiera proponérselo. Y la segunda tenía cara de duende, una sonrisa que te hacía caerte de espaldas, con una media melena morena y un gracioso aparato en los dientes. Pero lo que las hacía distintas a los demás era su histrionismo que rayaba en la locura y que hacía las vidas de todos los que las rodeábamos mucho más interesantes.

Había un silencio sepulcral en la oficina sólo interrumpido por el sonido de los teclados así que nuestra conversación se había oído hasta en el otro lado de la sala. Me lo confirmó el hecho de que nada más abrir el chat recibiese un mensaje de Roberto.

«Me ha parecido escuchar tu dulce voz»

«Esa debía de ser Celia, la mía se parece más a la de *Gollum*»

«Yo ya me he acostumbrado, habrá que quererte igual. Avisadme para ese café»

«¡Claro! Yo te aviso»

Roberto era el típico amigo sensible gay. Si entendemos sensible como burro y gay como más salido que el pico de una plancha, claro. Bueno, sensible sí era, podía ser más niña que cualquiera de nosotras si se lo proponía. Si Lara y Celia eran mis pilares Roberto era mi mástil, aunque jamás le diría eso, porque después tendría que aguantar media hora de bromas infantiles y con eso ya sabéis a lo que me refiero. Abrí mi correo y revisé los que se habían acumulado en los cuatro días que no lo había abierto. No me llevó demasiado tiempo pero como ninguna de mis compañeras parecía dispuesta a despegar su culo del asiento, abrí el programa y empecé a trabajar. A los diez minutos Lara nos hizo un gesto y nos levantamos las tres después de avisar a Roberto para que se reuniera con nosotras en la cocina.

—Pues sí que te tomas pronto tú un descanso—dijo mi compañera Naiara sin mirarme, tras lo cual se escuchó un murmullo ininteligible y el tecleo furioso de

los ordenadores de Lola y Paloma, mis otras dos compañeras, que junto con la primera formaban el triunvirato del mal en aquella empresa. Las moscas pardas, las llamábamos.

—Tened cuidado, no os vaya a salir humo de los dedos, nenas. Vamos a la cocina y enseguida estamos de vuelta para que os podáis tomar vuestros merecidísimos 40 minutos de descanso, no os preocupéis— ¿Se notaba la ironía? Esperaba que sí, me entrenaba a diario para fortalecer mi lengua viperina.

—Bueno chicas, yo me preparo un café y me vuelvo— dije al entrar a la cocina.

—¿Por qué, por lo que han dicho las moscas? Pasa de ellas, están buscando cualquier excusa para meterse con nosotras— contestó Celia mientras metía una cápsula en la nueva *nespresso* de la oficina.

—¿Qué está pasando aquí? — preguntó Roberto al abrir la puerta con demasiada fuerza golpeando la pared en el punto donde ya había un desconchón en la pintura.

—Un día de estos te la cargas— le dije—. Anda, dame un beso.

Me rodeó con sus brazos, me levantó por el aire y dimos varias vueltas.

—¡Para enajenado que me mareo!— grité.

Me dejó en el suelo y me apoyé en la mesa mientras recuperaba el aliento.

—¿Pero no te dije ayer que había estado vomitando? ¿Tú te crees que me viene bien dar vueltas por el aire?

—Lo siento, Rubia, es que me he emocionado— dijo guiñándome un ojo—. Estás *pa arrearte* te ha sentado muy bien la vomitona.

Así era él y así había que quererle, como había dicho él de mí antes. Celia nos hizo un café a cada uno y nos sentamos en la mesa royendo unas galletas María revenidas.

—Que bien huele el café— exclamé—. Esta mañana me he tomado un té con leche y casi muero del asco.

—Pues sí que te tenías que encontrar mal para tomarte un té— dijo Lara—. Bueno, cuéntanos, ¿qué ha pasado? Que nos ha dicho Roberto que le dijiste que no nos lo íbamos a creer.

—Os doy un pequeño aperitivo nada más, que esta noche quedamos con las chicas y si os cuento lo mismo dos veces en el mismo día me vais a llamar cansina, que nos conocemos. ¡No las he avisado, por cierto!

—Ya lo he hecho yo— dijo sonriendo Roberto—. Cuando mires tu móvil tendrás un bonito mensaje en el grupo invitándolas a una maravillosa reunión de chicas en

el Juanita Banana a las 7 de la tarde.

—Estás en todo, Rober— sonreí mientras daba un sorbo a mi café.

—Venga, cuéntenos ya que nos tienes en ascuas, maja— dijeron casi a la vez las chicas.

Les miré a los ojos uno a uno para dar más solemnidad a lo que iba a decir.

—Me he enamorado— dije pestañeando rápidamente y suspirando como en una película mala de sobremesa.

—¿Te has enrollado con uno en el pueblo? — preguntó Celia

—¡Ni de coña! —intervino Lara— A esta ya no le queda producto decente en el pueblo si descontamos a hermanos y primos. Y fijo que algún primo también ha caído. Ya sabéis, cuanto más primo, más me arrimo.

Así era ella, todo dulzura y buenos sentimientos.

—Pues no, no fue en el pueblo. Y no, tampoco me he enrollado con nadie. Y tampoco me he enamorado, que coño, pero me pasó algo surrealista. Estaba yo por el Reina Sofía concentrándome en no vomitar en mitad de la calle cuando un pedazo de tío de portada del *Men's Health* me rescató a lomos de su caballo blanco y me llevó hasta mi casa donde me sujetó el pelo para que no me vomitara encima.

—¿Cómo? — preguntaron los tres al unísono.

—Esto sólo te pasa a ti, Rubia. ¿Y os liasteis después de que te sujetara el pelo? ¿Rollo escatológico? — preguntó Roberto.

—Que cerdo eres, hijo— mi reproche surtió menos efecto porque no pude evitar reírme—. No nos liamos, me acompañó a casa, me echó un cable, cenamos y se fue. Voy a quedar con él un día de estos para agradecérselo. Y los detalles esta noche, que como no vayamos ya las moscas pardas van a zumbar más alto de lo que acostumbran— dije levantándome.

Cogí las tazas de todos, las fregué y salimos de la cocina. Cuando nos sentamos las otras tres se levantaron como si tuviesen clavos en las sillas y salieron de la oficina sin despedirse. El resto del día pasó sin pena ni gloria salvo una parada de media hora para comer con mis compañeras tras la que Celia se fue al dentista y nos dejó a Lara y a mí solas luchando contra el triunvirato del mal.

Cuando el reloj marcó las seis de la tarde salimos en estampida para disfrutar del abrasador sol madrileño. Al menos durante el minuto y medio que duró el trayecto hasta el *H&M* de Gran Vía donde había un aire acondicionado maravilloso. El verano se inventó para fomentar el consumismo, nadie podía aguantar en el

infierno demasiado tiempo. No me gusta que los míticos cines de la gran ciudad se conviertan en las típicas tiendas que puedes encontrar en cualquier sitio, pero al menos he de reconocer que este *H&M* se había esmerado en mantener la estructura del Cine Avenida lo máximo posible. Me encantaba perderme entre perchas en esa tienda en particular porque podía imaginarme sentada en una incómoda butaca, en 1928, viendo *El ángel de la calle*. No tenía intención de comprar nada, así que vagabundeeé entre la ropa y acabé con Roberto en la sección de lencería dándole una lección entre los diferentes tipos de sujetadores.

—Estos son los que te suben las tetas hasta la garganta, ¿no?

—Este tipo se llama *balcónette* y no te sube las tetas a ningún lado, cafre. Se usan sobre todo para que no se vean cuando llevas mucho escote. Bueno, yo los uso para todo, me parecen muy sexys.

—¿A ver cómo te queda?— Roberto hizo amago de ahuecar el escote de mi vestido y le di en la cara con el sujetador que llevaba en la mano.

—¡Eso ha dolido! — exclamó tapándose la mejilla con la mano.

—No está hecha la miel para la boca del asno, chaval, a ver cuándo te enteras— le dije divertida.

—Chicos, ¿me acompañáis a la caja? — Lara apareció detrás de nosotros cargada con ropa como para sobrevivir un año entero aislada en el Polo Norte. Si es que allí se llevan picardías, bikinis, vestidos mini y *crop tops*, claro.

—¿Has dejado algo para los demás, reina? — pregunté.

—Es el primer viaje con Fernando y quiero estar perfecta— contestó con los ojos brillantes y una sonrisa que no le cabía en la cara.

Lara y Fernando llevaban ya unos meses juntos y aunque su comienzo no había sido de cuento de hadas, parecía que por fin estaban felices. Y yo que me alegraba. Por cada kilo que adelgazó Lara durante ese tiempo le hubiera metido un puñetazo a Fernando. Y fueron muchos kilos. Tardaron diez minutos en atendernos y yo no paraba de mirar al reloj pensando que íbamos a llegar tarde, mientras Lara y Roberto hablaban alegremente de las aguas cristalinas y el calor de las playas de Cádiz. Atravesamos corriendo la Gran Vía para llegar a tiempo al Juanita Banana pero ya estaban todas allí cuando llegamos.

—¿Qué has hecho esta vez para llegar tarde, Anita? — Preguntó Macarena nada más llegar. Siempre que nos retrasábamos asumían que había sido por mi culpa. No es que me extrañe, el 95% tenían razón, pero yo reivindicaba con fiereza ese 5%.

—¿Quién lleva bolsas en la mano, eh? Esta vez no he sido yo, Lara se ha empeñado en atracar el *H&M* y había una cola de mil demonios— contesté sentándome en el sofá *vintage* de la entrada.

Macarena, Mónica y Libertad eran mis tres grandes amigas de la carrera. Sin ellas no hubiese podido enamorarme de Madrid como lo hice. Libertad tenía una vida apacible, sin sobresaltos, casada hacía un año con su novio de la época de la universidad se había convertido en el gran apoyo de todos, la que siempre tenía una frase cabal para apaciguar nuestras locuras. Mónica era un torbellino, se comía la vida a dentelladas, como si el día siguiente no fuese a existir nunca, y hacía que todos nos contagiásemos de su vitalidad. Y Macarena era... Macarena. Tenías que conocerla para quererla pero una vez la querías ya no la podías dejar marchar. A veces se quedaba perdida en su mundo interior (que debía ser muy interesante a juzgar por la cantidad de veces que ocurría) y contestaba un segundo tarde a nuestras cosas, preguntaba cosas extrañas y era tan sincera que dolía. Pero lo hacía todo con una inocencia que era imposible enfadarte con ella. Cuando les presenté a Lara, Celia y Roberto se llevaron todos genial y habíamos formado una especie de familia. El día que me enteré de que habían quedado todos y se les había olvidado llamarme fue el más feliz de mi vida, aunque suene extraño.

Se nos acercó el camarero para preguntarnos lo que queríamos y me incliné sobre el sofá para mirarle mientras se alejaba.

—Quieta, loba, que podrías ser su madre— me dijo Mónica entre risas.

—Bueno, tampoco está mal echarle un ojo al menú aunque no tengas intención de comer nada— le dije—. Celia, ¿cómo te ha ido en el dentista?

—Me han apretado un poco más los *brackets* y me han cambiado las gomas que ya estaban un poco amarillas— sonrió para mostrarme el resultado—. ¡Y lo mejor es que me han dicho que en dos semanas me lo quitan! Le voy a dar una sorpresa a Pablo cuando venga— dijo con una sonrisa radiante que hacía que se le arrugase la nariz y le diese a su cara un aspecto infantil adorable.

Pablo y Celia llevaban juntos cuatro años pero él se había ido a vivir a Nueva York hacía unos meses por trabajo. Nunca he visto a una pareja llevar la separación con tanta naturalidad pero había veces que veía a Celia más introvertida de lo habitual o la sorprendía con los ojos vidriosos. Ni las personas con las ideas más claras son inmunes al sufrimiento.

—¿Cuándo vuelve Pablo? ¿Se queda mucho? — preguntó Libertad poniendo una mano sobre su rodilla.

—Viene en dos semanas y media más o menos y se quedará unos 20 días. Nos

queremos ir una semana a algún lado, porque el resto tiene que trabajar, pero todavía no sabemos dónde.

—Llévale al campo que estará harto de la gran ciudad— dijo Mónica.

—¿Al campo? Ni de coña. Él se muere pero yo ni te cuento. Asfalto, contaminación y *Starbucks*, por favor.

El camarero *yogurín* volvió a venir con nuestras consumiciones y le di un largo trago a mi vino blanco que estaba helado y entraba como el agua.

—Bueno, Ana, ya está bien de hacerse la interesante. Cuéntanos qué te ha pasado o te sacamos las palabras con tenazas— amenazó Mónica.

Sonreí divertida mientras daba otro sorbo a mi copa de vino pero cuando las caras de mis amigas indicaban que me iban a tirar algo a la cabeza empecé a hablar.

—A estos tres— dije señalando a Lara, Celia y Roberto— les he dado un adelanto esta mañana, pero empiezo desde el principio. Mis sobrinas me pegaron un virus y ayer en el tren casi me tengo que poner un tapón para no vomitarle en la cara al que tenía al lado. Conseguí aguantar pero cuando iba por el Reina Sofía me tuve que parar para no ponerme modo Niña del exorcista que no queda muy fino. En esas estaba cuando escuché que me preguntaban si estaba bien y al levantar la vista tenía enfrente a un pedazo de hombre que no debe ser de este mundo.

—Y le vomitaste en la cara— interrumpió Macarena que por una vez estaba escuchando.

—No, pero estuve a punto. Para cuando me quise dar cuenta, había cogido mi maleta y mi bolso y me sujetaba por los hombros mientras andábamos en dirección a mi casa.

—¿Un tío te ve medio verde en mitad de la calle y te lleva hasta tu casa? Ese es raro— Sentenció Mónica.

—También puede ser buena persona— intervino Libertad—. También existen, ¿sabes?

—Sí, pero al último te lo llevaste tú, mona— dijo Lara.

—A este paso os lo cuento mañana, cotorras.

—Perdón, perdón— dijeron todas a la vez mientras se sentaban rígidas en sus asientos.

—Bueno, sigo. El caso es que llegamos a la puerta de mi casa, sacó las llaves de mi bolso, se le quedó un tampón enganchado en los nudillos...— en este punto

tuve que parar porque a Celia se le había salido el vino por la nariz y entre las toses, los jadeos y el revuelo que se organizó, no me escuchaba nadie. Cuando paró continué—. Pues eso, que subimos a mi casa y nada más salir del ascensor me dio LA ARCADA, con mayúsculas y casi no llego al baño. Y mientras estaba yo en el momento más sexy de mi vida, ese Dios hecho hombre me sujetó el pelo para que vomitase a gusto.

—Que cosa más mona, por Dios— ese había sido Roberto, que ya os había dicho que podía ser más niña que ninguna de nosotras cuando no hacía bromas a lo caca, culo, pedo, pis.

—Pues ahí no acaba la cosa. Me hizo una manzanilla, estuvimos hablando de nuestros respectivos trabajos, me hizo un asqueroso e insípido arroz con zanahoria para cenar que por supuesto se lo comió él y luego...— ahí venía la pausa dramática que tanto me gustaba.

—Y luego...— dijo Libertad inclinada sobre su silla con los ojos como platos.

—Vamos, coño, lo que te gusta el suspense— interrumpió Lara.

—Y luego se fue.

—¿Y ya está? — preguntó Celia.

—Bueno, me dio su teléfono— me defendí.

—Eso es una mierda como un piano— sentenció Macarena.

—Bueno, hubo un momento en la cocina un poco tenso. Iba a abrirle una botella de vino y él medio me abrazó por detrás intentando cogermelo el sacacorchos, entonces yo me di la vuelta y os juro que tenía sus labios a un centímetro de los míos...

—¿Y entonces? — preguntó Roberto.

—Entonces me acordé que después de la vomitona no me había lavado los dientes y salí corriendo como alma que lleva el diablo hacia el baño.

—Joder, Ana, siempre igual. No hay momento mágico que no estropees con algo mundano — dijo Mónica.

—Escatológico— intervino Lara.

—Asqueroso— apuntó Roberto.

—Oye, chicas, ya vale. Si le hubiese metido la lengua hasta la campanilla le estaríais reprochando lo cerda que es— Ahí estaba mamá Libertad, siempre al rescate.

—Bueno, venga, entonces ¿qué? — preguntó Celia— ¿Le has mandado un

mensaje o algo?

—Esta mañana me ha escrito y hemos estado tonteando un poco. Le he dicho que ganase muchos millones para alimentar a nuestros hijos.

—¡Ahí, dejando bien claras las cosas desde el principio, Rubia! — Roberto alzó su copa, brindamos y apuré mi vino. Alcé la mano para pedir otra ronda y continué.

—Bueno, ¿qué os parece? — pregunté mirando a mis amigas con la esperanza de que me dieran la solución mágica.

—Si un tío que no conoces de nada te acompaña a casa, te sujeta el pelo mientras vomitas y te hace la cena es que algo le interesas, yo le mandarí un mensaje ya mismo y le invitaría a cenar— aportó Mónica.

—¡Sí, sí, sí! — dijo Celia aplaudiendo y dando saltitos en la silla.

En ese momento llegó el camarero con nuestras consumiciones.

—¿Todo bien, chicas? ¿Queréis picar algo? — El *yogurín* se estaba comiendo con los ojos a Mónica, que llevaba un vestido tan ajustado que se le marcaba hasta el número de DNI.

—Las alitas de pollo aquí están buenísimas, ¿pedimos una ración? — preguntó Roberto que no se había dado cuenta del ritual de apareamiento a lo *National Geographic* que teníamos ante nuestras narices.

—Si no os importa pedimos algo más que con los *brackets* recién ajustados no puedo morder muy bien— pidió Celia.

—¿Qué os parece un tartar de salmón y mango, un humus y la ración de alitas? — les dije.

—Perfecto. Ponnos eso, preciosidad— le dijo Mónica guiñándole un ojo al camarero.

—¿No decías que podía ser su madre, Moni? Tú eres muy pro complejo de Edipo, ¿no? — le dije con sorna cuando el camarero se había ido.

—Yo soy como una película de Disney, para todas las edades— contestó Mónica sonriendo mientras daba un sorbo a su copa de vino.

—Venga, a lo que íbamos. Anita, saca tu móvil ahora mismo— dijo Lara apuntándome con un dedo.

Saqué el móvil de mi bolso y me quedé mirándolas con los labios fruncidos.

—Y qué, ¿qué le digo? — de repente me sentía muy insegura. Todas las señales que me habían parecido tan obvias el día anterior, las veía hoy como gestos

inocentes.

—Que quieres atarle al cabecero de tu cama y cabalgarle durante toda la noche hasta que muera de asfixia. ¡Pues qué le vas a decir, que le invitas a cenar el viernes! ¿Qué te parece el bar Galleta? Pero llama ya mismo para reservar que está siempre hasta arriba.

Ese restaurante era increíble, con unos platos buenísimos y una luz tenue que generaba un ambiente de intimidad perfecto para lo que tenía en mente. Llamé sin pensarlo y reservé una mesa para dos el viernes a las nueve y media. Si me decía que no siempre podía llorarle a Roberto para que me acompañase a ahogar mis penas en un magret de pato. Abrí el whatsapp y empecé a escribir un mensaje.

«Buenas noches, Zeus. ¿Cómo ha ido la reunión? Oye, ¿qué te parece si te compenso el numerito de ayer invitándote a cenar el viernes? Prometo mantener la comida dentro de mi cuerpo.»

Se lo enseñé a mis amigas y todas me dieron su beneplácito, así que pulsé enviar y dejé el móvil sobre la mesa. En ese momento, vino el camarero con nuestra comida y aprovechó para rozar la pierna de Mónica con la mano. Ella le correspondió dándole las gracias mientras le acariciaba el brazo y le deslumbraba con una de sus sonrisas marca registrada. Nos lanzamos a por la comida como lobos hambrientos. Estaba todo buenísimo y hasta hicimos venir al cocinero para que nos explicara el secreto del tartar, uno de los mejores que había probado.

Cuando terminamos de cenar empezamos a hablar del próximo viaje de Lara y Fernando pero yo no podía concentrarme porque mi móvil se hacía más grande conforme pasaban los minutos sin emitir ningún sonido.

—¿Estás ahí, Anita? Te estaba preguntando si te gustan los *shorts* que me he comprado, que no me has dicho nada en la tienda.

—¿Eh? Ah, sí, sí, me gustan mucho. Perdona, tenía la cabeza en otro sitio.

—Y luego me decís a mí— dijo Macarena.

—Es que tú estás en tu parra siempre, Ana sólo cuando espera que un adonis le conteste a un mensaje. Por cierto, el nombre le pega, ¿no? Zeus...— dijo Libertad.

—Bueno, en realidad no se llama Zeus pero al principio no sabía su nombre y empecé a llamarle así y ahora ya se me ha pegado. Se llama Lucas.

—Lucas, qué bonito, tiene nombre de perro. ¡Lucas, dame la patita! ¡Mira cómo meneas el rabito! — ahí estaba Roberto, el monologuista.

Mi móvil sonó y todas me miraron en silencio. Se me iba a salir el estómago por la boca y empecé a pensar que a lo mejor no había sido buena idea atiborrarme tan pronto después de lo de la noche anterior. Con la mano temblorosa cogí el teléfono y abrí el mensaje que, efectivamente, era de Lucas.

«Hola, hermosa. Ha sido un día duro, me temo que me espera una semana de lamer culos de tipos encorbatados. Pero todo sea por nuestros hijos. Me vendrá genial esa cena el viernes. Yo invito a las copas de después. Dulces sueños, linda.»

Me llevé el teléfono al pecho, me levanté de la silla y comencé a dar saltos como una niña pequeña. Todo el bar me miraba y mis amigas me gritaban que les enseñase el teléfono. Se lo lancé a Celia que lo leyó en alto y todas se pusieron a gritar histéricas. Parecía una película de adolescentes. Llegamos hasta tal punto que el nuevo amiguito de Mónica vino a pedirnos que bajásemos la voz y rojas como tomates nos calmamos y empezamos a hablar de la ropa que me iba a poner para mi cita.

He de decir que a partir del momento en el que me llegó el mensaje no me enteré de gran cosa. Ni del debate sobre si debía llevar falda o pantalón, ni de cómo era el nuevo becario del trabajo de Macarena, ni de las múltiples opciones que le dieron a Celia para irse con Pablo de viaje. Yo sólo bebí todas las copas de vino que me sirvieron y me dediqué a imaginar posibles conversaciones que podríamos mantener el viernes y analizarlas desde todos los ángulos.

Cuando nos levantamos para irnos a casa yo estaba un poco mareada, no sabía si del vino o de las vueltas que había dado en mi cabeza. Roberto y yo somos vecinos, así que me dejó en la puerta.

—Venga Rubia, descansa y no pienses más, que sino mañana no va a haber Dios que te soporte— Me dio un abrazo y se alejó sonriendo.

Cuando me metí en la cama me quemaban los dedos por el mensaje no enviado, así que le eché valor y cogí el móvil.

«He diseccionado todos tus movimientos de ayer con mis amigas y coinciden en que eres raro, pero a mí siempre me ha gustado lo excéntrico. Duerme bien, Zeus.»

A los 30 segundos mi móvil vibraba sobre la mesilla.

«¿Raro? No lo sabes bien...»

Y me dormí abrazada a la almohada con una sonrisa en los labios.

UNA LOCA MÁS EN EL GRUPO

A la mañana siguiente tenía un persistente dolor ubicado detrás de las cuencas oculares. Vamos, una resaca de manual. Me encanta el vino blanco, y más en verano, pero tomarte una botella entera entre semana no es lo más inteligente. Pero de eso siempre me acuerdo al día siguiente, claro. Para ese día elegí unos pantalones *baggy* negros, una blusa de tirantes blanca y mis sandalias favoritas de cuña de esparto. Me tomé un café con un ibuprofeno para acompañar y salí de casa con diez minutos de adelanto para llegar al trabajo más desahogada. Todavía no había encendido ni el ordenador cuando me llamaron al despacho del jefe.

—Buenos días, Ana. Te presento a Manuela, tu nueva compañera. Eres la encargada de formarla y darle una grata bienvenida en la empresa. Estoy seguro de que lo harás muy bien— Mi jefe tenía los labios apretados formando una fina línea, lo que me llevaba a pensar que no le hacía demasiada gracia tener a esa chica allí. Mi cabeza empezó a trabajar rápidamente: si hacía tan sólo unos meses había echado a la mitad de la plantilla por la situación económica del cliente y ahora contrataba a una nueva persona en contra de su voluntad... Enchufismo al canto. Blanco y en botella.

Compuse mi sonrisa más profesional, la que tengo reservada para esas ocasiones, y me giré para mirar a Manuela. Era una chica alta, delgada pero de caderas generosas, con una melena morena preciosa que le llegaba hasta el codo y para terminar de odiarla, parecía recién sacada de una revista de tendencias. Llevaba un mono corto negro con estampado de flores y un amplio escote que le sentaba como un guante. Ya estaba dispuesta a dejarle a merced de las moscas pardas cuando levanté la vista y me miró con una sonrisa entre tímida y esperanzada que me desarmó. Tenía los ojos brillantes del *gatete* de *Shrek* y me estaba implorando una oportunidad. No quería ceder tan pronto pero estas situaciones siempre me han vuelto una blanda. Decidí que lo hablaría con ella en otro momento para saber su versión, ahuequé las plumas como mamá pata y le tendí la mano con una sonrisa, esta vez sincera.

—Bienvenida, Manuela.

Me cogió la mano visiblemente aliviada y se acercó más para darme dos besos.

—Gracias, Ana, estaba un poco nerviosa— dijo bajando un poco la voz.

La llevé hacia nuestra mesa para presentársela a todas decidida a llevármela

hacia nuestro grupo. No tenía pinta de sobrevivir demasiado tiempo a merced de las moscas.

—Chicas, esta es Manuela. Voy a enseñarle un poco cómo va todo para que se pueda incorporar cuanto antes.

—Podéis llamarme Manu— ante la mirada de incredulidad del resto de las chicas añadió—. Sí, ya sé que es un nombre de chico, pero tengo tres hermanos mayores a los que le pareció muy gracioso llamarme así desde que era pequeña y ya se me ha quedado.

Vi cómo Lara y Celia la miraban de arriba abajo y sonreían mostrando su conformidad mientras el triunvirato componía una especie de mueca a modo de sonrisa para volverse hacia la pantalla a teclear furiosamente. Si era cierto eso de que te pita el oído izquierdo cuando hablan mal de ti, la pobre muchacha se iba a quedar sorda.

Le coloqué un ordenador portátil y una silla a mi lado y fui enseñándole todos los misterios del trabajo mientras ella apuntaba notas como una loca en un cuaderno. Cuando llevábamos una hora así, mi chat se iluminó.

«Rubia, ¿un cigarrito?»

Roberto debía saber ya que teníamos chica nueva en la oficina y podía imaginarme el otro ala de la oficina como un hervidero de hormonas a punto de estallar.

—¿Fumas? — pregunté a Manu.

—Sí, pero me daba cosa bajar sola hasta la calle.

—Tranquila, tenemos una terraza maravillosa en el otro lado donde podemos salir a fumar sin bajar los cinco pisos. Te advierto de que te vas a encontrar a 30 tíos que sólo tuvieron intimidación con una mujer cuando su madre les cambiaba los pañales. Paciencia.

Saqué mi paquete de *Vogue* mentolado del bolso y miré a mis chicas.

—¿Salís?

Asintieron en silencio y se levantaron. Ninguna de las dos fumaba, pero ambas querían conocer a Manu para decidir si era digna de pertenecer a nuestro clan. Yo ya había decidido que sí, pero estábamos en democracia y todas tenían que opinar. Como había imaginado, decenas de pares de ojos se clavaron en nosotras mientras íbamos a la terraza. Decir en nosotras es una licencia literaria, porque la verdad es que estaban diseccionando el cuerpo de Manu con la boca abierta y babeante. Cuando llegamos a la puerta no me pude resistir.

—Bienvenidos a la clase de anatomía humana, chicos. Esto es una mujer— dije mientras señalaba a Manu de la cabeza a los pies como si fuera un presentador enseñando el premio gordo. Por el color de las caras de mis compañeros parecía que les había avergonzado, así que hicieron lo que siempre hacen, se volvieron hacia sus ordenadores sin hacer ningún comentario. Era la única persona a la que le permitían ese tipo de licencias, después de tantos años en esa empresa me había convertido en su amigo con tetas. Salí a la terraza y detrás de mí vino Roberto.

—Joder, Rubia, cómo te pasas. La mitad se ha cagado encima— dijo posando los ojos por primera vez en Manu. Vi cómo le cambiaba la cara en cuestión de décimas de segundo. Su sonrisita irónica se tornó en una más tímida y dulce y casi no reconocí su voz cuando volvió a hablar.

—Hola, yo soy Roberto, el que tiene la desgracia de aguantar a esta todos los días— le dijo señalándome mientras le ponía una mano en la cintura para darle dos besos.

Le hubiera dado una bofetada para corresponder a su comentario si no me hubiese generado tanta ternura verle en esa situación. Se había ruborizado ligeramente y miraba embobado la sonrisa de Manu mientras metía la mano izquierda en su bolsillo en busca del paquete de tabaco. Estuve a punto de canturrear «¡A Rober le gusta Manu, a Rober le gusta Manu!» pero no me pareció adecuado. Las miradas que intercambié con Lara y Celia fueron muy elocuentes, ellas también se habían dado cuenta de la situación, pero decidieron morderse la lengua para no hacérselo pasar peor al muchacho.

Cuando volvimos a nuestros sitios, dejé a Manu practicando lo que le había enseñado y abrí el chat:

«¿Qué ha sido eso?»

«¿Qué ha sido el qué?»

«Venga Rober, no me vengas con gilipolleces. Casi arrastras la barbilla por el suelo de lo abierta que tenías la boca. ¿Te ha gustado Manu, o qué?»

«Le ha gustado a toda la oficina, Ana.»

«Al resto de la oficina les gustarías tú con falda. ¡Pero si hasta les gusta Naiara, por Dios! Te estoy preguntando a ti.»

Tardó un tiempo en contestar. Su estado fue pasando de ‘Escribiendo...’ a ‘En línea’ intermitentemente durante varios minutos, hasta que por fin, una frase muy escueta apareció en la pantalla.

«Sí, me ha gustado pero tampoco es para tanto, no la conozco.»

«Eso déjame a mí.»

«No empieces, que te encanta hacerme de Celestina.»

«Tranquilo, sólo le voy a invitar a tomar algo con el grupo un día de estos. El resto correrá de tu cuenta. Ya puedes aplicarte.»

Cerré la ventana del chat y empecé a trabajar. Salvo por un par de preguntas, Manu parecía haber entendido a la perfección los entresijos del trabajo, que por otro lado no era ninguna hazaña intelectual.

Al mediodía bajé con Celia a comprar unas ensaladas para todos a la tienda gourmet que había debajo de la oficina. Llevaba todo el día demasiado callada y por lo que la conocía, algo rondaba por esa cabecita de muñeca.

—¿Qué te ha parecido Manu? — comencé para romper el hielo.

—Parece maja, ¿no? Podríamos invitarla un día a tomar algo, parece que a Roberto le ha gustado más de la cuenta.

—El cabrón no suelta prenda, pero creo que sí. A ver si le sonsacamos si tiene novio, no vayamos a meter la pata. Oye, Celia, ¿tú estás bien? Ayer parecías muy contenta con lo del aparato pero hoy llevas todo el día con la cabeza en otro lado — quizá fue un cambio de tema un poco brusco, pero no teníamos demasiado tiempo antes de subir a la oficina y estar rodeados de gente de nuevo.

—Si es una tontería, Ana...

—Bueno, eso lo decidiré yo. Escupe— Celia nunca quería molestar con sus cosas y había que insistirle para que no se convirtiera en el cubo de todas nuestras cosas.

—No pasa nada, es sólo que llevo ya varios días dándole vueltas a una cosa y esta mañana cuando me he levantado ya no podía más. ¡Odio mi piso!

La miré sin comprender. Yo pensaba que me iba a contar algo trascendental y resultaba que sólo tenía una pequeña crisis inmobiliaria.

—Cariño, sólo llevas nueve meses en tu casa y te encantaba. ¿Se puede saber qué te pasa ahora? — pregunté todavía un poco escéptica.

—Es que no tiene nada de luz, Ana, es horrible, me provoca una tristeza infinita sobre todo ahora en verano, que tendría que estar inundado de luz— Su cara de auténtica desesperación me desconcertó. Estaba claro que lo decía en serio pero yo no sabía cómo tomármelo—. Además cuando viene Pablo se nos queda pequeño.

Ahí estaba el verdadero problema. Lo cierto es que tendía a achacar cualquier problema emocional de Celia al hecho de que su pareja viviese a miles de kilómetros de distancia y quizá estaba equivocada pero no podía dejar de pensarlo.

—Celia, tu casa tiene la misma luz ahora que hace nueve meses, y no puedes alquilarte una casa para dos personas para que Pablo esté cómodo dos semanas cada tres meses, ¿no?

—Ya lo sé, pero es que además... yo alquilé esta casa como una solución temporal porque se suponía que Pablo volvía pronto a España, pero le han renovado el contrato por otro año más y yo no sé si voy a aguantar en ese agujero oscuro otro año.

Eso ya me cuadraba más. Entramos en la tienda y pedimos cuatro ensaladas verdes y una César para Roberto. Podía comer verdura de vez en cuando pero si no le ponía un poco de bacon, pollo y salsa se quedaba con hambre. Mientras esperábamos a que nos sirvieran continué con el tema que habíamos dejado a medias.

—Entonces no es que no te guste tu casa, es que no te gusta la idea de pasar otro año más ahí sola, ¿no?

Celia pareció pensárselo durante unos segundos.

—Bueno, todo influye, supongo. Echo de menos a Pablo y me gustaría tenerle aquí, pero ya que no me queda otra que esperar, prefiero hacerlo en un lugar en el que esté más a gusto.

Eso tenía más sentido. Seguía pensando que enmascaraba su verdadero problema con otros más insustanciales, pero al menos no ocultaba sus sentimientos.

—Bueno, si eso es lo que quieres, preciosa, te ayudaré a buscar una casa en la que estés más cómoda.

Celia dio un gritito ahogado y me abrazó justo en el momento en el que llegaba el camarero con las ensaladas. Pagamos y volvimos a la oficina parloteando alegremente sobre la cara de besugo que había puesto Roberto al ver a Manu.

Cuando llegamos nos fuimos directamente a la cocina a dar buena cuenta de las ensaladas.

—¿Qué sabemos de Poseidón, nena? — preguntó Lara, que no se caracterizaba precisamente por recordar los nombres. A mí estuvo dos meses llamándome Cara, y eso que no me puedo llamar de una manera más simple.

—Es Zeus. Y no sabemos nada. Bueno, ayer le mandé un mensaje cuando llegué a

casa y me contestó, pero nada serio.

—¿Quién es Zeus? — preguntó Manu mientras roía una zanahoria.

—El ligue de esta— contestó Roberto por mí.

—¿Has ligado, Ana? — no sé cómo se las apañaba Naiara para hacer que me chirriasen los dientes con una simple pregunta.

—No todas nos mantenemos del aire, reina. ¿Sabes que si estás mucho tiempo sin follar el himen se regenera? Acuérdate de llevar un cortafríos en el bolso por si ligas alguna noche, no vayan a tener problemas cuando os metáis en harina— El triunvirato se levantó, recogió sus cosas y se fueron sin decir ni una palabra.

—Me he pasado, ¿no? — pregunté con ojos de cordero degollado.

—Hombre, has sido un poco animal— contestó Celia.

—Si a mí me dices eso me hundes, pero esas tienen cara de ser unas mal folladas, fijo que no has ido desencaminada con tu comentario— dijo Manu.

La miramos todas con la boca abierta. En tan sólo un minuto había entrado en mi *top ten* de personas favoritas por la puerta grande.

—Te amo— le dije—. Ya está decidido, en nuestro próximo aquelarre te unes, mona.

Todas aplaudieron mis palabras y Manu se levantó e hizo una exagerada reverencia.

—Gracias, chicas. Estaba acojonada, no sabía con qué tipo de gente me iba a encontrar, pero me he sentido muy cómoda desde el principio. Si el aquelarre incluye alguna botella de vino, me uno sin pensarlo— nos dijo.

Roberto estaba inusualmente callado, sólo nos miraba y sonreía como un tonto. Me hice una anotación en mi agenda mental para abordarle en cuanto tuviera ocasión y seguí hablando.

—A lo que íbamos, que Zeus no es mi ligue ni se llama Zeus. Se llama Lucas, es un tío que me acompañó a casa el otro día porque me puse mala y he quedado el viernes con él para invitarle a cenar como compensación— resumí.

—Y no tienes ningún interés en meterte en sus pantalones, ¿verdad que no? — dijo Lara, tan caustica como siempre.

—Se hará lo que se pueda— contesté guiñándoles un ojo—. ¿Me acompañáis mañana a comprarme algo de ropa para la cena? Por favor, por favor, por favor, por favor...

—¡Que sí, cansina! — contestó Celia.

—¡Me apunto! — dijeron todas al unísono.

—Bien, pues mañana a quemar la tarjeta cuando salgamos de aquí— dije—. Y ahora más nos vale que volvamos a la mina, no vaya a ser que las moscas pardas nos hagan vudú.

—¿Moscas pardas? — preguntó Manu— Me encanta el nombre y les pega todo.

Volvimos riéndonos a nuestros asientos y estuve el resto de la tarde compaginando mi trabajo con la formación de Manu. Cuando dieron las seis de la tarde recogí mis cosas y salí corriendo para llegar a tiempo a mi clase de yoga.

Al día siguiente tenía agujetas hasta en el dedo meñique. El yoga me dejaba relajada pero luego me tiraba un día acompañando todos mis movimientos con quejidos, como los abuelos. No podía imaginar subirme a unas plataformas, así que me puse unas mallas negras con unas manoletinas. Miré mi colección de zapatos cruzando los dedos para poder ponerme algo decente al día siguiente. Cuando me estaba terminando de arreglar, sonó mi teléfono.

«Estoy nervioso con la cena de mañana. ¿Tengo que vestirme de gala? Buenos días, preciosa.»

Me lancé a la cama con el teléfono entre las manos y sonriendo como una idiota.

«Es un restaurante muy exclusivo, pero si vas conmigo te dejarán pasar, no te preocupes. ¿Qué tal ayer?»

«Mucho curro, pero por fin hemos conseguido el cliente. Ahora estaré más relajado. ¿A ti qué tal te fue?»

«Genial, tenemos chica nueva en la oficina que ha resultado ser un encanto. Hasta mi amigo Roberto se ha enamorado de ella.»

«Si lo que noto son celos me voy a tener que poner celoso yo también.»

Podría haber explotado ese punto pero utilizar a Roberto de esa manera me generaba un sentimiento bastante asqueroso, como si rozásemos el incesto.

«Cuando te presente a Roberto no pensarás esas cosas.»

«Era bromita, todavía estoy un poco dormido. Te dejo ya, que si no voy a llegar tarde. Un placer leerte, hermosa. Estoy deseando que llegue mañana.»

«Yo también, Zeus. Pasa un bonito día.»

Dejé el móvil encima de la cama y ahogué un grito tapándome la boca con la mano. Era todo muy adolescente pero aun si salía mal, tendría una historia muy divertida que contar durante años. Cuando vi que quedaban diez minutos para entrar a trabajar salté de la cama y salí corriendo de casa sin ni siquiera

desayunar.

—He tenido noticias del Olimpo— dije a Lara al entrar en la oficina—. Y eso ha hecho que no me tome ni un triste café, así que tengo la batería a medio cargar.

—Eso significa que te llevemos a desayunar cuanto antes, ¿no? — preguntó.

—Que perspicaz que es mi niña cuando quiere— contesté sonriendo.

Celia y Manu todavía no habían llegado, así que revisé mi correo y empecé a trabajar sin mucho ánimo a la espera de poder inyectarme cafeína en vena. Cuando llegaron les dejé diez minutos de cortesía antes de implorarles que me llevasen a por un café.

—Bueno, ¿qué se cuenta ese hombre que nos va a hacer pasar una tarde de compras? — preguntó Lara mientras se dirigía a la cafetera.

—¿Te ha escrito Lucas? — intervino Celia.

—¿De qué hablamos? — dijo Roberto irrumpiendo con fuerza en la cocina.

—Me ha escrito esta mañana sólo para hablar, ¿eso es buena señal, no? — normalmente no soy tan insegura, pero me daba la impresión de que no controlaba la situación y eso me ponía nerviosa.

—Hombre, yo diría que es una señal más que evidente— dijo Manu mientras daba pequeños saltitos y aplaudía.

—Se puso celoso de Roberto...— cerré la boca entrechocando los dientes. No podía decir delante de Manu por qué Lucas se había puesto celoso.

—¿De mí? ¿Qué he hecho yo? — Roberto estaba desconcertado pero le bastó una mirada para darse cuenta de que debía callarse aunque no supiese por qué.

—Fue una chorrada, te mencioné por algo y él hizo una coña con ponerse celoso, nada importante— Lara y Celia me miraban con el ceño fruncido—. También me dijo que estaba deseando que llegase mañana.

—¡Pero eso es la leche, Ana, le tienes en el bote! — El entusiasmo de Manu me salvó de seguir dando explicaciones absurdas.

Lara nos dio un café a cada una y nos los tomamos a pequeños sorbos mientras parloteábamos sobre todo lo habido y por haber. Creo que lo he dicho ya pero sin las chicas me hubiese vuelto loca en esa oficina rodeada de frikis y moscas.

—Chicas, tengo un problema— Lara interrumpió nuestra conversación y todas nos giramos hacia ella—. Creo que estoy perdiendo la pasión con Fernando.

—¿Después de todos los problemas que tuvisteis, ahora que por fin va bien dices que estás perdiendo la pasión? ¿No será que a ti te gustan los casos imposibles,

Larita? — preguntó Celia.

—No, no, creo que me he explicado mal. No estoy perdiendo la pasión, es que me doy cuenta de que ya no me preparo como antes para estar con él. El otro día follamos sin haberme depilado— dijo con expresión de desagrado.

—Pero Lara, ¿tú estás tonta? — le dije cuando conseguí recuperar el aliento después de reírme bien a gusto—. ¿Eso es perder la pasión? Eso es tener confianza. A mí me ha pasado alguna vez y al principio te puede dar un poco de vergüenza pero luego te olvidas.

—Yo no conseguí olvidarme. No puedo orgasmar sintiéndome tan poco femenina — orgasmar, dícese de la capacidad de una persona para alcanzar el orgasmo. Una de tantas palabras que Lara se inventaba pero que parecía llenar un hueco que la lingüística no había explotado.

—Que rara eres— intervino Manu—. Si luego ellos ni se enteran. Roberto, ¿a ti te cortarían el rollo si la chica con la que te vas a la cama esté sin depilar?

Roberto sacó su cabeza de detrás de la taza de café donde había parecido esconderse para no tener que meter baza en la conversación. Algo nada propio de él y menos en este tipo de discusiones.

—Bueno, no... a ver, a mí me gustan las chicas depiladas pero yo creo que es todo por la educación que me han dado. Pero bueno, probablemente si estamos ya metidos en faena ni me de cuenta. A no ser que aquello parezca la selva amazónica, claro. ¿De qué grado de vegetación estamos hablando, Lara? — El final de esa respuesta se acercaba vagamente al Roberto que yo conocía, pero muy vagamente.

—Tampoco os penséis que tenía que adentrarse con un machete para cortar las lianas. Estaba todo más o menos bien salvo las piernas que me las estaba dejando para hacerme la cera antes de las vacaciones. Pero ese no es el tema. ¿No creéis que si ya no me preocupo tanto por esos detalles puede ser porque el plano sexual ya no me interese tanto? — Y ahí venía el problema maquillado con capas y capas de frivolidad.

—No, Lara. No lo creo. Nunca te había visto tan entusiasmada, es sólo que cuando todos son comienzos en tu vida, siempre tienes que ser la mujer perfecta y cuando tienes confianza con una persona y conoce tus imperfecciones, ese grado de exigencia contigo misma se relaja. Pero no por ello te interesa menos o te vas a convertir en tu abuela con rulos, bata de flores y pantuflas de peluche— La voz de la experiencia de Celia siempre era bien acogida en estas pequeñas crisis de las púberes en relaciones estables.

—Y no se te ocurra volver a preocuparte más por tus pelos que por tus orgasmos — apunté yo. No era el consejo más maduro, pero sí el más práctico.

Lara pareció relajarse. Nunca dejaba de asombrarme cómo una persona tan segura en algunos aspectos podía convertirse en una niña llorosa en otros. Seguimos comentando anécdotas depilatorias hasta que nos dimos cuenta que llevábamos ya media hora desayunando. O nos dábamos prisa, o íbamos a romper el récord que ostentaban las moscas pardas.

Pasé el resto del día trabajando y buscando pisos para Celia. Pensaba aprovechar su locura para llevármela a mi barrio pero no parecía muy entusiasmada con la idea. En cuanto dieron las seis de la tarde salimos juntas por la puerta para comprar un modelito adecuado para la cita del día siguiente. Fuimos directas al Mercado de Fuencarral donde ya había visto una camiseta que me encantaba en una de las tiendas de la planta de abajo. En cuanto entramos la vi colgando de su percha. Era una camiseta blanca, de tirante ancho y sisa muy pronunciada, bastante corta y con el dibujo de una niña con un globo en forma de corazón estampado. Era un diseño de *Banksy*.

—¿Tanta historia para comprarte esa camiseta? — preguntó Celia— No vas a ir demasiado arreglada, que digamos.

—No pretendo ir arreglada— contesté mientras me miraba al espejo con ella—. Pretendo parecer informal y absolutamente irresistible. Venga, vamos, ahora me tengo que comprar unos vaqueros negros y un conjunto de ropa interior en condiciones, que con esta camiseta se me ve el sujetador y no es cuestión de llevarlo con agujeros.

Entramos en la tienda de *Levi's* y mientras decidía si mi presupuesto me permitía comprarme unos pitillos desgastados con agujeros en las rodillas se me acercó Manu.

—Cómpralos, un día es un día— me animó.

—No sé, mi sueldo no es para tirar cohetes aunque la verdad es que siempre he querido tener unos de estos— contesté mientras me metía en el probador. Sabía que me los iba a comprar pero no podía dejar de sentirme culpable por ello.

—Oye, Ana ¿puedo hacerte una pregunta? — dijo desde el otro lado de la cortina bajando la voz.

—Claro, dispara.

—Bueno, tú... tú y Roberto...— estaba tartamudeando. Saqué la cabeza del probador y la miré.

—Yo y Roberto nada. Nunca. Jamás. Cero. ¿Te interesa? — una sonrisa como la del gato de *Alicia en el País de las Maravillas* se extendió por mi cara.

—Bueno, es mono. Sólo quería saber si estaba vetado o algo así— tuve que reprimir una carcajada al ver lo roja que se estaba poniendo. Volví a meter la cabeza dentro del probador para terminar de ponerme los pantalones y salí.

—Roberto es como mi hermano, como el hermano de todas. Y yo creo que hay posibilidades, desde ayer está muy tonto. Inténtalo, sería genial.

—Cómprate esos pantalones ya— dijo cambiando de tema—. Si podéis llegar a tu casa sin que te empotre contra una esquina será una suerte.

Se acercaron todas y coincidieron con Manu, así que tuve que dejar mis remordimientos a un lado y saqué la tarjeta para pagar. La última parada del maratón de tiendas era *Oysho*, en Gran Vía. Mientras íbamos para allí me quedé rezagada con Manu para seguir hablando.

—Oye, ya que estamos de confianzas, ¿puedo preguntarte una cosa? — empecé.

—Sí, claro, dime.

—Bueno, no sé si sabrás que hace unos meses despidieron a la mitad de nuestros compañeros. Espero no sonarte muy brusca pero no me cuadra que te hayan contratado a ti ahora—no podía levantar la mirada del suelo—. No me entiendas mal, nada de lo que me digas va a hacer que cambie la opinión que me estoy formando de ti, es sólo curiosidad.

Ahora la que estaba avergonzada era yo. Manu podía decirme que me metiera en mis asuntos y ahí se acabaría la amistad que esperaba tener con ella.

—Bueno, sabía que tarde o temprano me lo preguntaríais— dijo—. Por eso estaba tan nerviosa ayer, pensé que me daríais de lado. La verdad es que conozco a Laura, la jefa del cliente, trabajamos juntas hace unos años, y fue ella la que me consiguió el trabajo. No creo que hayan echado a alguien para meterme a mí pero imagino que se les fue la mano con los despidos, luego vieron que necesitaban a alguien más y ella intercedió por mí.

Manu entrelazaba sus manos nerviosamente y no quise que pensase que la iba a rechazar por su confesión.

—Algo así me imaginaba. No te preocupes, no te puedo culpar de nada, en tu situación, yo también hubiese aceptado el trabajo— puse una mano en su hombro e intenté que me devolviera la mirada—. ¿Se pasó ya el momento incómodo?

—Claro— dijo sonriéndome—. En realidad estaba deseando contároslo pero no sabía cómo. Ahora ya estoy más tranquila.

—Bueno, entonces Roberto, ¿eh? — cambié de tema.

—No quería meter la pata, me caéis muy bien. Pero tampoco te ilusiones que sólo me ha llamado la atención. ¡Os conocí ayer, esto va muy rápido! — se quejó.

—Con nosotras siempre es así, ya te acostumbrarás— le guiñé un ojo mientras entrábamos en la tienda y nos sumergíamos entre los cientos de sujetadores.

Cuando llevaba un par de minutos buscando sin éxito apareció Roberto con un conjunto negro de encaje con *culotte* y sujetador de escote *balconette* a juego.

—Por favor, Rubia, cómprate esto y me haces tío— gritó Roberto. La dependienta y un par de señoras mayores se volvieron a mirarme.

—Hazle caso a este chico, hija— me dijo una de las señoras—. Si en mi época hubiera habido de eso lo hubiese enseñado mucho más.

Le arrebaté de malas maneras el sujetador de la mano y miré la talla.

—¿Cómo sabes que uso la 95B? — pregunté.

—Tengo buen ojo. Venga, pruébatelo.

Me acompañaron todas hasta el probador y se quedaron fuera mientras me lo ponía. Era perfecto. Abrí la cortina y les enseñé el resultado a mis amigas que aplaudieron mientras el resto de la tienda apartaba la mirada con pudor.

—Si con esto no triunfas es que es gay— dijo Lara.

—Ahora sólo nos faltan los zapatos, ¿no? — preguntó Celia.

—No, no. Tengo las sandalias perfectas en casa. Negras, tacón alto y tachuelas, un *total rocker look*.

—Eso te lo has inventado— me acusó Manu.

—Sí, pero ¿a que todas sabéis a qué me refiero?

Cuando pagué nos fuimos con todas mis bolsas a tomarnos un vino rápido a la Taberna Agrado donde encontramos sitio en la minúscula terraza.

—¿Pedimos algo para picar? — preguntó Roberto que debía tener la ensalada en los pies.

—Vale— concedí—. Pero hoy no me lío que mañana tengo que estar espléndida. Todavía tengo agujetas del yoga de ayer y mañana me tengo que conseguir subir a los tacones.

Pedimos un *carpaccio* de presa ibérica, una tempura de verduras y un plato de *fish & chips* que devoramos en cuanto nos lo sirvieron. Detrás de la primera copa de vino cayó otra y luego otra y para cuando me quise dar cuenta, ya iba por la

cuarta.

—Bueno chicas, me acabo esto y me voy que a lo tonto se nos ha hecho tarde— les dije.

Todas miraron sus relojes y se apresuraron a terminar su copa. El camino a casa con Roberto fue más tenso de lo habitual. Él estaba poco hablador y yo no paraba de morderme la lengua para no decirle lo que me había preguntado Manu en la tienda.

—Oye Rober, ¿estás bien? — le pregunté.

—Sí, claro ¿por? — dijo un poco a la defensiva.

—Entre que hablas poco y que dices pocas ordinariieces no pareces tú mismo.

—¿Sí? No sé, habré estado algo más callado pero no me pasa nada, de verdad— me sonrió para que le creyera— Tú ahora preocúpate por lo tuyo que menuda tardecita me has hecho pasar.

—Sí, estoy segura de que has sufrido un montón acompañando a cuatro bellezones como nosotras de compras— le piqué.

—Ya estoy acostumbrado. Si después de todos estos años todavía no me han salido tetas es que ya soy inmune.

Llegamos a mi portal y me dio un beso y un abrazo.

—Venga Rubia, descansa que mañana nos espera un bonito día.

—Duerme bien, guapo.

Entré en mi casa pensando en meterme en la cama. Y esa vez ni me desmaquillé.

PUEDE SER MI GRAN NOCHE

Me desperté con las pestañas pegadas por el rímel 10 minutos antes de que sonase el despertador. Cogí el móvil para que la alarma no sonase cuando ya estuviera en la ducha y vi que tenía un mensaje de Lucas.

«¿Ya te has quitado las legañas? Me he despertado nervioso pensando en lo de esta noche. ¿A qué hora quedaremos?»

Di saltitos con el culo en la cama. ¿Él estaba nervioso? Yo hasta ese momento no, pero ya había conseguido que me subiera por las paredes.

«Si eres capaz de mantener la calma cuando una desconocida está a punto de vomitarte encima, podrás con lo de esta noche. ¿Quedamos en Callao a las 21.15? El restaurante está muy cerca. Tendrás que esmerarte para superar mis sueños.»

El toque justo de desesperación y onanismo. Bien hecho, Ana. Dejé el móvil en la mesilla dando un suspiro y me acerqué al armario para coger la ropa más cómoda que encontrase. Ese día no pensaba esmerarme ni un poquito para llegar a la noche con todas mis fuerzas. Cuando me estaba metiendo en la ducha sonó mi teléfono pero encendí el grifo ahogando mis ganas de correr como una loca para contestar. Mejor dar un tiempo prudencial para que no pensase que estaba desesperada. Me duché en un minuto y medio y subí las escaleras desnuda de dos en dos aún a riesgo de partirme la crisma. Para no estar desesperada lo disimulaba muy bien.

«Me pondré mi toga de gala del Olimpo sin nada debajo, como los escoceses. Allí estaré, hermosa. Tengo ganas de volver a verte.»

Salté sobre la cama e improvisé un baile como el de los jugadores de fútbol americano cuando marcan *touchdown*.

«En cuanto salga del trabajo me compro un ventilador a pilas para levantarte esa toga, Zeus. Ya has conseguido ponerme nerviosa. Te veo esta noche.»

Satisfecha con mi contestación bajé las escaleras para vestirme y tomarme mi primera dosis de cafeína del día.

El día en el trabajo se me pasó volando, ni siquiera atendí al enésimo negocio infalible que Lara tenía en mente. Creo que tenía algo que ver con bragas usadas pero ya digo que no le presté demasiada atención. Para cuando me quise dar cuenta ya eran las seis de la tarde y mis amigas me metían prisa para que apagara el ordenador.

—¿Estás nerviosa? — me preguntó Celia cuando ya habíamos recorrido medio camino hacia mi casa y yo no había abierto la boca.

—Se me nota, ¿no? —apenas levanté la vista del suelo para hablar.

—¡Tranquilo todo el mundo! — gritó Roberto levantando las manos y llamando la atención de todos los que pasaban por la calle—. ¡Sigue teniendo voz!

La gente que había alrededor sonrió y hasta una parejita de adolescentes aplaudió y me vitoreó.

—Imbécil. Venga, vamos a casa a tomarnos un copazo que me temple los nervios mientras me preparo.

—A ver si vas a llegar borracha, que casi no has comido— dijo Manu.

—Tranquilas, que también sacaré un *matahambre* para no llegar al restaurante dando tumbos. Además, quedas más elegante si no comes demasiado— dije guiñándoles un ojo.

—Entonces tú nunca parecerás elegante, Rubia. Engulles como un pato— Roberto, siempre tan amable.

Cuando llegamos al portal ahí estaban las otras tres Marías esperando con una botella de ginebra en la mano. ¿Qué no sabéis quiénes son las tres Marías? La caca, la mierda y la porquería, que dicen en mi pueblo, o lo que viene a ser lo mismo Macarena, Mónica y Libertad con una melopea de espanto subidas a unos tacones de diez centímetros.

—Vamos bonita, espero que ya tengas las ingles hechas, que no te va a dar tiempo a preparar la plaza de toros para la corrida— gritó Mónica.

—¿Pero qué hacéis aquí? — arrugué la nariz cuando llegué a su altura— apestáis a destilería, reinas. ¿Os habéis bebido todo Lavapiés?

—Hemos salido del trabajo a las tres, como personas normales y hemos estado haciendo tiempo hasta que llegaras. No nos íbamos a perder el momento prehistoria mientras te duchas y te pones mona— contestó Libertad.

Cogí la botella de ginebra y abrí la puerta de mi casa.

—Venga chicas, vamos a emborracharnos.

Fui directa a la cocina y preparé ocho gin tonics en las copas de balón que había ido robando de los bares en mis noches etílicas. Les puse un poco de clavo para aromatizarlas (puro postureo, yo no notaba la diferencia pero siempre quedaba más *chic*) y saqué de la nevera un tupper con guacamole que tenía preparado, un poco de queso, unos nachos y picos de pan. Cuando ya teníamos nuestras copas en la mano brindamos y le di dos largos tragos antes de dirigirme a la ducha. Salí

con el pelo mojado y tapada con una toalla y me senté en el sofá con todos.

—Rubia, ponte bragas que al final me voy a poner tonto— me dijo Roberto mirando hacia otro lado.

—Creo que en la playa me has visto más— pero cerré las piernas y me tapé con la toalla.

—Bueno, chicas yo me voy a ir— dijo Mónica mientras apuraba su *gin tonic* de un solo trago—. He quedado y yo también me tengo que poner el traje de luces.

—Que calladito se lo tenía la muy perra— dijo Macarena—. ¿Con quién has quedado? ¿Le conocemos?

La comisura derecha de los labios de Mónica se elevó casi imperceptiblemente en un amago de sonrisa antes de contestar.

—Puede. No os vais a enterar de todo, monas, que luego os tengo en mi casa gorroneando comida como la pobre Ana. ¡Adiós, adiós, adiós!

Lanzó unos cuantos besos al aire y desapareció sin mirar atrás.

—¿Vosotras sabíais algo de esto? — preguntó Libertad.

—Nada de nada. Menuda señorita de vida alegre. Si no ha dicho nada es porque tiene algo que ocultar. A ver si va a ser familia de alguna— apunté.

—O es una chica— dijo Manu.

—No, no, eso no sería una novedad. Todavía tienes que conocernos un poquito más— le dije sonriendo.

—¿Por qué no vas a secarte el pelo y maquillarte? Que luego vienen las prisas y sales como un mapache— farfulló Roberto con la boca llena de nachos con guacamole.

Iba a hacer un comentario sobre su exquisita educación pero la verdad es que tenía razón, así que fui al baño a secarme el pelo. Tengo una melena bastante agradecida y normalmente dejo que se me seque al aire para que se me formen unas ondas naturales pero esa vez no quería dejar nada al azar, así que me hice las tenacillas concienzudamente y las fijé con bote y medio de laca. Subí a mi habitación y me puse todo lo que había comprado el día anterior. Me encantaba tener tan claro lo que iba a ponerme para una cita, así no había ataques de ansiedad frente al armario. Cuando me subí a las sandalias de tacón y me eche un vistazo quise dar saltitos como una niña pequeña. Está mal que yo lo diga, pero la ropa me quedaba como un guante.

—¡Ana cierra la puerta que se acaba de colar un pibón en tu salón! — gritó Lara cuando bajé las escaleras. Un coro de silbidos y gritos coreó su comentario.

—Gracias, gracias— contesté—. La verdad es que me encantan estos pantalones ya no me queda ni un solo remordimiento por su precio. Venga, chapa y pintura y me tomo otra copa con vosotros antes de irnos.

—No sé si es buena idea, Ana, que en la cena también beberéis— bendita Libertad, voz de mi conciencia.

—Tienes razón, pero una copita de vino pequeñita, pequeñita sí que me tomo— sonreí y Libertad se tapó los ojos con las manos mientras se reía.

Cuando terminé de maquillarme me miré al espejo para evaluar el resultado. Ojos negros con el *eyeliner* bien marcado y labios rojos y jugosos con un pintalabios que no dejaba marca, por supuesto. Esa noche iba a darlo todo. Salí, abrí la nevera y saqué la botella de Diamante que había abierto hacía unos días para Lucas. Me puse una copa y me encendí un cigarrillo antes de sentarme con todas.

—Nena, estás *más maja que un carro recién pintao*— dijo Roberto. Le conocía hacía demasiados años como para sorprenderme por el comentario, eso significaba que había acertado con el look.

—Gracias, poeta. Tengo exactamente 15 minutos para salir por esa puerta así que contadme cualquier tontería para que no me estalle la cabeza, por favor.

Dicho y hecho. Lara volvió a contar lo de su idea infalible para hacerse rica y esta vez le presté atención.

—Es fácil, compras bragas al por mayor que no te cuestan nada y las usas. Luego las vendes por bastante más dinero del que te han costado. Es un negocio redondo — nos contó.

—¿Y cómo haces para que se mantenga el olor? —preguntó Manu.

—Mi madre tiene en casa una máquina de envasar al vacío y no es nada cara. Si conserva las propiedades del jamón no sé por qué no va a conservar las propiedades de tus bragas— aportó Celia.

—Pero hay que darle un valor añadido, ¿no? Tiene que haber todo tipo de bragas, desde bragas sin costuras con las que se supone que has hecho deporte, hasta braguitas de encaje con las que has salido de fiesta, bragas de dibujitos... Bueno y si ya acompañamos cada paquetito con un texto pseudoerótico en el que narremos lo que hemos hecho con esas bragas puestas ya lo partimos— les dije.

—Celia, Ana, ¿queréis ser mis socias? —Nos preguntó Lara muy seria.

—¡Hecho! — contesté.

—Vale, pero la máquina la compramos que si se la pido a mi madre para envasar bragas usadas al vacío me mata— dijo Celia.

Estallamos en carcajadas y yo apuré mi copa de vino.

—Bueno, chicas, ya son menos veinte, voy a ir cogiendo el bolso y la chupa y me piro. Podéis quedaros a terminar las copas, luego cerráis y punto.

—¿Quieres que nos quedemos hasta que vuelvas? —preguntó Roberto.

—Claro, y si subo con él me jaleáis desde la puerta de la habitación, no te jode— dije entrecerrando los ojos.

—Que borde eres cuando quieres, Rubia— contestó con una sonrisa—. Venga, vete y en cuanto puedas nos cuentas.

Lancé besos al aire para no estropearme el maquillaje y me fui contoneándome sobre mis tacones de ocho centímetros que me hacían sentirme segura, femenina y con fuerza. Cogí el metro para no destrozarme los pies en el camino y toda la seguridad que tenía cuando salí de casa se fue esfumando con cada exhalación. Cuando llegué a Callao, subí las escaleras con paso tembloroso y esperé apoyada en la salida del metro. Creo que en mi vida había llegado a ningún sitio con 10 minutos de adelanto, mi madre solía decirme que sería capaz de llegar tarde a mi propio entierro. Como tenía mucho tiempo por delante para que los nervios fuesen consumiéndome poco a poco, me entretuve haciéndome fotos a los pies para subir una a Instagram.

—Prueba con el filtro Valencia, le da un toque muy *vintage* a la foto— una voz me sobresaltó por la espalda y con un grito lancé el móvil al aire que cayó sobre su mano limpiamente. Me di la vuelta con el corazón amenazando con salir por la boca y me quedé sin respiración al ver unos ojos marrones clavados en los míos y unos jugosos labios esbozando una sonrisa macarra.

—Menudos reflejos— dije por decir algo, señalando mi móvil.

—Si se te rompe el móvil ya me puedo despedir de ti para toda la noche— Me tendió el móvil y cuando lo cogí sujetó mi mano y tiró de ella para acercarme más a él—. Estás preciosa— susurró.

Con la mano que tenía libre sujetó mi cintura, acercó su cara a mi oreja oliendo mi perfume y dejó un beso suave en mi mejilla, casi un roce. Mi mano derecha viajó con voluntad propia hacia su pecho y se me escapó un suspiro cuando noté sus labios sobre mí. Una descarga eléctrica viajó desde mi espina dorsal hasta los dedos de los pies parándose más tiempo del necesario en mi entrepierna. Se apartó ligeramente manteniendo todavía su mano en mi cintura.

—No sabía que alguien como tú pudiera ruborizarse— dijo sonriendo.

—Me sonrojo por todo, ya lo irás viendo— le contesté más resuelta de lo que

realmente me sentía—. Estás muy guapo, has hecho bien en dejarte la toga en casa.

Hacía bien en imaginar que el soso aspecto del otro día no hacía justicia con su forma de vestir habitual. Llevaba unos vaqueros entallados con un roto en la rodilla que le hacían un culo para envolverlo por Navidad (en ese momento todavía no lo había visto, pero es que yo ya sé cómo tiene el culo), unas converse negras que habían visto días mejores, una camiseta blanca básica y la típica camisa de cuadros rojos y negros de leñador que siempre me ha puesto como una moto.

—Tú sí que estás preciosa— susurró mientras me miraba de arriba abajo mordiéndose el labio inferior—. Me encanta *Bansky*, ese dibujo es de mis favoritos.

—¡Gracias! Venga, vamos yendo para el restaurante que ese sitio se llena todos los días, no vaya a ser que le den nuestra mesa a otros.

Cruzamos la Gran Vía y entramos en la plaza de La Luna para tomar la Corredera Baja de San Pablo. Me encanta esta zona de Madrid, con sus calles estrechas que se cruzan unas con otras y entre las que siempre me pierdo sin remedio.

—¿Dónde me llevas? — preguntó Lucas frunciendo el ceño.

—Al mejor restaurante de este mundo. Bueno, en realidad es un sitio pequeñito pero muy acogedor, te sientes como en casa. Además la comida es increíble.

—¿Te llevas comisión por vender las maravillas del sitio?

—Ya me lo contarás cuando lo veas— le contesté guiñando un ojo.

La entrada en el Bar Galleta nunca decepciona, con su cartel con lucecitas, su decoración en maderas claras, su expositor de tarros de galletas antiguos y sus carteles de las marcas de galletas de toda la vida. No sentaron enseguida en una mesa pequeña ya vestida sólo con dos copas y unos platos, sin mantel, para dejar ver su mesa de madera vieja.

—Tenías razón, es muy bonito. Acogedor, diría yo, es como estar en el salón de tu casa.

—Me encanta este lugar para una primera cita— Una sonrisa se quedó congelada en mis labios cuando dije aquello. Juro que me salió sin pensar, otro de mis momentos de desconexión del filtro cerebro-boca—. Bueno, quien dice cita dice cena de agradecimiento con un desconocido que te ha sujetado la cabeza mientras echabas hasta la primera papilla, claro.

Lucas sólo sonrió y se puso a mirar la carta sin más ceremonia, así que respiré

tranquila e hice lo mismo que él.

—¿Qué me recomiendas? Tiene todo muy buena pinta...

—Lo primero que tienes que saber es que aunque es un sitio moderno, las raciones no son pequeñas precisamente, así que mejor no volverse locos o saldremos de aquí rodando como *albondiguillas*.

—Pues elige tú, esta noche te haré caso en todo— ¿Era la única persona a la que esa frase le había sonado sugerente?

—Bien pues... ¿Qué te parece si lo compartimos todo? Los platos, me refiero— Ana, cállate y continúa—. Berenjenas rebozadas en galleta, tartar de atún con aguacate y magret de pato con chutney de mango.

Lucas sonrió y dejó la carta sobre la mesa.

—Perfecto, todo tiene una pinta tremenda. ¿Y para beber? ¿Vino blanco?

—Me has leído el pensamiento, Zeus.

Cuando pedimos y nos sirvieron el vino, comencé a jugar con el pie de mi copa sin saber cómo romper el hielo, y eso que había estado ensayando...

—Es raro estar aquí cenando contigo cuando hace sólo unos días que te conocí a punto de vomitarme en la cara... ¿De qué se habla en una situación así? — Elegante forma de comenzar la conversación, sí señor.

—Me acabas de quitar las palabras de la boca. Yo estaba pensando de qué hablar con un caballero andante sin armadura... Cuéntame, ¿eres siempre tan caballeroso o me viste especialmente mal?

Con un sensual movimiento posó la copa de vino en sus labios y tras un corto sorbo se lamió la comisura. Estuve a punto de lanzar un billete a la barra y llevármelo del cuello a mi casa para atarlo a mi cama y no dejarle salir en varios días. O meses. Ya lo iría viendo.

—Mis padres me han enseñado muy bien, no es que sea caballeroso, es que soy educado. Si hubiese visto a un hombre en la misma situación, hubiera hecho lo mismo— Contestó sonriendo. Y a mí me avergonzó un poquito haberme puesto en el rol de damisela en apuros salvada por un príncipe azul.

—Me acabas de decir muy delicadamente que ni yo soy una princesa ni tú un príncipe de brillante armadura. Ha sido un *zasca* pero que conste que me encanta, que lo pienses y que me lo hayas dicho. Eso deja muchas cosas claras— Sonreí para que no pensase que su comentario me había incomodado. En realidad sí que estaba un poco incómoda, pero porque pensase que era el tipo de mujer que le gusta que le abran las puertas y le retiren la silla.

—Lo siento, no pretendía ser brusco, era sólo un comentario. No tienes tú demasiada pinta de necesitar ser salvada con un beso de amor— Me guiñó un ojo y en ese momento llegaron las berenjenas y el tartar.

—Crecí con los típicos cuentos de princesas, como todas— dije mientras me llevaba un poco de tartar a la boca y lo disfrutaba con los ojos cerrados—. Dios, esto debería estar prohibido.

Cuando abrí los ojos, Lucas me estaba mirando divertido con los labios entreabiertos y el tenedor suspendido ante su boca.

—No sé si prefiero mirarte o comer, verte disfrutar tanto es excitante— Su mirada podía traspasarme la ropa y llegar a rincones ocultos de mi anatomía y mis pezones se irguieron dentro de la copa del sujetador en respuesta.

—Come. Si disfrutas tanto como yo, me enamoro— Y me mordí el labio inferior mientras volvía la vista hacia mi plato con las mejillas ardiendo.

Lucas se llevó el tenedor a la boca y gimió con placer.

—Joder, Ana. Esto es un orgasmo culinario.

—¿Te gusta? Pues yo hago un tartar de salmón con mango para morirte del gusto. Cuando quieras te invito a cenar.

—Ya no sabes cómo volver a meterme en tu casa, eh...— tapó una sonrisa lobuna con su servilleta— Estaré encantado de probar ese tartar de salmón... entre otras cosas.

Mis bragas salieron por la puerta bailando La Macarena y yo tuve que apretar los muslos para que no se me notara en lo que estaba pensando.

—No todo lo que digo forma parte de un plan maligno cuyo único fin es meterte entre mis piernas, machote—No sé de dónde salió toda aquella vehemencia, pero cuando lo dije sonreí satisfecha.

—Es una pena... que no tengas un plan, digo. Me hubiera dejado, soy un chico fácil.

Lucas siguió cenando como si nada y la conversación dio un giro hacia temas menos peliagudos, como su trabajo (aburrido), el mío (soporífero) y las locas de mis amigas. Le hizo mucha gracia cómo describí a mi grupo, con una víctima de furor uterino, una excéntrica sin filtro mental, una premadre de familia, una emprendedora de negocios imposibles, una enamorada del amor, una amiga con pene y la nueva incorporación a la que todavía no tenía catalogada pero que quería probar el pene de la amiga con pene.

Hablamos de nuestra infancia. Él era el pequeño de la familia, dos chicas y él y

yo era la pequeña de la mía, pero en lugar de dos hermanas, tenía dos hermanos como dos armarios. Mientras él pasaba su niñez vistiendo y desvistiendo a la Barbie yo la pasé escuchando Extremoduro y jugando a la pelota. Aunque también vestí a la Barbie, enseguida hice amigas repipis en el cole. Sus padres eran dos hippies que se habían escapado de *Woodstock* por lo que habían educado a sus hijos en la libertad y la tolerancia. Amor libre y esas cosas, ya se sabe. Su hermana mayor tenía una granja escuela a las afueras de Madrid y la mediana era instructora de yoga. Seguro que cuando Lucas dijo que quería estudiar publicidad, sus padres lloraron durante días. Los míos en cambio, no es que fueran horriblemente cerrados, de hecho eran bastante abiertos para haberse criado donde se criaron, pero... qué os voy a contar, padre trabajador como el que más, madre encargada de la casa que es capaz de hacer más de mil cosas a la vez, un pueblo grande en el que todo el mundo se conoce, con sus cosas buenas y sus cosas malas... Mi infancia y la suya no se parecían en nada, pero no cambio la mía, nacer en un pueblo no está nada mal. Pasar la adolescencia ya es otro cantar...

—¿Así que tú eras la puta del pueblo? —Preguntó arqueando una ceja.

—Era la puta del pueblo desde que tenía 12 años y me di mi primer beso con 14, no te digo más. Cuando estaba buscando universidad elegí la que estaba más lejos de casa... Luego me he reconciliado con mi pueblo y con su gente, ahora ya se han olvidado de mí, hay carne fresca más a mano a la que criticar—Contesté.

—Joder, pero crecer con esa presión no debe ser tarea fácil, eso deja secuelas.

—Estuve yendo a un psicólogo unos meses que me dijo que tenía la autoestima por los suelos aunque intentase aparentar lo contrario...—Moví la mano para restarle importancia— no sé si viene por ahí, aunque supongo que todo suma. Sea como sea, ahora me encanta volver al pueblo, estar con mi familia y con mis amigas y poder entrar a los bares sin que me reconozca ni dios—Dije comiéndome una berenjena con los dedos y chupándomelos sonoramente después.

—Me encanta ver cómo disfrutas comiendo, muchas chicas no comen la primera vez que quedan con un chico o lo hacen muy educadamente... tu directamente coges la comida con los dedos. Me tienes hipnotizado, te voy a llevar a comer chorizo a una matanza—Dijo divertido.

—Hace tiempo que asumí mi cuerpo. Jamás voy a tener una talla 36 pero tengo la suerte de que sin hacer gran cosa, tampoco paso de la 38, como mucho la 40. Y me encanta comer, así que no me privo. También es verdad que me encanta comer sano y hago deporte, así que me puedo permitir una hamburguesa o una pizza de vez en cuando.

—Maravilloso, simplemente maravilloso—dijo sonriendo—. Pues si no tienes que conservar la línea, vamos a pedir también un postre, a no ser que seas buena repostera y tengas algo en tu casa que quieras que pruebe.

Casi me atraganto con una berenjena, si hubiese sido un pepino sería todo mucho más gráfico. Obvié su comentario con una sonrisa coqueta y le dije que podíamos pedir la tarta de chocolate y galleta de mamá. Todos los platos con el subtítulo ‘de mamá’ o ‘de la abuela’ me encantan, tienen pinta de casero.

Cuando terminamos de cenar sugerí continuar la noche en Dry Bar, una coctelería muy retro de la calle Pez donde preparaban unos gin tonics que ponían la piel de gallina.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunté.

—Lo mismo que tú— me contestó con una sonrisa.

Cuando nos sirvieron dos gin tonics con pepino nos sentamos en una mesa baja, apartada en una esquina oscura. Crucé las piernas y jugueteé con la pajita de mi bebida.

—Entonces cuéntame, ¿a qué dedicas el tiempo libre? —dijo entonando la vieja cancioncilla de José Luis Perales.

—A ver cómo resumo mi vida para parecer interesante— contesté guiñándole un ojo—. Me encanta leer y escribir, hago yoga dos veces por semana, intento quedar con mis amigos el mayor tiempo posible y colaboro con una ONG de feminismo en la parte de buenos tratos.

—¿Buenos tratos? ¿Para erradicar la violencia de género?

—Efectivamente. Entendemos que la mejor arma para luchar contra la violencia de género es la educación desde la infancia, luchamos contra los roles de género establecidos, damos charlas en colegios e institutos y también tenemos parte asistencial, muchas mujeres que acuden a nosotros porque son víctimas de violencia acaban ayudándonos como voluntarias en la ONG.

—Y tú, ¿cómo conociste la ONG y empezaste a colaborar con ellas? ¿Por qué te picó el gusanillo?

Me puse roja, lo sé, cuando me pongo roja noto cómo me arde la cara y no puedo hacer nada por evitarlo. No es que me avergonzara contar esa parte de mi vida, lo hacía a menudo delante de muchas personas, pero no había previsto exorcizar mis demonios en la primera cita.

—Bueno, yo no soy distinta a las demás, conocí esta ONG por los cauces habituales, yo también llamé para pedir ayuda hace ya tres años.

Se atragantó con la copa y empezó a toser escandalosamente mientras se tapaba la boca con una servilleta.

—Vaya, que impresionante—dije sonriendo.

—Disculpa, no pretendía hacerte contar nada que no quieras es que jamás pensé que tú... que bueno, que a ti... ya sabes, que te haya pasado.

Dejé el gin tonic sobre el posavasos cogí el bolso y le ofrecí un cigarro en una clara invitación para salir de allí. El rechazó mi vogue mentolado, cogió un paquete de Marlboro y salió detrás de mí.

—Estoy acostumbrada a contar mi experiencia como si estuviera dando una clase, porque normalmente la cuento en colegios a los niños o adolescentes, así que si me pongo muy pesada me lo dices— le dije cuando me encendí el cigarrillo—. Lo primero es que entiendo que pienses que no doy el perfil pero eso sólo demuestra que con la violencia de género no hay perfiles que valgan, puede haber estadísticas, pero ninguna persona somos inmunes de caer en una relación tóxica.

—Lo siento, no pienses que soy un cazurro, es que se te ve tan joven, tan echada para adelante que no puedes evitar pensar que eso a alguien como tú no le pasa. Pero tienes razón. Me callo, continúa.

—Bueno, no te voy a contar todo como hago en las charlas, ya iré contándote cosas cuando vengan a cuento con el tiempo, si es que tenemos más tiempo— Sonreí y bajé la vista al suelo—. El caso es que hace cinco años conocí a un chico que parecía maravilloso, comprensivo, moderno, culto, inteligente y que resultó ser un celoso, posesivo, con la autoestima por los suelos, que para sentirse más hombre, tenía que humillarme y mantenerme bajo su control todo el tiempo. No siempre fue así, al principio era un chico increíble con una conversación muy interesante, que me hacía querer superarme a mí misma todo el tiempo. Pero poco a poco comenzaron los detalles, los no te pongas esa falda, los qué hablas con tus amigas, las llamadas cada media hora, las exigencias para que le mandase un mensaje o un mail cada hora contándole qué había hecho... poco a poco tú misma eres quien no te permites tener tu propia vida porque cualquier salida de tiesto, y con salida de tiesto me refiero a quedar con alguien que no fuese él, suponía una bronca en la que siempre acababa llorando. Realmente recuerdo pocos momentos de esos dos años en los que no estuviera llorando. Me levantaba llorando, me acostaba llorando y durante el día lloraba dos o tres veces. Perdí 10 kilos, me salieron canas y una úlcera en el intestino antes de darme cuenta de que necesitaba ayuda. Y todo eso sin levantarme la mano ni una sola vez, no le hacía falta, me tenía domesticada. Sólo hubo una vez que hubo cierta violencia física, me empujó fuerte contra un armario y tiró al suelo unas

cuantas cosas mías, entre ellas un reloj que imitaba a los relojes blandos de Dalí que me había regalado un antiguo novio, porque “no sabía por qué tenía que conservar ningún regalo de otro tío”. En fin... perdona, que cuando empiezo a hablar de esto me entra la diarrea verbal— Intenté desviar al conversación.

Le di una honda calada al cigarro, lo apagué con el pie y le pregunté si entrábamos. Cuando nos sentamos con nuestras copas le tocó su turno de hablar.

—Puede que te parezca muy simplón, pero ahora, al menos a simple vista, pareces una mujer trabajada y segura de ti misma. Lo has hecho muy bien estos últimos tres años.

—Al principio no fue así, no te creas. Cuando conseguí dejarlo tiré por el camino de en medio que suele ser el más fácil y el más rápido. Fiestas, borracheras, tíos, frivolidades varias... hasta que me di cuenta de que, si no controlaba la situación, si el círculo en el que me movía no estaba dentro de mi zona de confort, me volvía chiquitita y seguía siendo vulnerable ante cualquier hijo de puta que quisiera hacerme lo mismo. Porque parecía que me comía el mundo, pero lo que me comía eran las uñas cada vez que conocía a alguien nuevo. Así que fui a un psicólogo que no sé exactamente en qué me ayudó pero que debió hacerlo y fue cuando me comprometí más en serio con la ONG. ¡Y hasta ahora!

—Bueno, ya tendremos tiempo de seguir hablando de esto, pero no quiero dejarlo pasar sin decirte que eres una mujer muy fuerte— Cogió mi mano de encima de la mesa y besó mis nudillos—. Bendito virus de la gastroenteritis.

—Ya que me he sincerado contigo, te toca contarme algo íntimo— le dije.

—Bueno, el año pasado terminé una relación de cinco años pero no hubo tanto drama... le ofrecieron un trabajo que no podía rechazar en París y yo no me sentía con fuerzas para mantener una relación a distancia. Y prefirió el trabajo antes que nuestra relación, así que... Mi vida es mucho más aburrida que la tuya— Frunció el ceño—. Perdón, no quise decir que...

Le quité importancia con un gesto de la mano y apuré mi copa.

—¿Quieres otra o...?—No terminé la frase, me daba un poco de vergüenza decirle que nos tomáramos la última en mi casa porque no era un copa lo que yo quería, precisamente.

—Mejor vámonos ya y damos un paseo hasta tu casa, del último casi no me enteré con las prisas por que no vomitaras en la calle—Me sonrió y se levantó acomodándose los vaqueros haciendo que se marcara un bulto considerable en su entrepierna. Mis ojos se desviaron sin poder evitarlo.

—¿Intentando adivinar el regalo de Reyes antes de abrirlo? —Aha. Adiós

conversación seria. Hola tonteo prepolvo.

—Para eso tendría que cogerlo y agitar y a lo mejor a los de la mesa de al lado no les parece del todo bien—Contesté. Se escucharon unas risitas, así que a nuestros vecinos les interesaba más nuestra conversación que la suya. El gin tonic me había soltado la lengua y yo tenía una de esas sonrisas de ‘que mala soy y qué bien me lo paso’ que combinaban a la perfección con mi modelito.

Salimos a la calle, donde el bochorno de finales de agosto no ayudó a templar los ánimos. Me separé el pelo de la nuca para que no se quedase pegado por el sudor y llegué a atisbar por el rabillo del ojo cómo Lucas se encendía un pitillo y se metía una de las manos en el bolsillo. Vaya, yo pensaba que nada más salir me empotraría contra la pared, me mordería los labios, su lengua entraría en mi boca y exploraría todas sus cavidades inundando mis papilas gustativas de su sabor... vale ahora lo que tenía empapadas eran las bragas.

Durante todo el camino tuvimos lo que comúnmente se conoce como ‘conversación de ascensor’. “Pues parece que va a ser un verano caluroso”; “Sí, ya lo dijeron el otro día en el telediario”; “Oye, pues estaba bueno ese gin tonic, nada que ver con el Larios de toda la vida”; “Ya que hace calor podrías arrancarme toda la ropa y hacerme un nuevo traje de saliva”. Vale, esto último nunca ocurrió pero en mi mente se dijeron cosas peores. Para cuando llegamos a mi portal yo ya había visualizado mil maneras de invitarle a casa de manera sutil pero no me dio opción a ponerlas en práctica.

—Gracias por la cena, hermosa. Ha sido todo increíble. Me quedaría más tiempo, pero mañana van mis hermanas a comer a casa de mis padres y toca reunión hippy-familiar—Lo dijo todo sin parar ni para tomar aire y yo mientras le miraba con la boca abierta.

Me acarició la cintura con la palma de la mano derecha abierta mientras con el pulgar hacía círculos en mi vientre. Su mano izquierda viajó hasta mi mejilla que ardió cuando noté que se acercaba. Cerré los ojos para recibir su aliento en mis labios pero los abrí de sopetón cuando lo que recibí fue... un beso en la frente. Se despidió con una sonrisa y me dejó con cara de tonta y un calentón de narices.

Cuando subí a casa vi una nota que habían dejado mis amigas sobre la mesa del salón. «Disfrutad de la noche, tenéis una botella de *Chardonnay* en la nevera». A una botella de *Chardonnay* se le hace aprecio sí o sí, así que la abrí y bebí a morro dos largos tragos. Después de una sonora arcada decidí servirme una copa. Me senté en el sofá y cogí el móvil.

«Gracias por el vino, me voy a beber la botella yo sola para olvidar que me han dejado plantada en la puerta de casa con un beso en la frente. Decid que mañana

me sacáis a emborracharme, por favor».

Roberto fue el primero en contestar, como ya esperaba: «Rubia, deja la botella en la nevera y date una ducha fría, que te irá mejor. Mañana nos la bebemos entre todos».

Hice lo que me sugirió pero en lugar de esa ducha fría calmé el calentón de una manera más prosaica... y divertida.

COPAS, TESTS Y MENSAJES DE TEXTO

Mónica se despertó a las 12 de la mañana con una resaca de adolescente y cogió el móvil. Vio mi mensaje de la noche anterior y contestó con un escueto «*I'm in*». Cuando se disponía a levantarse de la cama, una caricia en su entrepierna le hizo sonreír.

—Tengo que ir al baño—dijo.

—Aha...—Su acompañante introdujo un dedo en su interior y luego otro. Un gemido se escapó de los labios de Mónica. Se dio la vuelta para mirar a la cara al camarero del Juanita Banana que sonreía con su melena sobre la almohada.

—¿Después de lo de anoche todavía puedes seguir? —Preguntó ella con los ojos en blanco.

—Ventajas de liarte con un yogurín...

Mónica pasó una pierna por encima de él en un movimiento que a mí me hubiera llevado irremediabilmente al suelo y se sentó a horcajadas sobre su polla.

—Veamos qué puedo enseñarte hoy. Lección dos...

Celia se despertó con el sonido de un mensaje en su móvil.

«Lo siento, cariño. El proyecto se ha retrasado y no voy a poder ir a España dentro de dos semanas. Pero iré dentro de un mes y podremos irnos de viaje a algún sitio. Eso sí, sólo me quedaré otras dos semanas porque tengo que volver a trabajar. Organízalo tú, por favor, no voy a tener tiempo ni para respirar.»

Celia ahogó un suspiro y se levantó para hacerse un café. Siempre ocurría algo. Cuando no se retrasaba un proyecto venía el jefe supremo para reunirse con él; o tenía que hacer horas extras porque uno de sus compañeros había cogido la malaria. Empezaba a hartarse de esa situación, siempre le veía poco y mal. Cuando llegara a España tendrían LA CONVERSACIÓN. Volvió a coger el móvil cuando vio que la lucecita todavía parpadeaba, lo que indicaba que tenía un mensaje sin leer. Leyó mi whatsapp de la noche anterior y contestó enseguida: «Decidme hora y lugar y allí estaré». No le vendría mal una noche con sus amigas para olvidar que tenía un novio gilipollas en la otra punta del mundo.

Libertad se sentó en la taza del váter frente a David, su marido. Metió la mano

entre sus piernas para sujetar el palito y esperó para mear sobre él con cuidado de no salpicar la pantalla donde tenían que aparecer las rayitas. Una raya significaría que no estaba embarazada, dos que sí y ninguna es que algo había ido mal y tenía que repetirlo. Lo había leído 20 veces para tenerlo claro antes de usarlo. Le sudaban las manos y casi se le cae al agua, pero consiguió sujetarlo en el último momento.

—Ahora no me sale el pis, con las ganas que tenía hace un momento—Se quejó ella.

—Estás nerviosa, no te preocupes. Relájate y ya verás cómo sale—David alargó la mano y encendió el grifo. Se suponía que el sonido del agua al caer le haría hacer pis, aunque nunca lo había entendido.

Finalmente, Libertad consiguió mear sobre el test de embarazo y lo dejó en el lavabo.

—¿Cuánto tenemos que esperar? —Preguntó él.

—Según el prospecto, dos minutos.

Una rayita apareció nítida en la pantalla del test nada más colocarlo sobre la superficie blanca. Era la rayita de control, la que indicaba que todo iba bien. Pasaba el tiempo y la segunda raya no aparecía en la pantalla. Un minuto, dos, tres... hasta cinco minutos estuvieron mirándolo fijamente por si la segunda raya tardaba en aparecer, pero no lo hizo.

—Bueno, cariño. No pasa nada, seguiremos intentándolo. Sólo llevamos unos meses, esto no significa nada.

Libertad consiguió componer una sonrisa falsa y salió hacia la habitación donde cogió el móvil. Leyó mi mensaje del día anterior y contestó: «Allí estaré, gracias por librarme una vez más de caer en la desesperación». Aunque acompañó su mensaje con un emoticono guiñando un ojo, todas nos preocupamos.

Lara se despertó enroscada a Fernando y aprovechó que él seguía durmiendo para aspirar el aroma que emanaba su pecho. Él siempre se reía de su fetichismo con los olores, pero esa fragancia que ella definía como de “macho recién salido del gimnasio” le ponía como una perra en celo.

—Buenos días—Dijo él cuando se despertó—. Estás despierta, oliéndome el pecho. Confiesa.

Lara se rió y levantó la vista hacia él. “Pillada”, parecía decir su mirada. Sacó sus piernas de la cama y se incorporó.

—Voy a hacer el desayuno—le dijo.

Fernando alargó la mano cuando pasó por su lado, la cogió por la muñeca y tiró de ella hasta hacerla caer sobre la cama.

—¿Dónde vas tan deprisa? Me has despertado oliéndome como un perrillo, exijo compensación.

Lara se sentó a horcajadas sobre él y le besó en los labios en lo que esperaba que fuera un beso casto. Pronto la lengua de él se abrió paso hasta su boca y comenzaron una danza de saliva y dientes. Ella bajó la mano hasta la entrepierna de él y sujetó con firmeza una tímida erección que iba endureciéndose por momentos. Sacudió la mano dos, tres veces y cuando un gemido se escapó de la boca de Fernando, se levantó para dirigirse a la cocina.

—Así luego me coges con más ganas—Dijo sádica—. Voy a hacer café.

Cogió su móvil que había dejado el día anterior sobre la encimera y leyó mi mensaje.

«Sólo tú puedes estropear una cita que estaba cantada. Luego nos cuentas tu desastre. ¿Coconut a las 21.30? Muero por un bocadillo de pastrami.»

Fue a buscar la cafetera pero se lo pensó mejor. Se quitó las bragas, las dejó sobre el sofá y entró en la habitación. Seguro que podía hacer algo con esa erección que se marcaba en el boxer de Fernando...

Macarena se despertó en el sofá. Había vuelto a quedarse dormida viendo una película con el aire acondicionado a tope. Se levantó y fue a la cocina a hacerse un café pensando en qué hacer esa noche. Yo había tenido una cita, Mónica también, Celia y Lara tenía novio, Libertad estaba casada y hasta Roberto parecía que iba detrás de Manu pero ella se había quedado en su casa viendo *Harry Potter* por enésima vez hasta que se quedó dormida en el sofá. Podía parecer que estaba por encima de todo eso, pero se sentía sola. Esa noche ligaba sí o sí, ya estaba bien de ser la típica amiga que se queda en la barra del bar emborrachándose mientras las demás se iban acompañadas.

Volvió a sentarse en el sofá y cogió el móvil para proponernos una noche de marcha desenfundada cuando vio todos los mensajes. Parece que no iba a tener que proponernos nada, ya estaban los planes hechos, así que sólo contestó: «Perfecto, esta noche lo partimos, chicas». Cogió su café y mientras lo bebía a pequeños sorbos empezó a pensar en qué modelito se pondría esa noche para no volverse sola a casa...

Roberto se despertó con el sonido de su despertador. Lo apagó y se levantó dispuesto a desayunar algo rápido e irse a andar con la bici. Se había propuesto hacer vida sana y eso comenzaba por el ejercicio diario. Alargó el móvil y leyó los mensajes de sus amigas. Todas se apuntaban a la fiesta de esa noche, pero Manu no lo sabía. Tenía que proponer que la incluyésemos en el grupo. Seguro que no les importaba que la avisase, a todas les caía bien... ¿Lo hacía? ¿Le mandaba un mensaje? ¿O se notaría que estaba demasiado interesado? “El que no arriesga no gana”, se dijo.

«Hola, guapa. Vamos a quedar hoy a las 21.30 en Coconut para picar algo y luego salir a emborracharnos, que parece que la cita de Ana no fue como esperaba. ¿Te apuntas?»

Le dio a enviar y se sentó en la mesa de la cocina a tomarse un café rápido. Sus ojos iban del libro que estaba leyendo al móvil cada diez segundos. Para cuando se quiso dar cuenta, llevaba más de 10 minutos con la misma página y su café estaba frío. Se levantó a calentárselo en el microondas cuando sonó su móvil. Por poco no derriba la mesa al abalanzarse sobre el aparato.

«Justo iba a escribirle ahora, que pobre, parecía que lo tenía todo hecho. Me apunto a lo de hoy, no les importará, ¿no?»

«Que va, seguro que con la decepción, a Ana no se le ha ocurrido incluirte en el grupo donde se está gestando el aquelarre, pero ya verás como pronto estás dentro. Que bien que te animes a lo de esta noche. Va a estar muy bien»

«Muchas gracias por avisarme, eres un amor. Nos vemos allí.»

Como flotando, Roberto se fue a su habitación se puso la ropa deportiva y salió de su casa para coger la bici. En el microondas quedó olvidada la taza de café que había vuelto a calentar.

Me desperté con la boca pastosa y me froté los ojos vehementemente. Miré mis manos y las vi negras acordándome (tarde) de que no me había desmaquillado. Fui al baño a quitarme el disfraz de mapache y acabé dándome una larga ducha para destensar los músculos. No sabía qué había podido ir mal la noche anterior, estuvimos coqueteando durante toda la cena, hasta hablamos de cosas personales... bueno, yo hablé y él escuchó. Esperaba no haberle asustado. Entré en mi habitación mientras me secaba el pelo con la toalla y cogí el móvil. Leí todos los mensajes de mis amigas y sonreí, ellas nunca me dejaban colgada. Eso y que estarían ávidas de información, querrían saber hasta el último detalle de mi

cita del día anterior. Cuando ya iba a dejar el teléfono en mi mesilla sonó un aviso de whatsapp y lo volví a coger.

«Siento haber huido ayer como lo hice pero las comidas con mi familia siempre me ponen nervioso, si llego con ojeras me dicen que me drogo con esos amigos publicistas guays con los que me junto. Y después me ofrecen un porro, que como es natural no es droga. ¿Todavía sigue en pie esa invitación a tu casa para probar tu archiconocido tartar de salmón?»

No pensé que me fuera a escribir, al menos no tan pronto, así que sonreí y le contesté.

«No recuerdo haberte invitado pero tus deseos son peticiones para mí, Zeus. La semana que viene tienes una cita. Hoy no, porque ya he quedado con mis amigas para ponerte verde»

«Eres mala, pero me lo merezco. Espero tu llamada para esa cena, preciosa. Disfruta de la noche»

«Disfruta tú de esa comida familiar tan psicotrópica. Un beso»

Un poco más animada, me puse unos leggins y una camiseta de tirantes y bajé a prepararme el desayuno de los campeones. Ese día me iba a dedicar a comer algo insalubre y a leer un buen libro repantigada en el sofá hasta la hora de prepararme para quedar con las chicas.

A las siete y media empecé a arreglarme. Me di otra ducha y dejé que mi pelo se secara al aire para que se ondulara en las puntas naturalmente. Saqué del armario un vestido blanco de manga larga un poco acampanada y escote en pico que combiné con unas botas marrones de vaquero con las que me iba a cocer pero que quedaban genial con el vestido. Metí mis cosas en un bolso marrón de flecos y preparé mi toquilla de punto de colores por si refrescaba por la noche (que lo dudaba, en el infierno nunca refresca, pero hay que ser precavida). Me maquillé de forma muy natural, con un poco de colorete, un fino *eyeliner* y rimmel y salí de casa para ir al bar dando un paseo. Llegué la primera, algo no muy normal en mí y las esperé en la puerta fumando un cigarrillo. Lara fue la siguiente en aparecer.

—Algo te pica para que llegues tú la primera—dijo antes de darme un beso en la mejilla.

—Si te digo yo lo que me pica...—contesté poniendo los ojos en blanco—Venga, vámonos para adentro a bebernos unas cervezas que la alcohólica que hay en mi interior no ha recibido hoy su dosis.

Juntamos dos mesas al lado de la ventana y pedimos dos dobles de cerveza antes de empezar a hablar.

—Bueno, ¿me quieres explicar por qué anoche no acabaste entregada al noble arte del fornicio?

—Te lo explico cuando vengan todas que no me quiero repetir pero vaya, que no se dio la oportunidad.

Las chicas fueron viniendo una a una y me sorprendí cuando vi aparecer a Manu porque se me había olvidado avisarla.

—Me invitó Roberto, ¿hizo mal? —preguntó roja como un tomate.

—Que va, guapa. Si tendría que habértelo dicho yo pero no recordé que no estabas en el grupo de whatsapp—Minipunto para Roberto, que avisado era el *jodío*—. Te voy a agregar ahora mismo para que no vuelva a ocurrir.

Saqué el móvil para hacerlo y en ese momento entró Celia la última con los ojos rojos como pimientos morrones.

—Pero mi niña, ¿qué te pasa? —le pregunté preocupada.

—Nada, que las lentillas no querían entrar hoy—contestó sentándose en la silla que quedaba libre.

—Pero si tu no llevas lentillas.

—Pues entonces ya sabes que no es por eso—contestó—. Primero lo tuyo, luego ya os amargo con mis cosas.

Pedimos más cerveza, dos raciones de nachos con guacamole y unos bocadillos de pastrami con pepinillo y mostaza para todos y empecé a hablar.

—Todo iba genial, se había puesto unos pantalones rotos que le quedaban para morirse y una camisa de leñador de esas que me encantan. Ya me imaginaba con esa camisa puesta a la mañana siguiente preparando el desayuno. Fuimos al Bar Galleta y la comida estaba increíble, como siempre...

—Déjate de mierdas y vete a lo importante— interrumpió Macarena, siempre tan sincera.

—Vaaaaaaaale—refunfuñé—. El caso es que estuvimos tonteando tanto en la cena como después en la coctelería esa tan mona que hay por aquí en Malasaña. Todo parecía indicar que acabaríamos la noche sudados empujando en mi cama pero cuando llegamos a la puerta de mi casa me dio un beso en la frente y se fue.

—¿En la frente? Esos besos son de padre—dijo Roberto.

—Pues sí, eso mismo pensé yo mientras me amorraba a la botella de *Chardonnay* que dejasteis en mi casa. Muchas gracias, por cierto. Lo bueno es que hoy me ha escrito pidiéndome disculpas por haber huido y se ha autoinvitado a una cena en

mi casa. De ahí no sale con los calzoncillos puestos.

—¡Olé! —gritó Manu, y todos me aplaudieron.

—Bueno, acabé contándoles mi historia con Nacho. No pensaba hacerlo, pero le hablé de la ONG, me preguntó y no me apeteció andarme por las ramas...

—¿Crees que le asustaste? —Preguntó Libertad.

—Pues al principio pensé que sí, pero luego él siguió hablando muy natural y no me pareció que le hubiese asustado.

—Bueno, no es un tema muy común para una primera cita, pero eso demuestra que te da confianza y que lo tienes más que superado—dijo Celia con una sonrisa. Los ojos ya se le habían deshinchado y estaba preciosa.

—Bueno, Celia, ha llegado el momento. ¿Nos cuentas qué te pasa? —Pregunté con una sonrisa mientras posaba mi mano en la suya y la acariciaba suavemente.

—Pues nada chicas, lo de siempre. A Pablo se le ha retrasado un proyecto y viene dos semanas más tarde y no sólo eso, sino que en lugar de quedarse un mes como habíamos hablado, se queda sólo otras dos semanas. Me ha dicho que prepare un viaje y nos vamos unos días de vacaciones pero a mí lo que me apetece es arrancarle la cabeza.

Parpadeé sorprendida por el arrebato visceral de Celia. Era siempre tan comedida y aparentaba tal tranquilidad porque su novio estuviera a miles de kilómetros de distancia que ver la realidad chocaba aunque ya lo intuyese.

—Bueno cariño, es normal que te sientas así. ¿Por qué no lo hablas con él cuando venga? —Preguntó mamá Libertad.

—Por supuesto que lo voy a hablar, pero ya me imagino su contestación. “Cariño, tú ya sabías cuando empezamos que el trabajo es lo primero para mí, al menos durante unos años. Cuando esté bien situado volveré a España y todo será distinto” —dijo Celia con voz de leñador de *Wisconsin*, que no sé cómo hablan pero seguro que tenían la voz muy profunda y grave.

—Pues fóllate a otro y que le den mucho por el orto—exclamó Mónica, que todo lo arreglaba del mismo modo.

Nos reímos todas y de repente me acordé del mensaje de Libertad de esa mañana.

—Oye Lib... ¿tú estás bien? Tu mensaje de hoy me ha dejado un poco preocupada.

Libertad le dio un mordisco a su bocadillo y se limpió los labios con una servilleta mientras masticaba en silencio.

—No es nada, chicas. Es sólo que llevaba unos días de retraso y...

—¡Estás embarazada! —exclamó Macarena.

—¿Qué me esté tomando una cerveza no te dice nada? Me he hecho un test esta mañana y ha dado negativo.

—¿Pero cuánto tiempo llevas intentándolo? —Preguntó Manu

—Unos seis meses.

—Bueno, pero eso no es nada—contestó sonriendo—. Es que ahora estamos más estropeados pero antes de lo que piensas nos haces tías, ya verás.

Sonreí a Manu, que cada día me gustaba más, y por como la miraba Roberto, a él también. Dimos por zanjada la conversación, terminamos nuestra cena regada con más cerveza y dos botellas de vino y nos fuimos al Rey Lagarto a empezar la noche escuchando rock. Nos tomamos un par de copas cada uno y cuando ya íbamos con el puntillo, nos fuimos al *Morocco* a terminar la noche escuchando a Rocío Jurado. Cuando llegamos había una cola de impresión, como siempre, así que compramos unas *yonkilatas* para amenizar la espera y nos estuvimos riendo de todos los que pasaban a nuestro lado. Si no nos pegaron un par de palizas fue porque íbamos muy monas y entre todas tapábamos a Roberto, que era el que más papeletas tenía de llevarse el puñetazo llegado el caso.

Cuando entramos nos fuimos directas a la barra a gastar la consumición que venía con la entrada. Al día siguiente tendríamos un dolor de cabeza de manual por el garrafón que ponían en ese sitio, pero nos encantaba. Copa en mano, nos subimos al escenario y nos hicimos hueco echando a un grupo de pijos que paseaban palmito pero bailar, bailaban poco. Macarena estaba graciosísima con su microvestido que dejaba al descubierto más pierna de lo habitual y su larga melena al viento meneándola de aquí para allá y metiéndola en la copa de todo aquel que pasase por detrás de ella. Se acercó medio bar a intentar sacarla a bailar y les despachaba con tal gracia que era imposible que se sintieran ofendidos. Casi estaba deseando que me dijera que no a mí de lo simpática que estaba. Para cuando me quise dar cuenta, llevaba una media hora hablando con un chico. Era muy de su estilo, alto, pijito, moreno con el pelo de pincho engominado y una boca enorme. Seguí bailando Rafaella Carrá con un ojo puesto en lo que se cocía hasta que se fueron a la barra a pedir más bebida y la marabunta de gente me tapaba la visión.

—¿Has visto a Macarena? —le dije a Roberto—. Esa ha salido pidiendo guerra y me parece que lo va a conseguir.

Conseguí a duras penas que retirara la vista de Manu, que se movía al ritmo del

“Explota explota me explo” arrastrando las miradas de todos los hombres del garito (y de alguna mujer).

—Por cierto, muy hábil con eso de avisar a Manu de lo de esta noche—le guiñé un ojo—. ¿Por qué no te acercas a bailar con ella?

—Esta canción no es mucho de bailar agarrados, ¿no crees?

—Eso déjame a mí. ¡Pero hazlo!

Me fui decidida a la cabina del DJ y le supliqué que pusiera una canción. Como todo el mundo sabe, los pincha de las discotecas del centro no se caracterizan por ser la amabilidad en persona, así que le tuve que rogar y hasta que no le expliqué la situación con mi lengua de trapo no accedió. Yo creo que lo hizo por quitárseme de encima, y lo entiendo, estaba muy pesada. Volví al escenario con una sonrisa triunfal cuando empezó a sonar “Bailar pegados”, de Sergio Dalma. No era muy sutil, pero con la cantidad de alcohol que llevábamos en sangre no se me ocurrió nada mejor. Le hice un guiño a Roberto que se acercó a Manu y le ofreció la mano de manera muy teatral. Ella le sonrió cogió su mano y comenzaron a bailar pegados, como dice la canción. No pasó nada, el tema terminó, ellos se abrazaron y continuaron bailando el siguiente tema, que era de Alaska, agitando sus melenas. Era un primer paso, no esperaba que se fundieran en un beso apasionado... o sí, siempre he sido muy de finales felices, pero eso pasa pocas veces en la vida real.

—Voy a por una copa y a ver qué trama Macarena—le dije a Libertad—. ¿Quieres algo?

—Pídeme otra—contestó con los ojos enturbiados por el alcohol.

Me acerqué a la barra y localicé a Macarena apoyada en una columna comiéndose los morros a lo adolescente con el niño pijo. Fui para allí y le di unos toquecitos en el hombro al zagal.

—¡Hola! Siento la necesidad de conocer al muchacho que se está comiendo literalmente a mi amiga—dije fingiendo seriedad.

Macarena me miró sonriente e hizo las presentaciones.

—Miguel Ángel, esta es mi amiga Ana. Ana, él es Miguel Ángel.

El chico se agachó para darme dos besos y me preguntó qué tal lo estaba pasando.

—Muy bien, estas noches de chicas son muy divertidas, nunca sabes si vas a irte sola a casa.

—Y tú, Ana ¿vas a irte sola a casa? —preguntó él— Tengo unos cuantos amigos solteros a los que no les importaría conocerte.

—No, muchas gracias. Yo voy a cita por fin de semana que luego se me acumulan y te lías con los nombres—contesté pizpireta.

—¿Entonces ya has tenido una cita este fin de semana?

—Sí, ayer, pero no acabó como esperaba.

—¿Y cómo esperabas que acabase?

—Con un coro de gemidos en mi habitación, enredada con un cuerpo sudoroso y corriéndome como en mi vida.

El chico me miró con los ojos como platos. Creo que pensó que estaba loca. O borracha. Y no le faltaba razón, ni en una cosa ni en la otra.

—Bueno, chicos. Os dejo a vuestras cosas que estabais muy entretenidos.

Les guiñé un ojo y me acerque a la barra a pedir mi copa y la de Libertad. Cuando volví al escenario me preguntaron si había visto a Macarena.

—Sí, ahí la he dejado, morreándose con el muchacho ese como si se fuera a acabar el mundo—les dije.

Las chicas planearon una excursión a la barra para echar un vistazo a la parejita y yo me quedé con Mónica que miraba sin parar hacia la puerta.

—¿Qué pasa, muchacha? ¿Esperas a alguien? Al final te has escaqueado y no nos has contado nada de tu cita de anoche...

—Ni te lo voy a contar. Lo verás por ti misma dentro de un rato—Dijo sonriendo.

Al cabo de unos minutos volvieron las chicas riéndose del espectáculo pseudopornográfico que estaba dando Macarena, que ya tenía un corrillo de gente alrededor cuchicheando y gritando cosas tan originales como: “¡Idos a un hotel!”.

De repente, un chico con el pelo largo y pinta de haberse escapado del colegio rodeó la cintura de Mónica y le plantó un beso de película que nos dejó a todas con la boca abierta. No terminaba de ubicarlo, pero su cara me sonaba...

—Chicas, os presento a Alex, ¿os acordáis de él? —Nos dijo Mónica después de limpiarse los labios con el dorso de la mano.

Una lucecita se encendió en mi cabeza y recordé al camarero yogurín del Juanita Banana que le había hecho un escáner a Mónica hacía unos días. Mi niña no perdía el tiempo...

—¿Tú eras el camarero del Juanita Banana, no? —le pregunté—. ¿Cómo ha surgido todo esto?

—El otro día, cuando os fuisteis todas a casa, volví y le dejé mi tarjeta encima de la barra. Y él me llamó al día siguiente—nos explicó Mónica sonriente. Lo de

esta chica no tiene nombre. Voy a ponerle un altar en mi casa y a adorarla todas las mañanas como la puta ama que es.

Intentamos mantener una conversación por encima de la música con el chico que a pesar de que era muy joven, parecía que tenía dos dedos de frente. Y para cuando nos quisimos dar cuenta, habían encendido las luces y teníamos que irnos a casa. Odio esa sensación, cuando miras a la cara de tus amigas y sus caras de borrachas con el rimmel corrido y todo el pelo alborotado te da una idea de las pintas que tendrás tú en ese momento. Miré hacia la barra para localizar a Macarena y decirle que nos íbamos pero ella ya no estaba por allí. Había debido huir como las ratas hacia su casa para terminar la noche con fuegos artificiales.

Salimos del bar y nos despedimos en la puerta. Cuando creía que me iría acompañada de Roberto, este le preguntó a Manu.

—¿Vives cerca?

—Por Alonso Martínez, un paseito, pero me vendrá bien para rebajar el nivel de alcohol en sangre—le contestó ella.

—Te acompaño, no me apetece que vayas sola a estas horas.

Claro, pero que me fuese yo sola le parecía la mejor idea del mundo. Tendría que ir acostumbrándome a que mi amigo volase solo y se alejase de mí... Me despedí de todos con dos besos y me fui dando un paseo hasta casa, que tampoco me vendría mal. Cuando estaba subiendo por la calle Carretas, cogí el móvil y vi que tenía un mensaje. Crucé los deditos y casi me puse a gritar de alegría cuando vi que era de Lucas.

«Espero que te lo hayas pasado muy bien esta noche y que no me hayáis puesto demasiado verde. En el fondo soy un buen chico, sólo me tienes que dejar demostrártelo»

Sonreí como una tonta y me puse a escribir.

«Que eres un buen chico quedó claro, lo que no sé es si demasiado... Lo he pasado muy bien, estoy volviendo a casa dando tumbos mientras intento aparentar que estoy sobria»

Enviar. Ya estaba hecho. Me metí el teléfono en el bolso y seguí andando sin mirarlo hasta llegar a casa. Cuando llegué me hice un sándwich de mortadela que no es muy glamouroso pero que empapa el alcohol que da gusto y me senté a comérmelo tranquilamente en el sofá. Saqué el móvil del bolso para entretenerme mirando Facebook y vi que Lucas me había contestado.

«Nunca nadie había dicho de mí que soy demasiado buen chico, así que me lo

tomaré como un cumplido. Yo ya llevo un rato en la cama, así que mañana tendré mejor ánimo. Si te animas a ir al rastro pégame un toque.»

«No sé si tendré cuerpo para mucho rastro, pero te digo mañana. Si no hay rastro, hay unas cañas domingueras seguro. Pero tendrás que esperar para el tartar.»

«Esperaré, no te preocupes. Así me aseguro una nueva cita. Duerme bien, hermosa.»

«Igualmente, Zeus.»

Terminé mi sándwich y me fui a la cama previo paso por el baño para quitarme las pinturas de guerra. Al final había sido una noche fructífera para más de una.

MI CABALLERO ANDANTE DE LENGUA AFILADA, AL RESCATE

Me desperté con un rayo de sol insolente apuntándome a los ojos y cuando conseguí abrirlos casi desee no haberlo hecho. Tenía a un señor con un taladro neumático abriendo agujeros en mi cráneo con un palillo entre los dientes y un pañuelo empapado en sudor cubriendo su cabeza llena de pelo grasiento. O al menos así es como me sentía después de las incontables copas de garrafón de la noche anterior. Ni siquiera me molesté en verbalizar la consabida frase “No vuelvo a beber en mi vida” porque no me lo creía ni yo. De hecho, esa misma tarde tenía pensado ingerir unos cuantos litros de cerveza... si era capaz de levantarme de la cama, claro. Miré mi móvil y vi que eran las dos del mediodía. Demasiado tarde para ir al rastro, como ya me imaginaba. Abrí whatsapp y escribí un mensaje:

«Ya sabía yo que no iba a ser capaz de despertarme a una hora decente para ir al rastro... me he muerto y te estoy escribiendo desde el más allá»

Pulsé enviar y comencé a sacar las piernas de debajo de la liviana sábana con la que me había cubierto la noche anterior. Me senté en el borde de la cama y sujeté mi cabeza con las manos porque parecía que se me iba a caer de encima de los hombros. Mi móvil emitió un pitido que se me clavó en el tímpano como las campanadas de la iglesia del pueblo.

«Acabo de llegar al rastro, así que sólo me dará tiempo a una vuelta rápida. ¿Vendrá tu fantasma a tomarse unas cañas conmigo luego o no vas a poder levantarte de la cama en todo el día?»

«Ya tengo los pies en el suelo, cuando deje de girar la habitación me meto en la ducha, pero calcula que una horita tardo seguro.»

Dejé el móvil en la mesilla y fui al baño, donde busqué un ibuprofeno en el armario del lavabo y me desnudé despacio frente al espejo. Mis pezones se irguieron cuando me quité la camiseta y mi pelo cayó ondulante sobre mi espalda tatuada. Me quité las braguitas y seguí mirándome. No estaba nada mal, no era excesivamente alta, pero mi honroso metro setenta me hacía mirar por encima a la mayoría de las mujeres de mi edad (a las más jóvenes no, que esas venían enormes). Mi pelo rubio (des)natural(izado) lucía brillante y frondoso hasta el codo y mis piernas delgadas pero musculadas sin un pelo de tonta todavía

llamaban la atención con unos buenos shorts. Mi estómago y mis brazos no estaban todo lo duros que me gustaría y ya se empezaban a adivinar unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos, pero eso no hacía sino darme más carácter (el que no se consuela es porque no quiere). Vamos, que aún de resaca me veía resultona, tenía que conseguir que Lucas acabase en mi casa aunque fuese tomando una copa de vino. Sí, no está bien basar tu atractivo únicamente en el físico, pero el espejo sólo te devuelve una imagen superficial de tu cuerpo, yo ya sabía que era inteligente y podía ser muy ocurrente, con eso ya contaba.

El agua hirviendo de la ducha arrancó un ronroneo de placer a mi garganta. Por mucho calor que hiciese fuera, la ducha siempre tenía que estar muy caliente, eso conseguía relajarme más que un chute de Valium (que por otra parte, nunca había probado). Me sequé el cuerpo, me envolví el pelo con una toalla y procedí al ritual de embadurnar mi cuerpo con leche hidratante (y reafirmante). Cuando ya estuve bien untada, me peiné y me lavé los dientes antes de vestirme para dar tiempo a que la crema se absorbiera bien. Para esa ocasión elegí unos shorts vaqueros deshilachados que cubrían mi culo a duras penas, unas sandalias bajas llenas de flecos, una blusa blanca vaporosa y semitransparente con escote hombros caídos y mi mochila de cuero marrón que me había comprado en una de esas tiendas de Lavapiés que huelen que tiran para atrás. Me maquillé con un poco de rubor y un fino eyeliner y me pasé el secador con las manos para quitarle un poco la humedad pero sin llegar a secarlo del todo. Para cuando me quise dar cuenta ya eran las tres, así que me encendí un cigarro y marqué su número mientras salía por la puerta.

—Hola, hermosa. ¿Ya has resucitado de entre los muertos? —preguntó al tercer tono.

—No, en realidad soy un zombie de *The walking dead*, ayer me mordió uno por la noche.

—¿Ah, sí?

—No, que va. Mis amigas estaban demasiado graciosas para que se me acercase ninguno. Fue una noche tranquila y ética. ¿Por dónde andas?

—Acabo de bajar Ribera de Curtidores, ¿nos encontramos en la plaza?

—Hecho, te espero en la boca del metro. Se me ha olvidado ponerme un clavel en la solapa, tendrás que reconocerme sin ayuda.

Y colgué sin más. Apagué mi cigarrillo en una de las papeleras de la plaza y me aposté en la barandilla del metro desde donde le vi acercarse con una camiseta de los Ramones medio desteñida y unos vaqueros pitillo negros. A los pies, unas

Converse blancas que casi parecían grises.

—¡Hola! —saludó mientras me ofrecía una rosa de las que vendían los chinos por la calle—No es un clavel pero puede valer.

Le sonreí mientras él cogía mi cintura y dejaba un beso en mi mejilla que duró más segundos de lo socialmente establecido.

—Estás preciosa, como siempre— me dijo.

—Tú tampoco estás nada mal. Pareces un jovencito *grunge*. Si fueras rubio y llevaras melenita te confundiría con Kurt Cobain.

—Espero que mi vida sea más alegre que la de ese muchacho. ¿Qué sitio me vas a descubrir hoy?

—Siempre me dejas a mí la responsabilidad... Hoy va a estar complicado encontrar sitio en una terraza de la calle Argumosa. ¿Quieres que tapeemos o prefieres sentarte en un restaurante a comer algo?

—Mejor algo informal, tampoco tengo demasiada hambre.

—Menos mal, porque yo todavía tengo el estómago del revés. Aunque con el primer bocado se me irá pasando. ¿Te parece si vamos a *La cabra sobre el tejado*? Es un bar de La Latina donde ponen unos *crepes* y unas *quiches* buenísimas.

—Me parece perfecto.

Y allá que nos fuimos. Sorteamos a todos los indios que te ofrecen sentarte en su restaurante en la calle Lavapiés y llegamos a *La cabra* en unos minutos. Durante el camino estuvimos hablando de la noche anterior. Le conté el lío de Macarena, la sorpresa de Mónica, el primer acercamiento de Roberto y Manu... Me acordé que no le había preguntado cómo terminó la noche, así que saqué el móvil y le mandé un escueto mensaje: «Hola, pichón. ¿Sergio Dalma surtió efecto?». Volví a meter el móvil en el bolso y entramos al local.

Pedimos una *quiche* de queso de cabra y cebolla caramelizada y una *crepe* de salmón y queso fresco y dos dobles de cerveza y no sentamos en una de las mesitas bajas que daban a las ventanas que estaban abiertas para que entrase algo del aire inexistente de la calle.

—Mmmmmm siempre me descubres sitios increíbles—dijo mientras se relamía tras darle un bocado a la *quiche*.

—No tienen gran variedad, pero lo que tienen está increíble—contesté—. ¿Qué tal fue la comida familiar?

—Bien, como me esperaba. Mi hermana me volvió a repetir por enésima vez que

necesita ayuda en la granja escuela y mis padres me dieron unas Flores de Bach porque decían que tenía pinta de estar incubando algo.

—Bueno, no te quejes, las comidas en casa de tus padres son muy animadas. Nosotros normalmente acabamos discutiendo mientras los niños gritan y se pegan entre ellos.

—No es que lo prefiera, pero a veces se echa de menos un poco de normalidad. Además, ahora que mi hermana está embarazada, en mi casa sólo se come verde y al vapor.

—¡Anda, no sabía que fueras a ser tío!

Una sonrisa se extendió por su cara antes de contestar.

—Sí, le quedan tres meses para dar a luz. Voy a tener una pequeña *Valquiria* a la que vestir con camisetas de los *Rolling Stones* y enseñar a pegar patadas para que no se propasen con ella.

—Vas a ser un tío moderno y *guay*, te van a adorar—dije mirándole embelesada. No sé qué tenían esos ojos marrones que me volvían loca.

Un pitido en mi móvil me avisó de que tenía un whatsapp así que lo saqué del bolso.

«¡Hola, Rubia! No pasó nada, la acompañé hasta la puerta de su casa, le di un beso en la mejilla y me fui a dormir. ¿Estás por ahí? ¿Nos tomamos algo?»

—¿Te importaría si le digo a mi amigo Roberto que venga? Así le conoces—pregunté.

—Por mí encantado, además quería decírtelo... no puedo quedarme mucho. Viene un amigo de viaje y hace escala en Madrid antes de coger otro vuelo mañana a París, así que tengo que hacer de anfitrión, pero no quería que pensases que volvía a huir como las ratas cuando se hunde el barco.

Intenté ocultar mi mueca de decepción con una sonrisa y contesté a Roberto.

«Estoy en La cabra con Lucas, pero vente y así le conoces. Además, por lo visto hoy también tiene que irse pronto, así que nos dará tiempo a destriparle.»

«Dame media hora.»

Mi caballero andante de lengua afilada venía al rescate. Nos sirvieron la *crepe* y cuando estábamos a punto de terminarla entró Roberto con una camiseta de *Blind Guardian* y unos vaqueros rectos. Su melena negra azabache estaba recogida en una coleta y venía con una sonrisa que ocupaba toda su cara.

—¡Por fin conozco al valiente que sujetó el pelo de la niña del exorcista mientras

vomitaba! —dijo mientras le estrechaba la mano y le daba un masculino abrazo, de esos que van acompañados con unas palmaditas en la espalda.

—En realidad lo hice por motivos egoístas. Quería pillarla con la guardia baja para meterle mano, pero después de la vomitona me dio cosita.

—Normal, cualquiera se acerca después de ver algo así.

Yo miraba a uno y a otro como si estuviera en un partido de tenis. Sus insultos hacia mi persona eran la pelota y... ninguno de ellos era Nadal.

—Bonita forma de romper el hielo poniendo a parir a la persona que tenéis en común. Si ya habéis terminado la introducción podemos cambiar de tema.

—No te enfades, hermosa. Es la forma que tenemos los hombres de evaluarnos. Vosotras os miráis la manicura y nosotros gritamos “*Unga, unga*” y nos damos golpecitos en el pecho—dijo Lucas mientras me acariciaba la mejilla.

—Eso ha quedado de un macho trasnochado que no te lo voy a tener en cuenta. Además, como me juzgasen a mí por mi manicura...—dije mirándome las uñas, todas medio rotas y con el esmalte rojo descascarillado.

—Era broma, no me lo tomes en cuenta que cuando estoy nervioso digo gilipolleces.

—¿Y por qué estás nervioso? —preguntó Roberto.

—Pues siendo sincero, ahora mismo por caerte bien, que sé que sois muy exigentes.

—Bah, no te creas que tanto. El último dejó el listón tan bajo que ahora mismo con que sepas andar sin tropezarte nos vale.

Fui a reírme mientras bebía un trago de cerveza y se me salió por la nariz. Casi me ahogo y Lucas vino en mi ayuda dándome palmaditas en la espalda.

—Ya pensé que tenía que desempolvar mis conocimientos de primeros auxilios y hacerte el boca a boca—dijo mientras recuperaba el aire.

—¡Que más te gustaría a ti, cerdaco! —contesté con mis hormonas pidiéndole por favor que lo intentase—. Bueno, Rober, cuéntanos con pelos y señales qué tal ayer con Manu.

—Manu es una nueva compañera de trabajo con la que salimos ayer y a la que acompañé a casa—aclaró dirigiéndose a Lucas.

—Ya, algo me había contado Ana.

—Pues nada, lo que te he contado por teléfono, nada de nada. Estuvimos hablando del curro de camino a su casa, me dijo que estaba muy contenta porque se sentía

como en casa, que la habíamos acogido muy bien. Que nunca había hecho tan buenas migas con un grupo de trabajo tan rápido como con nosotros... yo qué sé, esas cosas. Y para cuando nos quisimos dar cuenta, ya estábamos en su portal. Yo me puse un poco nervioso y no sabía qué decirle, así que me despedí con algo así como “Duerme bien, princesa” que me quedó como muy galán a lo Arturo Fernández, le di un beso en la mejilla y me fui para casa.

—Vamos, que tampoco diste lugar a que pudiese ocurrir algo, ni tonto ni nada— le censuré.

—Me dio cosa, no quería que pensase que aprovechaba la mínima oportunidad para atacar... que soy imbécil, estas cosas se me dan fatal.

—Bueno, yo creo que hiciste bien, así ella se ha quedado intrigada y querrá más —dijo Lucas mirándome de reojo. ¿Es la táctica que estaba empleando él conmigo? Si era así se le estaba dando muy bien... Porque quería más. Mucho más.

—¿Y cómo sigo? —Le preguntó Roberto que cada vez parecía más pequeño.

—No sé, podrías invitarle al cine. Dais un paso más al quedar los dos solos, pero no tienes que volverte loco pensando qué decirle, al menos lo que dure la película.

—¿Eso es lo que haces tú? —Pregunté sonriendo

—No, yo me autoinvito a cenar en su casa. Soy un kamikaze—Me contestó haciéndome sonrojar.

Me disculpé y fui al baño dejándoles solos. Cuando regresé después de retocarme el maquillaje, estaban hablando muy animadamente, pero se callaron en cuanto me acerqué. Se podía leer en sus caras ¡Pillados!

—Qué, ¿hablando de mí? —pregunté a sabiendas de que en cuanto Lucas se fuese, Roberto me lo contaría todo.

—No, me estaba dando ideas para ligarme a Manu, egocéntrica—Contestó Roberto. Pero por el tono bermellón de las orejas de Lucas, no se lo creían ni ellos.

—Oye, ¿por qué no nos pasamos por el Campo de la Cebada a ver si tienen algo programado para hoy? —propuse cambiando de tema.

Lucas miró su reloj antes de contestar.

—Venga, todavía me puedo quedar un ratillo y estar dentro de un bar con el tiempo que hace debería estar penado.

Después de una lucha encarnizada entre Lucas y yo por pagar la cuenta (batalla

que perdí, porque Lucas apuntó que la siguiente ya iba a invitar yo), nos fuimos al Campo bajo un sol de justicia. Allí conseguimos unos asientos en una grada improvisada con un pequeño techado que nos mantenía resguardados de los malignos rayos del sol que a buen seguro me quemarían la piel si me mantenía bajo ellos el tiempo suficiente. Les dejé cuidando los sitios y fui a comprar unas cervezas frías a la barra. Tuvimos suerte, porque ese día era el festival de cantautores que se celebra una vez al año, así que nos sentamos a escuchar música en directo. Este tipo de cosas es lo que me gusta de una ciudad como Madrid, siempre puedes disfrutar de un buen espectáculo, aunque no lo tengas previsto.

—¿Qué vais a hacer estas vacaciones? —preguntó Lucas.

—Pues yo voy a sonar muy lamentable, pero mi único plan es irme al pueblo dos semanas. Todos mis amigos tienen planes maravillosos que, o bien implican mucho dinero, o implican a otra persona del sexo opuesto con el que piensan entregarse al sano oficio del amor muy a menudo. Y aunque las quiera mucho no me apetece verlas en esa tesitura—Contesté.

—Yo me voy a Brasil con mis padres en octubre. No es el planazo de mi vida, pero pagan ellos y no siempre se tiene una oportunidad así—dijo Roberto.

—¿A Brasil? Yo estuve allí hace un par de años y me encantó. Fui a visitar a un amigo que vivía allí por trabajo y mientras él curraba yo me dedicaba a visitar todo el país. Tienes que saber dónde meterte, yo entré sin querer en un barrio no demasiado recomendable y me sacaron un cuchillo del tamaño de mi antebrazo. Otro hombre que pasaba por allí le dijo que me dejase en paz, el chico se distrajo con el comentario del otro y conseguí escapar por los pelos. No he corrido más en toda mi vida...—contó Lucas.

Le miré con envidia. Mi economía me permitía vivir sola a duras penas, por lo que mis vacaciones nunca eran demasiado ostentosas. Un viajecito por España, una visita a mi familia y poco más. El viaje más largo que había hecho en mi vida había sido a México y por trabajo. Una semana con todos los gastos pagados a Cancún para entrevistar a actores y directores... trabajar no trabajé mucho pero no olvidaré ese viaje en mi vida.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes? —le pregunté.

—Pues la verdad es que no tengo ninguno. Me fui unos días a Helsinki en mayo con unos amigos pero para verano no tengo plan. Lo que sí tengo son vacaciones las dos últimas semanas de agosto.

—¡Anda, mira, como yo! —le dije— Si se me ocurre algún viaje bueno, bonito y barato te lo digo—Obviamente no pensaba decirle nada, pero quedaba muy bien

la proposición, dejaba abierta la puerta... y la ventana y la gatera y todo lo que se pudiera abrir en una casa.

—No estaría nada mal, hermosa. Unos días solos tú, yo y una cala desierta—¿Por qué me sonaba tan bien?

Roberto no abría la boca, sólo nos miraba de hito en hito. Y yo hubiera hecho lo mismo si no tuviese que aparentar que me parecía muy normal estar hablando de irme de vacaciones con un chico al que acababa de conocer.

—Venga Rober, vamos a elegir una buena película para que invites a Manu al cine esta semana. Una película entretenida pero que te haga parecer interesante... ni esas mierdas que te gustan a ti ni una película lituana en versión original que sólo ponen en el *Golem*, no me la vayas a matar de aburrimiento.

Tras mucho pensar, nos decidimos por *El Renacido* la última película de Leonardo DiCaprio por la que había ganado el Oscar. La dosis justa de *culturetismo*, premiada y entretenida. Lo tenía todo.

—¿Y cómo la invito?

—Yo se lo diría directamente a ella pero si no te atreves aprovecha un ratito que estemos los tres y nos dices que te encantaría ver esa película, que por qué no vamos... yo me disculpo con cualquier excusa y así os vais solos. Me da que ella no te va a decir que no...

—Cómo sois las mujeres—intervino Lucas riéndose—. Planeáis hasta el más mínimo detalle, a mí no se me habría ocurrido algo así y a ti te sale solo.

—Al final nunca seguimos nuestros propios consejos—le dije—. Pero es muy divertido planearlo todo. Es casi más divertido el preparatorio que luego llevarlo a cabo.

—Deberías probar tener un grupo sólo de amigas. Es como vivir en otro mundo—dijo Roberto.

—No te las des de machito que tú eres la más niña de todas. No me dirás que Mónica o Macarena responden al típico tópico de damisela en apuros.

—Uy no. Pero es que me pones unos ejemplos... precisamente Mónica o Macarena. Es lo bueno de este grupo, que cada una es de su padre y de su madre, sin prejuicios ni miedo al qué dirán. Ya las conocerás, Lucas. Están todas locas y son un encanto.

—Estoy deseando. Si Ana me soporta un tiempo más espero que me las presente—dijo Lucas.

—¡Pues claro, yo encantada! Y ellas también, no te vayas a pensar, que les

encanta cotillear. ¡Casi se me olvida! Roberto, haznos una foto para que le puedan despellejar a gusto.

Cogió su móvil que tiene una cámara de chorrocientos megapíxeles y función auto-no-se-qué y no-sé-qué-más (nunca me entero cuando me habla de tecnología) nosotros acercamos nuestras caras y él aprovechó para rodear mi cintura con su brazo. Se me puso la piel de gallina cuando metió la mano bajo mi camiseta y acarició mi piel desnuda con la yema de sus dedos.

—Venga chicos, sonreíd—Roberto hizo varias fotos y miró el resultado—. Perfecto, hay una en la que Ana no sale con los ojos cerrados.

—Tengo una tara con eso de las fotos. Es apuntarme con un objetivo y poner cara de haba.

—Es una pena, sino podrías ser modelo—dijo Lucas.

—Sí, modelo de manos, no te jode.

—Te lo digo en serio. En mi trabajo de vez en cuando tenemos que contar con alguna y no tienes nada que envidiarles.

Me sonrojé e hice un gesto con la mano como restándole importancia. No quería seguir con aquello porque no me lo creía y, además, la adulación gratuita me daba vergüenza. No me hacía falta, yo sabía lo que tenía y lo que no y estaba muy orgullosa de todo ello.

Lucas miró su reloj e hizo una mueca.

—Vaya, voy a tener que irme ya—dijo—. Y os juro que no me apetece nada pero como llegue mi amigo a casa y se la encuentre vacía me tira con la maleta en la cabeza.

—Bueno, tú estate atento al móvil que en cualquier momento de esta semana te hago una proposición culinaria indecente.

—Esperaré ansioso frente al teléfono—contestó guiñándome un ojo—. Un placer, Roberto, espero volver a verte y poder quedarme más de media hora—le dio un abrazo y se giró hacia mí.

Empecé a ponerme nerviosa. No pensé que fuera a ocurrir nada, si no había ocurrido la noche del viernes con todo ese alcohol en el cuerpo no iba a ocurrir un domingo, a plena luz del día y con las capacidades intactas. Pero aún así se me aceleró el pulso. Todo puede ocurrir en una despedida entre dos personas con tanta tensión sexual como nosotros, ¿no? Pues no, atentos a lo que pasó. Como siempre, su mano derecha me sujetó por la cintura, pero esta vez con un poco más de fuerza de lo acostumbrado. La mano izquierda me apartó un mechón de la cara

y me acarició la mejilla mientras se acercaba a mi cara tortuosamente despacio. Ahí venía nuestro primer beso, estaba segura. Sus labios entreabiertos se aproximaban a los míos y yo cerré los ojos, y él me dio un beso... en la nariz. Bien, habíamos pasado de la frente a la nariz, por lo menos había bajado unos centímetros, con un poco de suerte el siguiente sería en los labios si no se pasaba de frenada y se dirigía a mi barbilla. Menuda mierda. Escuché cómo Roberto ahogaba una risita fingiendo un ataque de tos y yo me sonrojé.

—Pásalo bien con tu amigo, Zeus. Hablamos esta semana—dije apretando su hombro.

—Adiós, preciosa. Pasadlo bien.

Mientras se alejaba por la cuesta que precedía a la salida me giré hacia Roberto.

—Pide más birra, hijo de Satanás, a ver si me baja esa mierda de beso que se me ha quedado atascado en la garganta.

Roberto, sin mediar palabra, fue hacia la barra descojonándose y yo me acomodé en uno de los asientos. Un cantautor que no conocía empezó a cantar con su voz suave una canción titulada 'Leyenda', acompañado por un guitarrista que parecía en trance mientras tocaba y una chica con un vestido granate hippie holgado que cantaba como los ángeles. Les presentaron como Antonio de Pinto, acompañado de Antonio Toledo y Marta de la Aldea. Me apunté esos nombres en el móvil para escuchar más temas suyos mientras Roberto se acercaba con dos cervezas y unas palomitas de maíz.

—Venga Rubia, ahoga tus penas en palomitas. Aunque el muchacho sea un poco meacamas me ha caído bien.

Le arranqué el paquete de las manos y me puse a comer compulsivamente.

—¿De qué hablabais mientras estaba en el baño? —pregunté con la boca llena de palomitas.

—Ya sabía yo que me lo ibas a intentar sonsacar. Le pregunté, medio en broma medio en serio, qué intenciones tenía contigo.

—No jodas, Roberto, pareces mi padre.

—Mira, él me dijo lo mismo, que se sentía un poco intimidado porque parecía que hablaba con tu padre. Fue muy majo, me dijo que le pareciste muy divertida, toda verde apoyada en el Reina Sofía, y que se sintió muy cómodo contigo después en tu casa. Le había picado la curiosidad y quería conocerte pero que no estaba acostumbrado a este tipo de cosas y nunca sabía qué se esperaba de él así que iba despacio. Y ahí saliste tú del baño, así que no me dejaste seguir

indagando.

—Seguro que te contestó eso porque sabía que luego me lo ibas a contar, este chico tiene pinta de saber latín. ¿Que no está acostumbrado? ¿Crees que un tío con esas pintas no está acostumbrado a que las tías le lancen sus bragas como en un concierto de los *Backstreet Boys*?

—Pues no lo sé, Rubia, pero parecía sincero. A lo mejor has encontrado al único tío decente de todo Madrid.

Hablar con Roberto era como mantener una conversación con cualquiera de las chicas. Ya os he dicho que muchas veces era más sensible que nosotras. Durante el resto de la tarde nos dedicamos a escuchar buena música y a bebernos una cerveza tras otra hasta que, a las ocho, nos fuimos cada uno a nuestra casa a prepararnos para volver a la mina al día siguiente. Y lo bien que sentaban esos ratitos de desconexión...

NEW YORK, NEW YORK...

Ya he dicho que mi trabajo no implicaba una gran capacidad creativa y que sin mis chicas moriría irremediamente de aburrimiento, pero esa sensación se multiplicaba por mil en verano porque, además de no ser tú quien creara la pieza informativa desde el inicio, no existía nada sobre lo que informar. El mundo parecía que se adormecía con el calor sofocante del recién estrenado agosto y ni siquiera las guerras eran tan cruentas entonces. Así que allí estábamos, con la mínima expresión de nuestro vestuario, con el aire acondicionado a tope y sudando como pollos intentando crear una web medianamente atractiva para el usuario. Y no era tarea fácil. Aburrida sí, pero no fácil.

Esos días previos a mis vacaciones se planteaban más tranquilos de lo normal porque las moscas pardas se habían ido de vacaciones. Cuentan las malas lenguas que se habían ido juntas y solas porque no había persona humana que las soportase salvo ellas mismas. Bueno, en realidad las malas lenguas eran las nuestras, no teníamos ni idea sobre sus vidas fuera de esas cuatro paredes, pero conociéndolas seguro que nos acercábamos bastante en nuestras suposiciones. Quien tampoco había ido al trabajo era Lara, que se iba a tostarse al sol gaditano con su Fernando al día siguiente y se había cogido el día de antes de vacaciones para dejarlo todo planeado antes de que ocupásemos su casa esa noche para despedirnos como marca la tradición. La única que no iba a aparecer en casa de Lara esa noche era Libertad, que se fue con David a pasar sus dos semanitas a Portugal: Lisboa, Coimbra y el Algarve. Todo un viaje del que esperaban volver siendo tres. No es que fuera una persona obsesiva, es que llevaban mucho tiempo intentándolo y la sospecha de la infertilidad se cernía sobre sus cabezas.

Cuando nuestra jornada laboral terminó, cogimos las botellas de vino que habíamos comprado al mediodía y habíamos dejado enfriando en la nevera de la oficina y nos fuimos tan contentas a casa de Lara. Bueno, contentos íbamos Roberto, Manu y yo, porque Celia tenía el morro tan largo que lo llevaba arrastrando por el suelo todo el día.

—¿Nos vas a contar ya qué te pasa o tenemos que sonsacártelo con unos alicates?

—le pregunté ya harta de su mutismo

Celia suspiró y le empezó a temblar el labio inferior.

—Pero pequeña... ¿estás bien? —pregunté.

—No, no estoy bien. No sé qué le pasa a Pablo, pero algo le pasa. Le he propuesto irme yo a Nueva York, así puedo ver la ciudad, conozco a sus compañeros, veo cómo es su vida en el día a día... me parecía algo muy bonito. Pero él no para de darme largas. Parece que no quiere introducirme en su nueva vida

—Reflexiona un poco y dínos, ¿cuánto tiene de verdad y cuánto de paranoia? —preguntó Roberto.

—Eso es lo que pensaba al principio, que tanto tiempo separados me estaba haciendo ver fantasmas pero ya no estoy tan segura. Ayer se lo propuse y me dijo que no estaba seguro, que no hacía buen tiempo, que estaba hartito del ambiente urbanita de la ciudad, que me iba a aburrir, que Nueva York no era como yo pensaba... en fin, que no paraba de darme argumentos absurdos. Siempre me está poniendo la vida allí por las nubes, ¿y ahora no es como yo lo pienso? El otro día, cuando me quejé del tiempo que hacía en Madrid él me dijo que allí se estaba genial ¿y ahora no hace buen tiempo? Odia ir a sitios pequeños, siempre le ha fascinado la vida en una gran ciudad ¿y ahora odia el ambiente urbanita?

—A lo mejor está estresado—dijo Manu.

—O a lo mejor es que no quiere que nadie me ponga cara porque aunque sepan que tiene novia el que me conozcan lo hace demasiado real.

—Venga, ¿eso que huelo desde aquí son celos? —preguntó Roberto.

—Nunca jamás los he tenido, pero ahora me está doliendo la cabeza y me temo que es por el nacimiento de unos cuernos como los de un ciervo macho. Al final conseguí que me dijera a regañadientes que sí pero que él se encargaba de comprar los billetes, que conoce todas las páginas donde están las mejores ofertas. Y cuando le he llamado justo al salir del trabajo para ver si ya los había comprado me ha dicho que no había tenido tiempo y que no sabía cuándo podría hacerlo. ¡Si para mañana no los ha comprado los compro yo y a tomar por el culo!

La miré y no dije nada. Toda esa situación sonaba francamente mal pero no iba a ser yo quien alimentase su inseguridad sin tener toda la información. Que conste que no quería que lo pasara mal pero nunca he sido muy partidaria de las relaciones a distancia y lo que ellos estaban manteniendo me parecía más un suplicio que una relación. Ese pensamiento me recordó a la conversación que mantuve con Lucas en la coctelería en nuestra “primera cita”. Me dijo que lo había dejado con su pareja porque se había ido a trabajar a París y el día anterior se había ido antes porque “un amigo” iba a pasar la noche en su casa antes de coger un vuelo precisamente a la capital francesa.

—Celia, ¿te importa si cambio de conversación? —pregunté.

—Por favor—dijo ella—. Llevo todo el día pensando en lo mismo y me va a estallar la cabeza.

—Creo que Lucas ha pasado la noche con su exnovia.

—¿Cómo? —preguntó Roberto con los ojos como platos—. Nos dijo que venía un amigo suyo que mañana tenía que coger un vuelo, ¿no?

—Sí, a París. Donde casualmente está trabajando su ex. O conoce mucha gente allí o son la misma persona—dije intentando que sonase despreocupado.

—No te rayes, Rubia, si dijo que era un amigo es que sería un amigo. No sois nada como para que te mienta.

—Ya pero... ¿y si no se ha atrevido a dar el paso porque sabía que iba a ver a su ex y no quería enmarañarlo todo porque no sabía qué iba a pasar?

—Pues en ese caso me parece muy coherente por su parte, Ana—dijo Manu.

Me callé. Tenía razón, pero no dejaba de molestarme el asunto. Nunca he sabido callarme esas cosas, cuando algo me ronda por la cabeza me da diarrea verbal, así que empecé a imaginar cómo iba a sonsacárselo cuando viniese a cenar a casa. En esas estábamos cuando llegamos a la puerta de casa de Lara.

—Estoy acabando de llenar la maleta, pasad—dijo Lara a modo de saludo.

Dejé una de las botellas encima de la mesa y metí el resto a enfriar en la nevera mientras Roberto cogía copas para todos y Manu y Celia se acomodaban en uno de los sofás.

—¿Somos los primeros? —pregunté.

—Sí, pero el resto tiene que estar al caer. Llevo todo el día intentando economizar al máximo para comprimir todo lo que me quiero llevar en una maleta de mano porque el coche de Fer es muy pequeño y si llevo mi maletón me va a mirar como a una loca. Menos mal que es verano y los bikinis, los shorts y los saltos de cama ocupan poco...

—¿Me dejas mirar esos saltos de cama? —preguntó Roberto.

—Si te acercas te los tragas, perverso—contestó Lara entre risas.

Sonó el timbre y cuando pregunté quién era, Mónica y Macarena contestaron a coro. Les abrí la puerta del piso y volví a acomodarme en el suelo sobre un cojín frente a la mesa de centro. Manu ya había servido las copas y di un sorbo a la mía cerrando los ojos con placer. Debía plantearme si tenía un problema con el alcohol... pero ese no iba a ser el día.

Mónica entró en el piso con sus tacones de diez centímetros y cuando miré hacia su cabeza eché en falta su larga melena rubia. Llevaba una media melena más corta por detrás que por delante y peinada con unas ondas naturales que le daban un aspecto desenfadado al look.

—¿Dónde está el resto de tu pelo, reina? —pregunté.

—Ayer me dio una locura, cogí las tijeras de la cocina e intenté hacerme un corte moderno. Cuando vi el desaguisado que me había hecho llamé a mi hermana llorando y vino con el set de peluquería que le había regalado por Navidad. Entró en mi casa como el séptimo de caballería y este fue el resultado. ¿Os gusta?

—Te queda muy bien—dijo Celia—. Tu hermana tiene estilo. Se la van a rifar cuando termine el curso.

—Bueno, como ella hay más de mil, menos mal que con sus miles de piercings, sus tatuajes, su media cabeza rapada y la otra media decolorada, encontrará algo seguro en una de las peluquerías modernas del centro. Esas que siempre tienen un chihuahua correteando por el local mientras te cortan el pelo. Creo que te dan el perro con el diploma de la academia—dijo resuelta.

Se sentaron todas alrededor de la mesa y cogieron sus copas de vino mientras Lara metía unas pizzas precocinadas en el horno y volvía con nosotras.

—Ya lo tengo todo preparado. ¡Cádiz, allá voy! —dijo con una sonrisa resplandeciente.

—¿Has metido la crema solar? —preguntó Macarena.

—¡Mierda! Pues no lo tenía todo preparado. Ahora vuelvo.

Lara fue hacia el baño de donde salió con un bote de crema de factor 50. Tenía la piel tan blanca que a la mínima ya se había quemado.

—Ahora sí—Sonrió—. Bueno, ¿qué os contáis? Me ha chivado un pajarito que ayer alguien quedó con alguien por La Latina...—dijo mirándome fijamente.

—Estamos como para guardar secretos—me quejé riéndome—. Pues sí, el sábado Lucas me mandó un mensaje para quedar al día siguiente y estuvimos dando una vuelta con toda la resaca. Al final se nos apuntó Roberto, pero eso creo que ya lo sabes porque imagino que el pajarito ese es macho...

—¡Bingo! —dijo Lara—. Ala, pues cuéntanoslo todo.

—Hay poco que contar, estuvimos picando algo por ahí y acabamos en el Mercado de la Cebada. Él y Roberto tuvieron un ratito de confianzas mientras iba al baño...

—Me dijo que le había parecido muy divertida y que quería seguir conociéndola

pero que no estaba acostumbrado a estas situaciones y prefería ir despacio. Aquí la Rubia no se lo cree, piensa que me lo dijo para quedar bien. Y ahora se le ha metido en la cabeza que el muchacho se ha pasado la noche retozando con su exnovia.

—¿Y eso por qué? —preguntó Mónica.

—Puede que sean paranoias mías, pero el primer día que quedamos me dijo que lo había dejado con su última pareja porque se iba a trabajar a París y no creía en las relaciones a distancia. Y ayer se fue antes a casa porque un “amigo” hacía escala en Madrid antes de coger un vuelo hoy a París. Mucha baguette me parece a mí...

—Bueno, puede ser una coincidencia o puede que no lo sea, ya lo descubrirás. Pero no puede sentarte mal, no ha pasado nada entre vosotros...

¿No podía sentarme mal? Pues el caso es que me sentaba como si me metieran un ajo por el culo.

—Que sí, que tenéis razón, pero una no puede controlar lo que siente. Bueno, ya descubriré si tengo razón y si la tengo no montaré ningún drama. Palabrita del niño Jesús—dije cruzando los dedos.

—Si cruzas los dedos no vale—Se quejó Manu.

—Vaya, nunca he entendido estos gestos. Bueno, que no le voy a reprochar nada, no quiero parecer una loca de la pradera—les dije sonriendo—. Bueno Macarena, cuéntanos cómo acabó tu noche de desenfreno con el pijales ese.

La sonrisa de Macarena nos cegó a todas.

—No le llames pijales, es muy majo—nos dijo—. Casi no llegamos a casa, empezó a quitarme ropa en el portal y eso que no llevaba demasiada. Me folló en el suelo del salón, en la habitación y en el baño cuando fuimos a darnos una ducha después del maratón. Todavía tengo agujetas. Y un moratón en el culo de lo fuerte que me sujetaba.

—Ya decía yo que tenías cara de *bienfollá*—dijo Roberto, como no.

—Pues sí, ya me hacía falta darle al cuerpo un poco de alegría que me iban a salir telarañas de la falta de uso. Hemos vuelto a quedar el fin de semana que viene—nos contó sonriente.

—¿Estamos hablando de sexo o de relación? —preguntó Manu.

—Ay, yo qué sé. De momento hablamos de follar, ya iremos viendo... que yo me enamoro y me desenamoro a la misma velocidad.

—Doy fe— Dije—. ¿Qué pasó con el chico ese de Nueva Zelanda del que

estabas enamoradísima?

—Que era un soso. Y nunca quería echar un polvo. Parecía que le tenía que obligar.

—El marido de Libertad decía que era gay. Salía en las fotos de Facebook muy agarradito al mismo chico todo el rato...—Comentó Celia.

—Hombre, gay yo creo que no, pero si lo era podría haberlo dicho y dejarse de monsergas que me tuvo ni sé el tiempo a pan y agua.

Nos reímos y atacamos las pizzas que acababa de dejar Lara sobre la mesa.

—¡Cuidado que queman, gochas! —nos reprendió.

Todas empezamos a hacer gestitos para intentar no escaldarnos el paladar, menos Roberto que engulló sin masticar para no quemarse.

—¡Oye, chicas! Todavía está en cartel la película esta tan buena de Leonardo DiCaprio, la de *El Renacido*. ¿Os apuntáis alguna a verla esta semana?

Roberto era tonto y todavía no se había dado cuenta. Ninguna estaba avisada de nuestro plan. Miré a Manu y como tenía la mirada fija en Rober empecé a negar efusivamente con la cabeza hacia las demás. Todas se dieron por aludidas menos, como no, Macarena.

—¡Ay, que bien! ¡Yo tenía muchas ganas de verla! ¡Cuenta conmigo, machote!

Roberto me miró con cara de circunstancias y yo me tapé la cara con la mano. No podía hacerse nada a derechas con el señor oportunidad y la parras de turno. Macarena me miró y yo abrí mucho los ojos señalando con la cabeza a Roberto y Manu que estaban sentados juntos charlando sobre la película a la que también se había apuntado ella. Parece que ese día lo tenía inspirado y pilló la indirecta.

—Ahora que lo pienso, es imposible, tengo cita para hacerme el láser—dijo Macarena.

—Pero si todavía no hemos dicho el día—contestó extrañada Manu.

—¿Qué día habías pensado, Rober? —preguntó Macarena.

—Pues el miércoles, que es el día del espectador.

—¡Que pena! Justo el miércoles era cuando tenía cita para el láser. Nada, nada, id juntos y ya me la contaréis.

La miré con la boca abierta. Señor, no se puede estar tan en la parra. Manu tenía los ojos entornados pero no dijo nada, pareció conformarse con su suerte y Roberto estaba a punto de explotar como una olla a presión. Se lo merecía, por torpe. En ese momento sonó el móvil de Celia y se levantó como si el sofá tuviera

un muelle para contestar.

—Hola, cariño...—le oímos saludar mientras se metía en el baño y cerraba la puerta. Era Pablo, no cabía duda.

—Bueno, ¿y estos qué, se aman o se odian? —preguntó Lara que no se había enterado del drama.

—Pues resumiendo, Celia está convencida de que le pone los cuernos porque ella le ha propuesto ir a Nueva York a empaparse de su vida allí y él está todo el tiempo dándole largas. Y por lo visto no para de contradecirse. Yo no sé si hay cuernos o no los hay pero desde luego algo raro pasa...—le conté.

—Yo no creo que haya cuernos, Pablo besa el suelo por donde pisa Celia. Otra cosa no, pero siempre ha estado cieguito por ella—dijo Lara—. Pero no me extrañaría que su nueva vida allí, el conocer a otra gente, hacer otras cosas... al final Celia se ha quedado aquí haciendo lo de siempre pero sin él y él tiene vivencias nuevas todos los días. Es normal que la cosa se enfríe.

—Lo mismo pienso yo—dije—. Pero cada uno lleva las relaciones a distancia como buenamente puede y Celia y Pablo siempre han parecido llevarlo muy bien.

—Es complicado—intervino Manu—. Yo estuve muchos años cuando llegué a Madrid con mi novio de toda la vida, él en Extremadura y yo aquí. Y al principio muy bien pero como tú dices, fui conociendo gente, fuimos teniendo menos cosas en común y poco a poco nos fuimos distanciando. Yo le seguía queriendo pero no era lo mismo. Y lo pasamos muy mal cuando lo dejamos, pero fue lo mejor. Al menos en mi caso. También conozco gente que mantiene una relación a distancia durante años y están tan felices.

Celia salió del baño con unas feas ronchas rojas en la cara y todas enmudecimos. Se sentó de golpe en el sofá y suspiró.

—Definitivamente, mi novio es imbécil—dijo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mónica.

—Pues nada, que al final ha decidido que no va a comprar los billetes porque no se quiere quedar en Nueva York en vacaciones, que vendrá a España y ya veremos qué hacemos. Me ha dicho que no prepare ningún viaje, que ya improvisaremos... Esto me suena a “no prepares nada, que no voy a irme a ningún lado contigo”.

—No creo, Celia...—dijo Lara, que aunque a veces sea una borde también tiene sentimientos.

—¿Cuándo ha querido Pablo improvisar algo? Estoy empezando a asumirlo. Me

quiere dejar en cuanto llegue a España, ya lo veréis.

El resto callamos como mujeres de moral distraída. El que calla otorga. No me parecía bien darle ánimos cuando pensaba como ella... Esa relación no tenía futuro y aunque no quería verla sufrir, en el fondo me alegraba. Y no sólo porque las relaciones a distancia no me pareciesen sanas sino porque siempre había pensado que ella valía mucho más que él, que no es que fuese mal chico pero sí un poco aburrido. Celia era quien le daba vida.

—Venga, chicas. Cambiemos de tema que no me interesa seguir pensando en este gilipollas. Mónica, ¿qué tal con tu yogurín? —preguntó antes de darle un mordisco a la última porción de pizza.

—Bufffffff...—Mónica puso los ojos en blanco— Está empezando a agobiarme, siempre con los mensajitos de whatsapp y con los “me muero por verte”, “cuándo quedamos”... Creo que le voy a dar puerta.

—Pues me pareció muy majo y te miraba con ojos de cordero degollado—apuntó Manu.

—No, si majo es, pero en algunos aspectos se le nota la edad. En otros no, que conste, me da unos maratones de sexo que para sí los quisieran muchos treintañeros. Pero creo que espera de mí algo que no puedo darle. Bueno, que no me da la gana.

—Pobre, le vas a romper el corazón—dije.

—Pues que no me lo hubiese dado tan pronto, que le avisé desde el primer día que yo era como una mantis religiosa. Algún día conoceré a alguien que me dará a probar de mi propia medicina, lo sé. Y lloraré todo lo que han llorado por mí. Pero es que no puedo hacer otra cosa, cuando me empiezo a desilusionar con alguien le cojo hasta manía. Me da rabia hasta que me coja mis gomas del pelo para hacerse una coleta. ¡Cómprate unas cuantas que están baratitas en los chinos! El día que lo deje le regalo un paquete.

—Que brutita eres, reina. No lleváis ni una semana—apuntó Roberto.

—Pues si le empiezo a aborrecer después de unos pocos días, imagínate si la cosa va a más.

—Lo que más me jode es que no vamos a poder volver al Juanita Banana en mucho tiempo—dijo Lara—. Mónica, prohibido tirarte a los camareros de nuestros bares preferidos, que luego nos los vetas.

—Ah, por mí podemos seguir yendo, no voy a ser una bruja.

—No, si seguro que después te adorará y pasará a formar parte de ese grupito de

ex que te adoran. ¿Cómo los llamabas? —preguntó Macarena.

—Mis lamentables. Pero eso a ellos no se lo digo—compuso una sonrisa de oreja a oreja y dio un sorbo a su copa.

—Uy, deberían estar agradecidos—dije con sarcasmo.

—¿Sabéis algo de Libertad? —preguntó Celia.

—No ha dicho nada, seguro que se entregó al fornicio nada más llegar al hotel de Lisboa—Mónica, como no.

—Venga, vamos a hacernos una foto y se la mandamos.

Saqué mi móvil, lo coloqué sobre la mesa del salón y puse el temporizador. Nos apiñamos todos delante y sonreímos mientras se hacía la foto. La envié al grupo con un mensaje: «Te echamos de menos, mamá Libertad». A los cinco minutos ya teníamos contestación: «¡Y yo a vosotras! No cotilleéis mucho en mi ausencia y si lo hacéis mantenedme informada. Os quiero»

Antes de volver a bloquear mi teléfono sonó un aviso de whatsapp. Era Lucas, por supuesto.

«El vuelo de mi amigo llegó con dos horas de retraso... podría haberme quedado más tiempo con vosotros. ¿Cómo acabó el día?»

Su amigo, sí...

«No te quejes, luego os quedó toda la noche para recordar viejos tiempos»

Así, con sutileza...

«No te creas, se quedó dormido en mi sofá al poco de llegar. ¿Ya ha invitado Roberto al cine a la chica esa que le gustaba?»

Dormido y en su sofá, bien...

«Sí, pero casi la caga. Ya te lo contaré cuando quedemos para cenar...»

Lanzamos el anzuelo y...

«Y hablando de esa cena... ¿Cuándo tendré el honor?»

¡Picó!

«¿Qué te parece el jueves? Ya sabes que son los nuevos viernes...»

Tic, tac, tic, tac...

«¡Perfecto! Yo llevo el postre»

Ya te voy a dar yo a ti postre...

—¿Ana, sigues ahí? —Preguntó Lara.

—Sí, perdonad, era Lucas. Le he invitado el jueves a mi casa para cenar.

Todas me aplaudieron muy sonrientes.

—¿Y qué te vas a poner?

—¿Qué vas a hacer para cenar?

—Tendremos que ir a comprar ropa interior

Alcé las manos frente a ellas pidiéndoles silencio.

—No sé qué me pondré, pero algo de mi armario que ya me he comprado demasiadas cosas este mes.

—Técnicamente acabamos de estrenar mes—aclaró Celia.

—Sí, pero mi cuenta grita de horror como *El grito de Munch* cada vez que saco la tarjeta de la cartera. Tengo muchas cositas monas, algo encontraré. Y no pienso comprarme ropa interior, la que usé para nuestra primera cena no llegó a verla así que...

—Bueno, pues cuéntanos con qué menú le vas a sorprender—dijo Manu.

—Le prometí mi archiconocido tartar de salmón con mango. A ti ya te lo haré otro día, Manu, que no lo has probado. Y probablemente haga un gazpacho de frambuesas como primer plato. El postre me ha dicho que lo pone él, así que no tengo que volverme loca con la repostería que se me da fatal. Siempre acabo comprando algo después de varios experimentos fallidos.

—Ya me imagino que postre va a llevar él. Un bote de nata...—dijo Roberto levantando las cejitas una y otra vez.

—Pues no me extrañaría que trajese huesos de santo y se fuese a casa corriendo después de comer uno para que no le arrebate su flor.

—Venga, hombre, no exageres, lo que pasa es que estamos acostumbradas a que los hombres entren a matar y cuando damos con uno un poco más paradito no sabemos cómo manejarlo—intervino Celia.

—Yo me encuentro con alguien así y no me vuelve a ver el pelo—dijo Mónica.

—Pero es que tú eres un poco guarrilla—le dijo Lara riéndose.

—Y tú un poco zorra—le contestó entre carcajadas.

Entre nosotras llamábamos a Mónica Deborah Hombres, como la *drag queen* que se había puesto de moda hacía unos años. Era implacable, si no le dabas un orgasmo la primera noche, ya no había una segunda. Y aunque se lo dieras no tenías asegurado repetir. Nos metíamos con ella, pero nos encantaba su forma de ser. Ya le llegaría su San Martín, como a todo cerdo.

—Bueno chicas, no es que os quiera echar pero largaos de mi casa que tengo que dormir para estar divina de la muerte mañana—Lara, todo dulzura.

Recogimos las copas y las metimos en el lavavajillas. Nos despedimos con muchos besos y salimos a la calle. Esta vez, Roberto no encontró una buena excusa para acompañar a Manu a su casa y ella se fue sola con una mueca de decepción. Cuando nos quedamos solos él y yo le reproché

—Tú no sabes seguir ni el plan más sencillo, ¿eh? Casi la cagas y te llevas a Macarena de carabina.

—Yo qué sé, me puse nervioso. No sabía si iba a tener otra oportunidad y lo solté sin pensar, yo qué sabía que se iba a apuntar.

—Pensar que Macarena va a pillar algo a la primera es tener mucha fe, macho... Me ha encantado la excusa del láser, menos mal que Manu no sabe que no tiene un pelo de tonta. Por cierto, la que se ha hecho la tonta ha sido ella porque ha quedado más que claro que queríamos dejaros solos... si no ha dicho nada es que la tienes en el bote.

—¿Tú crees? —me preguntó con los ojillos brillantes de ilusión.

—Yo creo. Simplemente sé tú mismo pero rebajando tu humor grueso—le guiñé un ojo y él sonrió—. Esa cita termina en asalto de cama o en beso en el portal, pero algo tendrás que contarme el jueves seguro.

—Te quiero mucho, Rubia—me dijo cuando llegamos a mi portal.

—Y yo a ti, petardo. No te olvides de tu mejor amiga aunque te enamores.

—Eso nunca, ya lo sabes. Encontrar a una pareja que soporte nuestra relación sin morirse de celos es complicado, pero lo conseguiremos.

Le di un beso en la mejilla y entré en mi portal. Esa noche me dormí con una sonrisa plácida en los labios. Lo que era realmente complicado era formar una familia de amigos a varios cientos de kilómetros de tu familia real. Y yo lo había conseguido.

¡Y CAYÓ LA BOMBA!

El miércoles llegó más pronto que tarde y Roberto vino al trabajo vestido para la ocasión. Que no me digan que los hombres no se preocupan por su atuendo cuando tienen una cita importante. No lo harán como nosotras, pero también se tiran su tiempo frente al armario decidiendo qué ponerse. Como irían al cine directos desde el trabajo, vino con unos pantalones vaqueros azules desgastados y mi camiseta preferida, gris con botones en el cuello. Había dejado su pelo secado al aire y se formaban unas ondas naturales en su bonita melena color azabache. Manu llevaba un vestido de flores ajustado con vuelo en la falda y unas sandalias planas con flecos a conjunto con un Shopping bag marrón de ante. Llevaba suelta su espesa melena castaña que le llegaba casi hasta el codo y un suave maquillaje con un poco de rimmel muy natural.

Roberto me tuvo todo el día hablando por chat sobre lo que podía o no podía hablar con Manu tras la salida del cine. ¿Le invitaba a cenar? ¿A una copa? ¿Pagaba él el cine? ¿Pagaban a medias? ¿La acompañaba a su casa? ¿Le daba un beso? Al final le mandé a la mierda. Con 30 años no puedes preguntar hasta si está bien ponerte los gayumbos a conjunto con los calcetines. Que por cierto, no. No está bien. Bueno o sí, en realidad lo único que importa es que te acuerdes de quitarte los calcetines junto con los pantalones. No hay nada más antierótico que un tío en gayumbos y calcetines, por mucho que estén conjuntados.

El caso es que cuando terminó la jornada laboral, ellos se fueron al cine entre nerviosos e ilusionados y yo me fui a yoga a intentar mantener mi desastrosa forma física. Juro que casi salgo de ahí con los pies por delante. Intenté hacer el pino sin ayuda y sin avisar a mi profesor y acabé cayendo de espaldas contra el suelo. No sé qué me dolía más, si el orgullo o la espalda. Esa noche cené un bocadillo de ibuprofeno y me metí en la cama esperando ser persona al día siguiente.

Cuando me desperté me puse un vestido largo de algodón de rayas grises y negras regalo de mi madre y mis converse blancas bajitas. Mi idea era cambiarme de ropa antes de que llegase Lucas, pero si no me daba tiempo estaba estupenda de todos modos. Ya no sentía ni nervios, me había hecho a la idea que esa noche terminaría como las otras dos, con un beso de abuelo en alguna parte indeterminada de mi cara y una despedida en la puerta de mi casa. Todavía no le había dicho ninguna hora en concreto así que le escribí un mensaje rápido al

móvil:

«Te espero a las 21.00 en mi casa. Tendré todo preparado.»

Tal y como imaginaba, su contestación no se hizo esperar:

«Ya estoy salivando pensando en ese tartar. Te veo esta noche, hermosa.»

Al llegar a la oficina, Manu ya estaba allí. Cuando le pregunté por su cita del día anterior me dijo que la película le había gustado mucho. Menuda mierda. Como si a mí me importase si le había gustado o no. Yo quería saber qué había pasado después. A pesar de que me caía muy bien, todavía no tenía demasiada confianza con ella, así que decidí esperar a que llegase Roberto y sonsacarle. Le vi entrar y en cuanto se conectó le abrí una conversación privada en el chat interno:

«Ayer ni un mensajito ni nada, que poca vergüenza la tuya.»

Me contestó a los 10 segundos.

«Lo siento Rubia, se me fue el santo al cielo ¿Un cigarrito a solas?»

«Ahora voy a buscarte»

Me levanté, fui a la terraza y él me siguió.

—Bueno qué, que me tienes en ascuas—le dije mientras le palmeaba en la mejilla.

—Pues nada, la película estuvo muy bien...

—¡Y a mí qué me importa la película! —le corté—Venga, cuéntame lo que quiero saber, ¿pasó algo o no?

—Que impaciente eres. Bueno, pues al salir fuimos a tomar algo a un pakistaní que hay cerca, creo que he ido alguna vez contigo. Cenamos, nos tomamos unas cervezas y estuvimos charlando sobre el curro y tal. Y luego, la acompañé a casa.

—Yyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyy...

—Yyyyyyy... nada

—¿Nada? —pregunté con los ojos muy abiertos.

Me sonrió, le dio la última calada a su cigarrillo y lo apagó.

—Le dije que me lo había pasado muy bien, que me encantaba haberla conocido, que teníamos que repetirlo y cuando ya no sabía qué más decir para alargar la despedida, ella se acercó y me besó.

—¿Te besó? ¿Pero en los labios? —pregunté emocionada.

—¡Sí! Fue un beso suave y cortito, un pico. Se alejó mirando al suelo avergonzada y cuando se dio la vuelta para meterse en su portal la cogí de la

muñeca, tiré de ella, la estampé contra mi pecho y la volví a besar, pero esta vez de verdad. Cuando nos separamos me dijo que prefería que se quedase ahí, que no quería correr demasiado y yo le dije que no me importaba, que teníamos todo el tiempo del mundo.

—¿Cómo sabes lo que nos gusta, cabronazo! —le dije—. Entonces, ¿vais a volver a quedar?

—Pues no lo hemos hablado, pero imagino que sí, nos mandamos un par de mensajes antes de irnos a dormir, por eso no te escribí a ti, me dormí con el teléfono en la mano hablando con ella.

Y la sonrisa no le cabía en la cara. Estaba tan feliz por él que por un momento se me olvidó que yo también tenía una cita importante esa noche. Pero sólo por un momento. Le di un abrazo y volví a mi sitio más contenta que unas castañuelas.

—Imagino que Rober ya te habrá puesto al día...—Me susurró Manu prácticamente al oído cuando me senté.

La miré dispuesta a mentirle y decir que no me había contado nada pero cuando miento se me pone una cara muy rara, me muerdo los labios por dentro y abro mucho los ojos, así que no hizo falta que abriese la boca.

—No me digas nada, ya veo que sí te lo ha contado. No te he dicho nada porque creía que lo lógico era que te lo contase él. ¿Qué opinas? —me preguntó con los ojitos brillantes.

—¿No te importa que me lo haya contado? —le pregunté.

—Yo también se lo contaría a mi mejor amiga, ¿cómo no te lo iba a contar?

Le sonreí agradecida. Durante años habíamos tenido problemas con nuestras respectivas parejas porque no entendían nuestra relación y siempre bromeábamos con que cuando encontrásemos a alguien que entendiese que lo nuestro no iba de amor, sería el definitivo.

—Me encanta, Manu, qué quieres que te diga. Quiero mucho a Roberto y me encanta verle feliz. Y a ti te conozco poco, pero intuyo que vas a ser muy importante para todas nosotras. Así que si juntamos una cosa con la otra... ¡pues estoy más feliz que una perdiz!

Me sonrió y volvió a lo suyo. Celia me miraba asomando la cabecita por detrás de su ordenador con una media sonrisa. Que oído más fino tenía la *jodía*.

Al acabar de trabajar fui a la compra y volví a casa para empezar con la cena. Esa mañana había sacado del congelador el salmón, así que ya lo tenía todo listo para empezar a cocinar. Metí las botellas de vino en la nevera, corté el salmón en

dados, el mango y un poco de cebolla morada y lo dejé marinando en la nevera con zumo de lima, una cucharadita de miel, otra de mostaza, aceite, sal y pimienta. Mientras tanto, hice el gazpacho de frambuesas y lo dejé enfriando en el frigorífico. Miré la hora y vi que todavía me quedaban tres cuartos de hora, así que me di una ducha rápida, me sequé y me planché el pelo y me puse unos shorts azul klein, con una camiseta negra con la espalda al aire y unas sandalias planas también negras. Me maquillé con un fino eyeliner y los labios rosa pálido que casi no se notaban. Cómoda para estar en casa pero preparada para entrar a matar.

A las nueve en punto sonó el timbre de mi casa. Abrí, llené dos copas de vino y me coloqué en el umbral de la puerta en una pose muy estudiada con la cadera apoyada en el marco y las dos copas en la mano. Cuando le vi aparecer le ofrecí una de las copas. Él la cogió con la mano derecha, donde colgaba una bolsa con lo que suponía que sería el postre, puso la palma de la mano izquierda en mi cadera y la fue bajando acariciándome distraídamente el culo con los dedos mientras me besaba en la mejilla. Cuando me soltó me hice a un lado y le dejé pasar.

—Buenas noches, estás preciosa—me dijo sonriendo.

Le miré de arriba abajo mordiéndome el labio inferior. Llevaba unos vaqueros con un roto en la rodilla, unas *Vans* negras y una camisa de manga corta también negra con dos botones desabrochados. El pelo estudiadamente desordenado y sobre la cabeza sus gafas Rayban que ya conocía. No soy muy amiga de las camisas pero he de reconocer que esa le quedaba como un guante.

—Tú sí que estás guapo, Zeus—Saqué unos panecillos y un poco de queso para picar y le animé a que se sentara a la mesa.

—¿Hoy no cenamos en el sofá?

—Hoy tienes suerte y cenamos en la mesa. El sofá para el postre—Me sonrojé nada más decir aquello—. Bueno, quiero decir que...

—Ya, ya, te he entendido—Sacó una cajita muy mona de una pastelería y la dejó sobre la mesa baja del salón—. Buñuelos de chocolate. No sé si pensabas en este postre precisamente pero están muy buenos.

Se sentó a la mesa y cogió un pedazo de queso.

—Esto está buenísimo—dijo—. Me encanta el queso muy curado.

Me acerqué al equipo de música y puse el disco de *Paramore*. Las notas de *Decode* inundaron la habitación a un volumen bajito, lo suficiente para poder hablar. Saqué el gazpacho de frambuesa de la nevera, lo dispuse en dos copas con unos frutos rojos por encima y los llevé a la mesa.

—Gazpacho de frambuesa para abrir boca.

—Tiene muy buena pinta—Cogió la cuchara y lo probó—.Dios, esto está buenísimo, como hagas todo igual...

—Soy muy buena cocinera—Contesté obviando su provocación.

—Bueno, ¿qué tal Roberto? ¿Fue al cine al final con la chica que le gustaba?

—¡Sí, fue ayer! Pero casi consigue ir con carabina, lo propuso delante de todas las chicas y nuestra amiga Macarena, que no se entera de nada, se apuntó la primera. Al final le hice un gesto y puso una excusa de mierda para no ir. Se notó a la legua.

—Pero ella no dijo nada, ¿no? —me preguntó

—Se enteró pero se hizo la tonta.

—Bueno y qué, ¿pasó algo o no?

—Pasó, pasó. Cuando llegaron a la puerta de casa de ella, él empezó a hablar como una metralleta y ella le calló con un besito. Yo le suelo callar con una hostia, pero supongo que eso también es efectivo.

—Qué borde eres.

—No, es que le quiero mucho y donde hay confianza da asco. El caso es que al final él profundizó en ese beso y hoy estaban los dos como tontos, casi ni se han mirado a la cara.

—¿Y no pasó nada más?

—No, debe estar de moda.

Lucas dejó la cuchara sobre la mesa, juntó las manos delante de sus labios y me miró con ojos torturados.

—Sobre eso... Ana, yo quería contarte una cosa.

Le corté con un gesto de la mano.

—No, no, por favor. Mira, hemos llegado a una edad, en la que si no acabamos en la cama, parece que algo va mal entre dos personas. Pero no todo el mundo es igual, lo he estado hablando con mis amigas. No todos queremos lo mismo en el mismo momento. Vamos a cenar, a hablar y a conocernos mejor. Las cosas vendrán cuando tengan que venir—Me levanté de la mesa para preparar el segundo plato. Saqué el tartar de la nevera y lo puse en el molde para que quedase redondo, adornándolo con unas ramitas de cebollino por encima. Lo coloqué entre los dos sobre la mesa y me senté.

—Bueno Ana pero es que en este caso no es sólo eso, no es que sea una persona

del siglo pasado, es que...— Se miró las manos y suspiró. Cuando volvió a mirarme parecía más tranquilo—. Mira, tienes razón, ya hablaremos de este tema, vamos a cenar tranquilamente, el resto ya vendrá solo.

Lucas cogió su tenedor y probó el tartar.

—Tenías razón, Ana. Esto está de vicio. Me tienes que dar la receta.

—Ni lo pienses, un buen cocinero jamás revela sus secretos.

—¿Esos no eran los magos?

—Los magos y los cocineros, si lo sabré yo—le dije guiñándole un ojo.

Cogió un tenedor y se metió un poco de tartar en la boca antes de preguntar.

—Bueno, ya me dijiste que no te gustaba tu trabajo pero habrá algo que quieras hacer con tu vida, ¿no? ¿Qué quieres ser de mayor?

—Vieja—Contesté sonriendo—. En realidad yo estudié periodismo porque me gustaba escribir, pero no tenía ni idea del trabajo de un periodista. Esa vocación que tenían mis compañeros, que muchos querían ir de corresponsal a la guerra, yo no la sentía. Sólo quería escribir. Estaba empeñada en ser escritora, pero el tiempo y varias intenciones frustradas me hicieron darme cuenta de que eso tampoco es para mí.

—¿Llevaste algún manuscrito a una editorial y no te lo publicaron?

—Que va, no he llegado tan lejos. He empezado a escribir unas cuantas novelas. Con la primera empecé con el primer capítulo para escribirlo en orden cronológico y lo dejé. Con la segunda fui escribiendo lo que se me iba ocurriendo para luego juntarlo todo como un puzzle y lo dejé también. Y con la tercera me intenté hacer un esquema previo de todo lo que iba a pasar para luego empezar a escribirlo y lo acabé dejando también.

—¿Y por qué dejaste las tres?

—Con la primera me cansé, con la segunda cuando tenía varias paranoias escritas me di cuenta de que no encajaban entre sí y con la tercera lo deseché porque era tan malo que me daba hasta vergüenza releerlo.

—¡No sería para tanto!

—Sí, sí lo era. Un horror, te lo digo yo. Parecía que lo había escrito una niña de cinco años. En realidad las tres las dejé por lo mismo, cuando lo releí me di cuenta de que parecían los torpes escritos de una adolescente, no tengo imaginación suficiente como para escribir una historia sólida, con gancho. Unos personajes creíbles, con vida propia. Es demasiado difícil.

—¿Y de qué iban los tres proyectos? —preguntó abriendo la segunda botella de vino, que yo había sacado de la nevera.

—El primero ya ni me acuerdo. El segundo era una paranoia sobre un campo de concentración que tras la guerra queda como una especie de campo de refugiados. Es la historia de amor entre una chica que vive en el campo de refugiados y un chico de familia bien. Ya ni me acuerdo, pero pretendía dotarlo de una profundidad que no tenía. Un horror, vamos.

—¿Y el tercero? —me preguntó mientras intentaba ocultar una sonrisa tras su copa.

—Pues el tercero fue hace relativamente poco. Me encanta la novela negra, las devoro una detrás de otra y pensé que si me gustaba tanto leerlas, también me gustaría escribirlas, así que me puse a ello. Cuando ya tenía casi todo el resumen del libro escrito e iba a empezar a escribir la novela, cayó en mis manos el primer libro de la trilogía del Baztán, de Dolores Redondo, no sé si lo has leído.

—Que va, ¿está bien?

—A mí me encantó. Si quieres te lo presto—Asintió y yo seguí con mi historia—. El caso es que cuando acabé de leerlo volví a releer lo que yo tenía. Y me pareció tan insulso, tan pobre... ¿Cómo puedes construir una historia adulta, con misterio hasta el final, con unos personajes bien contruidos, con sus luces y sus sombras...? Lo que yo tenía era plano, sin vida, con unos personajes y una historia que daban pena. En fin, que lo mandé a la papelera y lo dejé.

Lucas se rió y volvió a servir más vino en nuestras copas.

—Pero habrá algo que quieras hacer con tu vida, ¿no? —Preguntó.

—Todavía quiero ganarme la vida escribiendo, lo que ha cambiado es el qué. No quiero escribir noticias de actualidad en un gran periódico, no es lo mío. Tampoco quiero escribir novelas, al menos no ahora, me he dado cuenta de que sería feliz pero de momento sólo me saldrían cosas horribles. Pero me gusta escribir y sigo haciéndolo bien. Me gustaría escribir en una revista, quizá una revista para mujeres o para hombres, pero no la típica. Tener una página para escribir sobre esas cosas que nos preocupan cuando nos hacemos mayores, sobre la elección de la maternidad, sobre la relación con nuestros padres, sobre encontrar o no trabajo, sobre viajes, emociones... yo qué sé, cualquier cosa. Pero bueno, eso es imposible y aunque lo consiguiera, necesitaría hacer algo más para tener un sueldo decente.

—Nunca pienses que algo es imposible sin ni siquiera intentarlo. Eso es muy fácil.

—Bueno, ¿y tú? ¿Siempre has querido ser publicista? —pregunté. Al final siempre acabábamos hablando de mí y él no soltaba prenda. No sé si lo hacía consciente o inconscientemente.

—La verdad es que yo nunca he sabido qué quería hacer realmente, no tenía ninguna pasión que quisiera convertir en mi profesión. Elegí publicidad porque creía que sería divertido estar en el departamento creativo de una agencia publicitaria, reunidos con unos cuantos más como yo lanzando ideas al aire que puedan convertirse en algo ingenioso, en un bombazo. Pero como pasa la mayoría de las veces, el planteamiento inicial era mejor que la realidad.

—Te imaginabas como un *Don Draper* a lo *Mad Men*, ¿no?

—Bueno, cuando empecé la carrera todavía no se había estrenado *Mad Men* pero sí, algo así. Luego cuando te ves haciendo la publicidad de Ponche Caballero en lugar de la de Martini te das cuenta de la realidad.

—¿Y no tienes ninguna afición?

—Me gusta mucho pintar y no se me da mal, pero es más un *hobbie* que otra cosa.

—¿Y por qué no te decidiste por Bellas Artes o algo así?

—Yo creo que fue más por un rollo de rebelión adolescente. Cuando tus padres son muy estrictos, tú sales un bala perdida y cuando son como los míos... o sales tan místico como mis hermanas o te rebotas y quieres algo más normal. Tengo una vena artística pero supongo que pensé que con eso no iba a comer ni a pagar las facturas. Mis padres se llevaron un disgusto pero no dijeron nada, ellos creen firmemente en dejar que sus hijos vivan la vida a su manera, pero lo tuvieron más fácil con mis hermanas, porque las maneras de ellas se parecen mucho a las tuyas.

—¿Tienes cuadros o alguno de tus bocetos en casa?

—Cuadros no tengo muchos, pero sí cuadernos y cuadernos de dibujos. Me relaja.

—Prométeme que me los enseñarás.

—Sólo si posas para mí

—¿Desnuda?

—Por supuesto, me encanta pintar desnudos—dijo sonriendo.

Dos botellas de vino, un tartar y una larga conversación después, nos acomodamos en el sofá para comernos los buñuelos con unos gin tonics, que aderecé con más frutos rojos. No tenía ni idea de si le pegaba a la bebida, siempre me ha parecido una *moderne* llenar las copas de frutas y verduras variadas, pero como tenía en la nevera, me las di de *barwoman* experimentada.

—¡Y ahora un gin tonic! Para, que me enamoro—me dijo mientras intentaba coger uno de los arándanos que flotaban sobre la superficie de la bebida con los dedos.

—¿Quieres que te saque la bandeja de fruta?

—No, no, si no tengo hambre, es que tengo la manía de intentar comerme todos los trozos de fruta y verdura que me ponen en las bebidas, desde el limón de la coca cola hasta el pepino de los gin tonics.

Cambié el disco y dejé sonando *Limp Bizkit*, su versión de *Behind Blue Eyes*.

—Me encanta esta versión, aunque me odies por decirlo casi me gusta más que la original—le dije.

—La original es de *The Who*, ¿verdad?

—Sí, esta versión se hizo para la banda sonora de *Gothika*, me encanta tanto la canción como el videoclip, aunque la película no la he visto.

—La próxima vez te invito a cenar en mi casa y la vemos, ¿te parece?

—Me parece perfecto—sonreí mientras me encendía un cigarro—¿Sabes? te veo un poco borroso, creo que estoy borracha.

—Y sólo me ha costado una botella de vino por cabeza y un gin tonic.

—¿Estás intentando emborracharme? —Pregunté con una mirada que intentaba ser sensual pero que quedó en una mueca ética.

—Tenía pensado hacerlo pero no me ha hecho falta presionar demasiado, ya te has emborrachado tú sola.

—Nunca he necesitado a nadie, soy muy independiente—le dije riéndome.

—Lo sé y por eso me gustas más.

No lo pensé. Si lo hubiera hecho probablemente hubiese seguido esperando a que él diese el primer paso. Pero el alcohol te hace ser más temeraria y no pensar en el posible rechazo. Dejé mi copa sobre la mesa y le cogí la nuca con la mano derecha para acercarle a mí. Mirándole a los ojos, como pidiendo permiso, fui inclinándome hacia él con los labios entreabiertos. Él no se resistió cuando estampé mi boca contra la suya. La abrí y dejé que mi lengua se acercara a la suya de forma curiosa, explorando todos sus rincones. Apoyé la mano izquierda en su pecho y fui bajándola lentamente, acariciando su piel por encima de la tela con las yemas de mis dedos. Cuando llegué hasta el cinturón que sujetaba sus pantalones vaqueros, su mano se posó sobre la mía y me apartó delicadamente mientras se separaba de mis labios. Le miré con la boca abierta mientras notaba cómo mis mejillas empezaban a arder.

—Lo siento, perdóname, Lucas. Me he equivocado, pensé que tú querías... y que no te atrevías a...

Negando con la cabeza con una media sonrisa, puso su mano sobre mis labios haciéndome callar.

—Esto era lo que quería contarte antes, perdóname tú por no haberlo hecho. Tenía la esperanza de que llegados a este punto podría hacerlo sin tener que darte explicaciones pero... me estaba engañando y además conscientemente.

—Eres virgen, ¿verdad? —le dije sonriendo para quitarle dramatismo a la situación.

Él no se rió, Me miraba fijamente mordiéndose el labio inferior y yo quise que se abriese un agujero en el suelo y me tragase entera.

—¿Eres virgen? —le pregunté en un susurro.

—No, no soy virgen. Al menos no lo soy en el sentido estricto aunque en lo que a ti respecta...

—Por Dios, dime ya lo que sea que tengas que decir—le corté.

—Soy gay, Ana.

La boca me colgó hasta el suelo antes de darme cuenta y cerrarla. Me mordí hasta la lengua y noté el característico sabor de la sangre.

—Eres gay. Ya. Claro. Entonces normal que no quisieras... en fin. Perdona es que yo pensé que...

—Déjame explicarme, ¿vale? Es normal que no entiendas nada, yo tampoco me entiendo. Tú me gustas, nunca me había pasado, me gustaste desde que te vi hecha una mierda apoyada en la pared del Reina Sofía. Por eso he querido quedar contigo. Quise besarte la primera vez que quedamos, quise besarte la segunda y quería besarte hoy, pero es complicado, no sé cómo hacerlo, no sé por qué siento lo que siento...

Ahora era él el que se estaba liando. Quise decirle que no pasaba nada, que iríamos entendiéndolo sobre la marcha pero no me salían las palabras. No es que me hubiese dicho que había estado con otros hombres, es que era gay, y por lo que decía no había estado nunca con ninguna mujer. Decidí que lo mejor era ser sincera porque no sabía qué otra cosa podía hacer.

—Vale, Lucas. Me gustaría decirte que no pasa nada y no es que pase algo es que... me has dejado en shock, lo siento. Esto no cambia las cosas, me sigues gustando y me da igual con quién hayas estado antes que yo pero... eres tú quien se tiene que aclarar.

—Yo no tengo nada que pensar, Ana. Tú me gustas, eso lo tengo claro. Y quiero follar contigo, eso también. Pero creo que todavía no estoy preparado, en parte me siento como si fuese virgen otra vez.

¿Había dicho que quería follar conmigo? Bien, no podía negarle que estaba siendo claro. Se merecía lo mismo por mi parte.

—No te preocupes por eso. Yo me muero de ganas, no te lo voy a negar, pero esperaremos lo que haga falta—le sonreí para infundirle valor—. Pero no te me acerques mucho o implosiono.

Estalló en carcajadas y me cogió la mano.

—Gracias por hacerlo fácil. ¿Crees que podría volver a besarte o estallarías en combustión espontánea?

Por toda respuesta me incliné hacia él y volví a juntar mis labios con los suyos. Esta vez fue su lengua la que tomó la iniciativa introduciéndose en mi boca para trazar círculos alrededor de la mía. El sabor de su saliva inundó mi paladar y cerré los ojos mientras hundía los dedos en su pelo. Me acarició el brazo subiendo hasta mi hombro y recorriéndome después la espalda mientras mordía con delicadeza mi labio inferior. El beso terminó con un piquito casto y se quedó a escasos centímetros de mi cara acariciando mi mejilla.

—Me encantas—me dijo mirándome fijamente a los ojos.

Yo sonreí y miré al suelo súbitamente avergonzada. Me alejé un poco, cogí mi copa y le di un trago para aclararme la garganta.

—¿Puedo preguntarte algo? — le dije.

—Claro.

—Esa relación que terminó cuando se fue a París... era con un chico, ¿no?

—Sí.

—¿El mismo chico que vino a tu casa el domingo? No hace falta que me contestes si no quieres, no me debes ninguna explicación, es sólo que lo estuve pensando el otro día y...

—Sí, era el mismo chico. No terminamos mal, seguimos siendo amigos, y cuando viene a Madrid por lo que sea se queda en mi casa porque él no es de aquí.

—Aha...

—No pasó nada, Ana.

—Da igual, no tienes que explicarme nada.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Entre Javi y yo no hay nada. Le hablé de ti y alucinó

más de lo que lo has hecho tú. De hecho tú te lo has tomado extrañamente bien.

—No te asombres todavía, creo que aún no lo he asimilado. A lo mejor cuando lo haga me meto debajo de la cama y no vuelvo a salir hasta que te olvides de mí.

—¿Te parece mal? —preguntó con el ceño fruncido.

—No, es sólo que... es raro. Y va a ser difícil. Y es raro—Me tapé la cara con las manos y me reí—. ¿Soy tan despampanante que he hecho que te replantees tu sexualidad?

—Ah, no, yo tengo mi sexualidad muy clara, me siguen gustando los hombres. Y además, me gustas tú. Y antes de que lo insinúes no, no eres masculina. Simplemente... eres natural, inteligente y muy muy guapa. Eso lo vería cualquiera.

—¿Seguro que no estoy tan borracha, me he quedado dormida en el sofá y estoy teniendo un sueño surrealista a lo Tim Burton?

Me sonrió y apuró su copa.

—Bueno, hermosa, creo que voy a irme. Estoy lo suficientemente borracho como para llegar mañana a trabajar con una buena resaca.

Se me había olvidado que al día siguiente tenía que ir a la oficina y todas me preguntarían qué había pasado.

—Oye, Lucas... tienes que saber que mis amigas son un poco porteras y no se van a contentar con que les de largas... ¿puedo contarles la verdad o me tengo que inventar una rocambolesca historia que termina contigo entre mis piernas?

Sí, oficialmente estaba borracha.

—Yo no soy quién para decirte lo que les tienes que contar a tus amigas. Cuéntaselo si quieres pero trátame con cariño.

—Eso siempre, Zeus—dije sonriéndole.

Se levantó del sofá y le seguí hasta la puerta. Antes de irse se giró y apoyó la palma de la mano en mi mejilla.

—Lo he pasado muy bien, preciosa. Gracias por la cena, la conversación y por ser tú.

Se acercó a mí y atrapó mi labio superior entre los suyos. Fue un beso breve pero muy dulce. Después se dio la vuelta y desapareció escaleras abajo. No sé si no se acordó de que había ascensor o es que quería ejercitar un poco las piernas. Cerré despacio la puerta y me apoyé en ella suspirando. Después de mi historia con Nacho tenía un poco de reparo en embarcarme en algo parecido a una relación. No es que pensase que lo mío con Lucas fuese a ser nada serio, acababa de

conocerle, pero si de verdad iba a esperar a que él se sintiese cómodo con la idea de perder la virginidad con una mujer, íbamos a vernos unas cuantas veces más. ¿De verdad quería eso? El alcohol enmarañaba todos mis pensamientos y no era capaz de fijar una idea en mi cabeza con la suficiente nitidez, así que dejé la mesa tal y como estaba y subí a mi habitación para meterme en la cama. Mañana sería otro día. Ay, Ana, pero en qué jaleos te metes tú sola...

QUIEN CON NIÑOS SE ACUESTA...

—Venga, déjate de tonterías y cuéntanos qué pasó ayer—me pidió Mónica mientras cogía su copa.

Habíamos quedado todas en La Realidad, un bar del centro donde servían unos combinados que te ponían los ojos en blanco. Nos sentamos todas alrededor de una mesa baja y pequeña, en unos sofás que más que vintage, eran simple y llanamente viejos. Vamos, que los de la casa de mi abuela eran iguales. Pero a mí me encantaba ese sitio, aunque me estuviese clavando los muelles del sillón en el culo. Habíamos acudido todas a la cita como tiburones a la sangre, menos Lara y Libertad, que seguían de vacaciones. Cuando había información jugosa de por medio, todas éramos puntuales. Incluso Macarena, que había cancelado una cita con su Miguel Ángel para estar ahí.

—Ahora os cuento pero antes dinos por qué no hemos podido ir hoy al Juanita Banana como había propuesto Celia... nos dijiste que no nos vetarías el sitio, Moni.

—Y no os lo veto—contestó haciendo un gesto de desprecio con la mano—. Esto es solo momentáneo. El otro día le dije a Alex que era mejor no seguir viéndonos y se ha puesto un poco intensito, no para de llamarme y mandarme mensajes. Cuando se le pase volvemos. Venga, Anita, al grano.

Sólo me llamaba Anita cuando la exasperaba porque sabía que odiaba que lo hicieran.

—No pasó nada, él durmió en su casa y yo en la mía...

—¿Otra vez, Rubia? ¿Qué pasó esta vez? —me cortó Roberto.

—Si me dejáis os lo cuento.

—Perdón. Sigue...—hizo un gesto con la mano invitándome a hablar.

—La cena fue muy bien, estuvimos hablando de todo un poco, y después de bebernos dos botellas de vino y pasar al gin tonic, me lancé a darle un beso porque veía que él no se animaba.

—¿Te rechazó? —preguntó Manu.

—No, no, me devolvió el beso, pero se apartó muy nervioso.

—No me digas que es virgen—dijo Macarena.

—Por Dios, qué pesadas sois. ¿Me vais a dejar hablar o no? —dije visiblemente molesta.

—Perdona, chica. No se te puede decir nada—contestó Macarena cruzando los brazos debajo del pecho.

—Bueno, el caso es que después de darle muchas vueltas me dijo que quería pero que no podía porque...—No sabía cómo decirlo—. Porque... porque es gay. Vamos, que le gustan los hombres aunque también le gusto yo, no sabe cómo y ni por qué.

Silencio en la sala. Justo cuando quería que alguna dijera algo, se callaban como perras. Miré mis manos entrelazadas y alargué una para coger mi copa y darle un largo trago.

—¿No vais a decir nada? —pregunté tras dejar la copa en la mesa de nuevo.

—A mí es que me da miedo que me ladres—dijo Celia—. Ahora en serio, lo siento pero no sé qué decir. ¿Te dijo que es gay? ¿Y de repente contigo ha descubierto las mieles de liarse con una mujer?

—No es exactamente así. Según me dijo, él tiene muy claro que le gustan los hombres, pero también le gusto yo. Como excepción. Tengo que empezar a depilarme el bigote más frecuentemente.

—Tu bigote no tiene nada que ver con esto—dijo Roberto—. Aunque ahora que lo dices, se te nota la pelusilla. Como amigo te lo digo.

Me llevé la mano a los labios. Tenía razón, pero como tenía el pelo rubio no se notaba demasiado. Al día siguiente lo solucionaría...

—Bueno, ¿qué opináis? —les pregunté.

—Mira que es difícil dejarme sin palabras, pero lo has conseguido—dijo Mónica—. Pues nada, chica, si te apetece descubrir de qué va todo esto, adelante; y si te has cansado, pues a otra cosa.

Que fácil sería si todos viésemos la vida como lo hacía Mónica. Cero complicaciones, al menos en apariencia. Me constaba que ella se comía la cabeza más de lo que quería aparentar.

—Había pensado seguir conociéndole poco a poco y que sea lo que tenga que ser. Si va a más, genial y sino, al menos habré conocido a una persona interesante. Al margen de todo esto, Lucas me cae muy bien.

—Pues claro que sí, Rubia. ¡No deseches a una persona porque no puedas llevarla a la cama!

—¡Eh, yo nunca hago eso! —dije indignada.

—Ya lo sé, por eso te lo digo. Tú eres un poco como mamá pata, que acoge a todo el mundo bajo su ala. Lo único que te puedo aconsejar es que te cuides un poquito. Apuesta por ello, pero si ves que la situación se te va de las manos y él no lo tiene claro, no te obceques. Hay cosas que pintan mejor como planteamiento inicial que como realidad.

—Mira, algo así dijo él pero hablando de su trabajo. Muchas gracias, Rober, te prometo que tendré cuidado. Si veo que me enamoro como una tonta y él sigue en su universo de “no sé si me gusta la carne o el pescado”, abandonaré el barco con las mujeres y los niños. Venga, ¿pedimos otra ronda?

Cuando nos sirvieron otras copas a todos, les pedí por favor que cambiaran de tema para no estar dándole vueltas a lo mismo una y otra vez. Ya llevaba demasiadas vueltas desde la noche anterior.

—Os cuento yo lo nuevo de mi maravilloso novio. No sólo no va a venir hasta dentro de una semana o más sino que manda en su lugar a un amigo yanqui—nos contó Celia.

—¿Cómo? —pregunté.

—Me llamó ayer pidiéndome por favor que alojase en casa a un tío que viene mañana a hacer una entrevista de trabajo. Así que voy a tener durmiendo en mi sofá a un Friki informático neoyorquino obeso que se pirra por las hamburguesas del McDonalds y las Coca Colas de dos litros.

—Celia, tú eres la dulce, la buena de la pandilla. No te puedes poner en modo arpía porque se genera un bucle espacio temporal que crea un agujero negro en la Vía Láctea y nos engulle a todos—dijo Mónica.

Como todas nos quedamos en silencio mirándola con los ojos como platos nos aclaró.

—Lo siento, ayer estuve viendo *Interstellar* y me ha dejado tocada, todavía estoy intentando comprenderla. Pero vosotras me entendéis, Celia no puede ser una bruja. La Celia que yo conozco acogería a ese chico en su casa y le ofrecería hasta a su cama mientras ella dormiría en la alfombra a los pies, por si quería un vaso de agua en mitad de la noche.

—Es que estoy muy hasta los ovarios. Pero muy mucho. ¿Por qué no viene él a esa puta entrevista? También puede desarrollar su carrera profesional en España, ¿no? Si no lo hace es porque no le da la gana.

Celia estaba rabiosa, nunca la había visto así.

—Mucho echar espuma por la boca pero mañana seguro que vas a recibir al chico

ese al aeropuerto con una pancarta y globitos, ¿me equivoco? —preguntó Macarena.

—Con pancarta y con globitos no...—contestó Celia mirando al suelo.

—Ya decía yo que no podías ser tan bruja—dijo Mónica abrazándola sin levantarse del sofá.

—Joder, pues claro que le voy a ofrecer mi casa, el chico no tiene la culpa de tener un amigo tan capullo. Bastante tiene con aguantarlo a diario.

—Bastante tienes tú con aguantar todas sus gilipolleces, Cel—le dije—. Que no se te olvide esto cuando venga a España. No te digo que lo dejes, pero tienes que hablar con él en serio—Puse una mano sobre su rodilla y la miré a los ojos con una media sonrisa.

—No se me va a olvidar, tranquila, estoy muy harta.

Vi cómo se le humedecían los ojos y quise dejar pasar el tema. No me importaba que llorase si era lo que necesitaba, pero no sería yo quien hurgase en la herida hasta hacerla derramar las lágrimas que amenazaban con salir.

—Venga Maca, cuéntanos tú qué te traes con el pelo pincho ese—muy bien, Manu, muy hábil.

Macarena nos sonrió.

—Íbamos a quedar hoy pero como le dije que era imposible quedamos mañana... y ayer.

—¿Quedaste ayer con él y no nos dijiste nada? —Preguntamos todas a coro.

—Si ya os lo iba a contar hoy, qué más da—dijo quitándole importancia con la mano—. El caso es que fuimos al cenar a un japonés maravilloso que hay en una calle pequeña por detrás de Gran Vía. Pedimos un montón de sashimi, makis y hasta una cosa que se hace con huevo crudo y una especie de habas que la japonesa mezcló con los palillos tan rápido que no se le veía ni la mano. Y huevas de salmón enrolladas en alga nori. Y...

—Que sí, que sí, al grano—le dijo Mónica, y todas se lo agradecemos mentalmente.

—Acabamos en su casa. Tiene un apartamento muy *cuqui* cerca del Retiro que le tiene que costar una pasta y acabamos follando en todos los rincones como perros en celo. Habíamos quedado hoy pero le he dicho que mejor mañana, porque hoy había quedado con vosotras.

—¿Y qué rollo lleváis? —preguntó Celia.

—Y yo qué sé. Nos lo pasamos bien, nos estamos conociendo, esas cosas que se dicen al principio. Aunque no sé, hay algo que no me acaba de encajar...

—No empieces con tus paranoias que nos conocemos. Ya soy yo otra vez la única que no tiene pareja. ¡Voy a acabar como la loca de los gatos de *Los Simpsons*, viviendo sola en una casa con Síndrome de Diógenes y sin ducharme en varios días! —exclamó Mónica.

—Bueno, al paso que va la burra a lo mejor te acompaño en breve—dijo Celia intentando sonreír para quitarle hierro.

Me quedé mirándola. En esa sonrisa de niña buena había algo que no encajaba... y no sólo era que fuese más falsa que un duro de madera.

—¡Celia! ¿Dónde está tu aparato? —pregunté.

—Pensaba que no me lo ibais a preguntar nunca. Me lo han quitado por fin esta tarde, al final y contra todo pronóstico se han adelantado—contestó mostrando una sonrisa radiante.

—Estás preciosa, Cel—dijo Manu—. Pablo va a flipar cuando te vea.

—Me hacía mucha ilusión darle una sorpresa cuando volviera de Nueva York pero la verdad es que ya me da lo mismo. Pero da igual, me veo muy guapa por fin, después de dos años pareciendo Pato Aparato.

—Uy, Pato Aparato, que retro—dijo Roberto.

—¿Eso qué es? —preguntó Manu.

—Era una serie de dibujos animados, te pillaría muy joven—le explicó él con sonrisa de tonto.

No les iba a preguntar cómo les iba delante de todas, pero esas miraditas me lo dejaban bastante claro. Miré a Roberto por encima de mi gin tonic alzando las cejas y él asintió levemente. Me encantaba poder comunicarme con él sin palabras. Me contaría todo en cuanto tuviese ocasión. Me llegó un mensaje al móvil y alargué la mano para cogerlo de encima de la mesa.

—Uy, seguro que es Confucio—dijo Macarena dando palmadas con sus manitas frente al pecho.

—¿Confucio? —pregunté extrañada.

—Sí, ya sabéis, Confucio, el que inventó la confusión, según la Miss esa que pulula por Internet... Confucio, confusión, estar confundido, no saber si le gustan las chirlas o el bacalao...

—Tu mente debe trabajar en una frecuencia diferente a la del resto—dijo Manu

con los ojos muy abiertos. Pobrecita, todavía no la conocía lo suficiente como para asumir como normales sus salidas de tiesto...

Y efectivamente, era Confucio, digo, Lucas.

«Llevo todo el día dándome ánimos para escribirte un mensaje. ¿Tengo que ir con los GEOS a sacarte de debajo de la cama, te has mudado a un pueblo sin cobertura para no volver a saber nada de mí o has decidido que no es para tanto y que quieres volver a verme?»

Que rico. El pobre debía estar nervioso pensando cómo me había tomado su confesión. Debería haberle escrito pero la verdad es que ni me acordé. Había pasado el día más allá que acá, pensando si de verdad me merecía la pena embarcarme en algo tan complicado. Y siempre llegaba a la misma conclusión: sí. En realidad no contemplaba no seguir conociéndole, no tendría mucho sentido apartarme de él sólo porque, de repente, todo lo que tenía por seguro haya ido mutando poco a poco. Yo misma me considero una persona con la mente abierta y he coqueteado con la idea de estar con una mujer en muchas ocasiones, pero nunca me ha apetecido realmente y probar por probar... pues no. Quiero pensar que si en algún momento una mujer me gustase, no tendría ningún problema en lanzarme a la piscina, pero si no me ha gustado ninguna lo suficiente como para hacerlo tampoco me voy a obligar sólo por el hecho de acumular experiencias. Él ha sido valiente, se ha lanzado, y si quiero seguir adelante tengo que allanarle el camino para que no se sienta inseguro.

—Bueno qué, ¿es tu amante bandido, o no? —preguntó Mónica.

—Sí, sí—digo un poco sorprendida. Se me había olvidado que estaban allí.

—¿Y qué te dice? —preguntó Roberto.

—Nada, sólo retoma el contacto a ver cómo he ido digiriendo la noticia. No le he dicho nada desde ayer y yo creo que estaba un poco nervioso.

—Pobrecito, le tendrías que haber mandado un mensaje o algo... anda, contéstale que el pobre se estará mordiendo los nudillos—me reprochó Manu.

Y tiene razón, que conste. Pero no se me ocurrió, ya lo he dicho... yo también me merezco mi tiempo de desconexión para pensar en lo que me dijo.

«No llames a los GEOS, por favor, que si monto otro escándalo en el edificio me considerarán persona *non grata* y me echarán. Y adoro mi piso. Siento no haberte escrito hoy, Zeus, sólo estaba asimilándolo todo pero sigo pensando lo mismo que ayer. Quiero seguir conociéndote. Pase lo que pase entre nosotros, me caes bien. ¿Quieres que nos veamos esta semana?»

Su estado cambió de ‘En línea’ a ‘Escribiendo’ en cuestión de segundos.

«Sí, quiero. ¿Mañana?»

Me reí ante su insistencia.

«Perfecto, mañana. ¿Tienes algún plan en mente?»

«Pues la verdad es que sí. ¿Qué te parece si preparamos un picnic y nos vamos a las pozas de La Pedriza a pasar el día? Podemos bañarnos, tomar el sol... Tendrías que llevar calzado cómodo porque para llegar a las mejores pozas hay que andar un poco.»

«¡Me encanta el plan! Espero que el coche lo pongas tú, porque sino tendremos que ir en burro. Yo me encargo del picnic.»

«Yo pongo el coche y tú la comida, maravilloso. ¿Te paso a buscar a las 12?»

«Genial, estaré preparada.»

Dejé el móvil sobre la mesa y levanté la vista hacia mis chicas que me miraban expectantes.

—Mañana me voy a pasar el día a la sierra a bañarme en unas pozas naturales— les dije con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Planazo! ¿Vas a llevar bikini o haréis nudismo? Mira que en algunas de esas pozas se puede...

—Con ropa, con ropa. No me importa que me vean en pelotas pero tengo la firme intención de contenerme hasta que él se sienta preparado. Y si le veo desnudo me convierto en *Mr. Hyde* y no respondo de mis actos.

—Hola.

Una voz masculina y tirante cortó nuestra conversación. Dirigimos la vista hacia la persona que había saludado para encontrarnos a un Alex que miraba fijamente a Mónica con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí, Alex? —preguntó ella muy seria—. ¿Cuando te dije que era mejor no seguir viéndonos qué entendiste exactamente?

—Entendí que eres una niña caprichosa que se las da de fuerte y que te lo pensarías mejor.

—Pues no es así. Ni soy caprichosa ni he cambiado de parecer. ¿Cómo sabías que estábamos aquí?

—Casualidad. He salido del trabajo y al pasar por la puerta te he visto aquí sentada.

Como excusa, era una mierda. Nos habíamos sentado al fondo del local y no se nos veía desde la calle. Todos mis sentidos se pusieron alerta. Al final de mi relación con Nacho, fui víctima de episodios de persecución. Aparecía en todos los sitios donde yo estaba y él lo achacaba siempre a la casualidad. Había ido a acompañar a un amigo que yo no conocía y por eso se encontraba allí justo en el momento en el que yo salía a fumar de un bar que estaba en una calle perdida cerca de Gran Vía... casualmente; volvía del teatro con su hermana y pasaba por la calle donde estaba el restaurante donde yo estaba con una amiga... casualmente; pasaba por mi casa un jueves a las tres de la mañana para llamar a mi telefonillo como un desesperado... casualmente. Mi sobrina de siete años dice que las casualidades no existen, que se llama *sincronicidad*. Vamos, que una mierda *pa* ellos.

—No sabía yo que para trabajar en el Juanita Banana pedían visión de rayos X— dije sin poder contenerme.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro, guapa? —me preguntó insolente apartando la mirada de Mónica a regañadientes.

—Si vienes como un obseso a interrumpir nuestra conversación con una excusa de mierda, tú mismo me das derecho a mandarte a Cuenca si me da la gana. Lamentablemente, me las tuve que ver con tu maestro, pequeño, a mí no me la das. Lárgate si no quieres que llame a la policía.

Vale, ahí creo que me pasé un poco, si tenía que llamar a la policía después de marcarme ese farol no sé qué iba a decirles exactamente, pero no pude evitarlo. Mónica me miraba con los ojos muy abiertos. No suele gustarle que se metan en su vida y la defiendan como si ella no tuviera boca, pero creo que entendía las motivaciones que me llevaron a hacerlo.

—Tranquila, Ana, yo me ocupo—dijo poniendo una mano sobre mi rodilla. Se volvió hacia Alex y casi le escupió cuando habló—. Mira bonito, nos hemos visto unas cuantas veces. Lo pasamos bien. Punto final. No jodas el recuerdo que puede quedar de esto comportándote como un niño obsesivo que no sabe dónde está el límite.

—¿Y dónde está ese límite, si se puede saber? —preguntó con los dientes apretados.

—Tu límite acaba donde empieza el mío. Estoy siendo muy educada, no me hagas perder los papeles— Dicho esto se dio la vuelta y volvió a dirigir la mirada hacia nosotras—. Bueno, ¿por dónde íbamos? Ana, llévate el bikini del año pasado, el de diferentes colores y braguita alta, te quedaba muy bien.

Todas estábamos tensas como el alambre porque Alex no se movía de su sitio con los ojos furibundos clavados en Mónica. Manu mantenía la mano en el hombro de Roberto que parecía a punto de saltar sobre la yugular del camarero echando espuma por la boca.

—Oye de verdad, imbécil, ¿no piensas largarte? —no pude contenerme más y le grité como una posesa.

El camarero se acercó a nosotras con cara de preocupación.

—¿Hay algún problema, señoritas? —puso una mano sobre el hombro de Alex.

—No pasa nada, Aitor—dijo él sin mirarle—. Sólo estaba saludando a una antigua amiga, pero parece que no soy bienvenido. Me voy.

—Si quieres tomarte algo en la barra, te invito—Vale, se conocían. Si el Aitor este seguía siendo tan simpático con el niño obsesivo se iba a ganar entrar en mi lista negra por la puerta grande.

—Muchas gracias, pero tengo que irme. He quedado con Rosa.

—¿La de las tetas grandes? Pensaba que no...

—Pues sí, ya ves—le cortó Alex. ¿Era evidente sólo para mí que intentaba darle celos a Mónica? Viene aquí a marcar territorio y luego sale con que ha quedado con otra. Si vieran lo incoherente que es cómo se comportan serían un poco más listos. Sea como sea, no surtió efecto. A Mónica le daba igual el tamaño de las tetas de la susodicha y la susodicha en sí. Vamos, que por ella podía quedar con un equipo completo de jugadoras de voley playa y montárselo con ellas en el vestuario. Cuando ella dice no, significa no, ni de coña y no te vuelvas a acercar o te la cerceno. Pero ahí seguía, no parecía que le importase mucho hacer esperar a la tal Rosa, la de los atributos generosos. Intentamos seguir con la conversación de bikinis, cremas solares y cómo combinar un *short* con unas zapatillas de montaña sin parecer una guiri, una tarea imposible, pero el muchacho no se movía de su sitio.

—Mira Alex, me estás tocando los ovarios—dijo Mónica encarándose a Alex y cortando a Manu que intentaba convencerme de que me pusiera sandalias en lugar de zapatillas—. Si no te ha quedado claro te lo repito, no quiero volver a verte y eso incluye casualidades como esta. Si me ves, me ignoras, exactamente lo que pienso hacer yo si te encuentro por la calle.

Él la miró fijamente a los ojos durante unos segundos que se nos hicieron eternos y luego se dio media vuelta y salió del bar sin decir nada. El camarero, que seguía en el mismo lugar mirándonos con gesto de disculpa carraspeó antes de hablar.

—Bueno chicas, os invito a una ronda, ahora os traigo las copas— Parecía incómodo, así que le borré mentalmente de mi lista negra.

Nos quedamos todas en silencio durante un momento.

—¿Qué ha sido eso, Mon?—preguntó Macarena.

—Pues nada, que quien se acuesta con niños, mojado se levanta—contestó ella quitándole importancia a la situación.

—No todos los jovencitos se comportan así, ese chico no está bien Mónica. Si tienes algún problema dínoslo, no le quites importancia y si hay que llamar a la policía, llamamos.

—Tranquila, fiero, que no voy a permitir que me toque demasiado las palmas— me contestó guiñándome un ojo.

Estaba preocupada, no podía evitarlo. Con mis antecedentes, este tipo de situaciones me ponían demasiado nerviosa, nunca sabes por dónde puede salir un tipo obsesivo como él. Pero tampoco quería seguir insistiendo, Mónica sabía lo que se hacía, así que dejé el tema, pero no lo olvidé.

SI AÚN EN PELOTAS TE SIENTES BIEN...

Al día siguiente me levanté temprano para darme una ducha y bajar a comprar para hacer la comida. Puse unos zumos y una botella con gazpacho casero en una nevera portátil y preparé una tortilla de patata, muy típico de los picnic. Me puse el bikini que me habían aconsejado las chicas pero a la hora de elegir vestuario, no encontraba nada que encajase con mis botas negras de montaña. Las zapatillas eran obligadas, ponerme unas sandalias para ir mona pero andar como un pato mareao no era una opción. Al final desistí, me puse unos shorts vaqueros deshilachados con una camiseta de tirantes negra con la espalda al aire y metí una muda de repuesto, una toalla, la comida, mi cartera y mi móvil en una mochila. Me recogí el pelo en un moño despeinado y ni siquiera me planteé maquillarme, porque si íbamos a bañarnos iba a parecer un panda.

A las 12 en punto bajé a mi portal y allí estaba él, apoyado en el marco de la puerta fumándose un cigarrillo. No miraba hacia el interior, así que me tomé unos segundos para observar su perfil, su piel morena, su barba de tres días minuciosamente cuidada y su pelo desgreñado. Él también había tenido problemas para combinar la ropa con sus zapatillas, así que ahí estaba, con unos piratas anchos de color verde militar y una camiseta azul grisáceo con tres botones abiertos en el cuello. También parecía un guiri, pero aún así estaba para comérselo. Abrí la puerta con fuerza y le saludé.

—¡Hola, Zeus!—Se llevó la mano al pecho echándose ligeramente hacia atrás.

—Joder, bicho, que susto me has dado. Te voy a poner un cascabel—Se me quedó mirando con una sonrisa en los ojos. Maldición, no había pensado en el momento saludo. ¿Qué correspondía en esta situación? ¿Dos besos? ¿Uno? ¿Un pico? ¿Un abrazo? Me quedé como una inútil bailando los pajaritos, ya se sabe, “adelante detrás, un, dos tres” y él se echó a reír.

—Vale, es el momento de confesar que se me dan fatal estas cosas, ¿cómo te saludo?—preguntó avergonzado.

—Pues tú verás, yo no voy a lanzarme esta vez, no vaya a ser que esta vez me confieses que eres cura o algo así.

Se rio con la boca abierta, dio un paso hacia mí, me cogió por la cintura y atrapó mi labio superior con los suyos suavemente.

—¿Así está bien?—preguntó a un centímetro de mi cara. Yo me había quedado

con la boca entreabierta, las manos en los costados y ganas de más, así que levanté la mano derecha para acariciar su mejilla y volví a estampar mis labios con los suyos con violencia, demandando más calor, más carne, pidiendo que me insuflara vida con su aliento. Él rodeó mi cintura con sus manos y comenzó a bajar hasta que abarcó mi culo. Metió una de las manos por la pernera del pantalón mientras yo me abrazaba a su cuello e introducía mi lengua en su boca con desesperación. No sé qué, pero algo en mi cabeza me recordó que tenía que ir despacio, le había prometido darle su tiempo y que fuese él quien tomase la iniciativa, así que me aparté y bajé la vista hacia el suelo avergonzada.

—Perdona, Lucas, no tenía intención de violarte en mi portal—dije intentando hacerme la graciosa.

Él puso una mano bajo mi barbilla y levantó mi cara.

—Nunca agaches la cabeza por nadie y mucho menos por mí. Lo estaba deseando, Ana es sólo que no sé cómo hacer las cosas. Lo iremos aprendiendo poco a poco, pero no dejes de besarme si es lo que te apetece.

Le sonreí y le enseñé mi mochila.

—Gazpacho y tortilla, la comida de los campeones.

—Me parece que contigo voy a engordar unos cuantos kilos—dijo pasándose la mano por su abdomen plano—. La próxima vez, cocino yo. No sé hacer exquisiteces, pero me defiendo en los fogones.

—Hecho, yo soy de buen comer, me gusta casi todo.

Me llevó hasta su coche, un mini cinco puertas azul metalizado con el techo blanco, dejé la mochila en los asientos traseros y me senté en el del copiloto.

—¿Conduces?—preguntó metiendo la marcha para arrancar.

—Tengo el carné desde hace casi diez años, pero hace casi el mismo tiempo que no cojo un coche, tengo un miedo atroz a conducir.

—Venga, hombre, eres una tía valiente, ¿cómo te va a dar miedo conducir?

—Las únicas veces que lo cogí después de sacarme el carné se me montaron los tendones del pie izquierdo de lo tensa que estaba, anduve un mes cojeando. Y me sudan las manos. Y me duele la cabeza. El marido de mi amiga Libertad es profesor de autoescuela y se ha ofrecido mil veces a enseñarme pero lo que yo necesito es un psicólogo, no un profesor. Bueno, ahora creo que necesitaría a ambos, ya se me ha olvidado hasta la posición de los pedales.

Sonrió y quitó la mano del cambio de marchas para acariciarme el muslo.

—Luego paramos en una gasolinera y te dejo el coche.

Mi corazón empezó a palpitar fuerte y me envaré.

—¡No, no, no, no! Que nos estampamos, te destrozo el coche y nos matamos seguro.

Entre risas llegamos a La Pedriza y nos tocó esperar una cola de espanto hasta que pudimos aparcar el coche en el parking. Es lo que tiene no madrugar, si vas a la sierra, tienes que despertarte con el gallo o esperar como los domingueros que éramos. Empezamos a andar dejando de lado la Charca Verde porque estaba llena de gente con las típicas neveras y el *reggeaton* a tope, atravesamos unas praderas y llegamos a una pequeña poza donde había dos parejas como Dios los trajo al mundo. Extendimos las toallas donde buenamente pudimos, a la sombra de un árbol y nos quedamos en bañador.

—¿Te atreves con el nudismo?—me preguntó.

Me atrevía, de hecho me encantaba la sensación de desnudarme en un paraje natural, se respiraba libertad e intimidad, pero no sabía si era lo adecuado dada la tensión sexual que se mascaba entre nosotros.

—¿Tú crees que debemos?—dije.

—¿Si debemos? No lo sé, pero no me lo voy a preguntar demasiado.

Deslizó su bañador por las piernas y se lo quitó teatralmente por los tobillos. Ahí estaba, un abdomen plano, sin los abdominales marcados pero que se adivinaba duro, un poco de pelo en el pecho que bajaba en forma de línea alba hasta su entrepierna que... madre de Dios. Ahí estaba, imponente, un aparato que si tenía esas dimensiones en (semi) relajación no me lo quería imaginar duro y erguido frente a mí.

—Venga, tonta, que seguro que has visto alguna más en toda tu vida—dijo sacándose de mi ensoñación.

Me sonrojé. Me había quedado como una imbécil impresionable mirándole fijamente el paquete durante demasiado tiempo. ¡Ni que no hubiera visto nunca uno! Me fui quitando mi bikini para quedarme yo también desnuda mientras murmuraba entre dientes que “al-menos-podría-mirar-lo-que-no-me-dejan-tocar” y cuando levanté la vista tras dejar mi ropa en el montoncito que habíamos hecho sobre las toallas allí estaba él, mirándome también con la boca abierta.

—Bueno, pues ya está. Oficialmente somos dos besugos en pelotas en mitad de la sierra de Madrid. ¿Podemos bañarnos ya y destensar el ambiente o esperamos a que me salga vapor por las orejas como si fuera una olla express?

Se pasó la mano por el pelo riéndose por lo bajini y me ofreció su mano para

meternos en el agua. La cogí, por supuesto, y cuando metí un pie en el agua cristalina...

—¡La hostia puta, esto está helado!—grité como una posesa dando saltitos dentro del agua.

Lucas me miraba con los ojos abiertos de par en par.

—Muy fina, sí señor. No sé cómo no te contratan para enseñar protocolo en la universidad.

—Sí, tú ríete, pero si luego no te la encuentras para mear a mí no me pidas explicaciones. O a lo mejor se te gangrena y hay que amputar, eso sería una lástima...

—Y tú ten cuidado no me vayas a sacar un ojo, que se te han puesto los pezones como para tallar diamantes, bonita.

Soltando un chascarrillo detrás de otro (a lo Torrente, muy delicado todo), nos metimos en el agua. Él elegantemente, yo pegando coces y maldiciendo como una camionera. Cuando ya nos cubría hasta el cuello di un salto y me abracé a él como un koala, rodeando su cintura con mis piernas.

—Lo hago sólo porque sé que con esta temperatura no se te levantaría ni animándola con unos pompones, a lo *cheerleader*—le dije sonriendo.

—Me ofendería como una dama victoriana si no fuera porque tienes razón, se ha metido para adentro buscando calorcito.

Si ignorábamos esa necesidad que se me atascaba en la garganta de empotrarle contra todas y cada una de las piedras del lugar, estar abrazada a él, desnudos, era tan natural como respirar. En poco tiempo se palpaba una intimidad con él tan relajada que todo se me antojaba sencillo. Como si a él no le gustasen los hombres. Como si a mí no me gustara demasiado.

—Cuéntame cómo fue tu relación con Javi—pedí.

—¿Crees que es una buena conversación para mantener ahora, desnudos y abrazados dentro del agua?

—Bueno, yo te hablé de Nacho en nuestra primera cita. Este es un momento como cualquier otro, ¿no?

Frunció el ceño y suspiró, pero empezó a hablar.

—Era una relación fácil, nos llevábamos bien. Le conocí en una de esas fiestas de publicistas en las que todo el mundo intenta aparentar ser más moderno de lo que en realidad es. No me gustan demasiado, pero es una buena forma de conocer gente del sector, ya sabes. Él estaba tomándose una copa apoyado en la barra con

cara de estar sufriendo un ataque de apendicitis y cuando me acerqué para pedir otra empezamos a hablar y me confesó que sólo había ido para acompañar a un amigo que se había metido con su jefe en el baño nada más llegar y hacía más de media hora que no le veía. Salimos a fumar, seguimos bebiendo y acabamos cerrando los bares de Malasaña con una melopea como un piano. Después de eso empezamos a quedar y sin comerlo ni beberlo ya llevábamos cinco años juntos. Se terminó cuando le ofrecieron un trabajo en París en las oficinas de la empresa para la que trabajaba en España. Era un buen puesto y no lo podía rechazar pero yo no quería mantener una relación a distancia. No creo en ellas, las tecnologías te dan una imagen de falsa cercanía que puede hacer que se alarguen hasta el infinito pero yo soy muy físico y no me refiero sólo al sexo. Necesito tocar y ser tocado, un abrazo, una caricia... eso no te lo da el ordenador ni el teléfono.

—Tienes razón yo tengo una amiga que tiene a su novio en Nueva York y aunque parecía que lo llevaba bien, se están destapando ahora todos los miedos e inseguridades que tenía guardadas bien escondidas. A veces no vale con una conversación, las cosas más importantes se dicen sin palabras.

Me miró sonriendo, se sujetó fuerte a mi espalda... y metió mi cabeza debajo del agua.

—¡Eso ha sido a traición!—grité cuando emergimos.

Su risa resonó por todas las pozas y las dos parejas nos miraron desde sus toallas. Debía ser muy divertido ver a dos panolis pelando la pava como nosotros estábamos haciendo, con chapoteos, aguadillas e intentos de cosquillas dentro del agua. Cuando nos cansamos de hacer el tonto, salimos para comer lo que habíamos traído muertos de hambre. Al llegar a las toallas me sequé un poco y me puse la braguita del bikini.

—¿Te vististe?—preguntó Lucas.

—Sólo la parte de abajo, me da un poco de asco que se me caigan migas ahí...

Sonrió, abrió su mochila y sacó una botella de vino blanco rodeada de una almohadilla helada que parecía que había mantenido la temperatura.

—¡Que bien, vino! Yo había traído dos cajitas de zumo, como cuando nos íbamos de excursión con el cole.

—Este vino marida genial con la tortilla de patata y el gazpacho—dijo sonriendo.

Llenó dos vasos de plástico con el vino frío y yo dispuse la comida, que atacamos sin mediar palabra. La tortilla se había quedado fría pero estaba increíble (hago las mejores tortillas del mundo, aunque esté mal que yo lo diga) y el gazpacho, aunque estaría mejor más frío, también estaba muy bueno.

—¡Pero niña, esto está increíble!—dijo Lucas con la boca llena, aunque sonó más a «*Pebo nina, ezto ezna inquebible*».

—Deja de hacerme la pelota que ya me has ganado, truhan.

—Soy un truhan, soy un señor.

—Un señor que come a dos carrillos y habla con la boca llena.

—Bueno, tú eres una dama con lengua de camionero y no me quejo.

—Yo no soy ninguna dama, pero un poco camionero sí que soy—contesté sonriendo.

Cuando acabamos de comer, me tumbé para tomar un poco el sol y me quedé medio adormecida, efecto del vino, de la barriga llena y del calor. Cuando abrí los ojos haciendo pastitas con la boca, me giré buscando a Lucas y le vi sentado en la fría piedra, con la espalda apoyada en un árbol y mirando a la nada mientras sujetaba sus rodillas con la mano.

—Pensar, a veces, está sobrevalorado—le dije.

—Pero otras veces es inevitable—me contestó con una débil sonrisa.

Sentí miedo. Quizá se estaba replanteando las cosas, a lo mejor no le merecía la pena complicarle la vida con unos sentimientos extraños que no sabía muy bien cómo encajar. No voy a decir que en aquel momento estuviese enamorándome. Era muy pronto para meter el amor en la ecuación. Pero sí creía que ese hombre que tenía desnudo frente a mí podía enseñarme muchas cosas, podía cogerme de la mano para caminar juntos por la vida. Le vi cómo se levantaba y se acercaba al agua para llenar sus manos y echármela en la tripa que ni de lejos estaba tan tersa como la suya.

—¡Como se me corte la digestión ya verás!—le grité cuando se me pasó el susto.

—Mejor, así te pones a vomitar como la niña del Exorcista y recordamos cómo nos conocimos. No seas tonta, que eso de los cortes de digestión es un cuento de viejas para que los niños no diésemos mucho por culo con que nos queríamos meter en la piscina.

Tenía razón, no conocía a nadie que se le hubiese cortado la digestión por meterse en el agua después de comer, pero lo tenía tan aprehendido que salía solo. Después de otro baño, decidimos que ya iba siendo hora de volver a casa, así que recogimos nuestras cosas y nos despedimos con la mano de las parejas que seguían allí con poca intención de marcharse. Cuando llegamos al barrio, metió el coche en un parking de la calle Amparo y me ofreció terminar el día en su casa.

—Esta vez cocino yo—me dijo sonriente.

Cuando salimos del parking, nos cogimos de la mano y atravesamos la plaza de Nelson Mandela hasta Mesón de Paredes, donde abrió la puerta del número 56, que daba a un patio con bancos y un montón de bicicletas atadas con candados. Subimos a su casa en el tercer piso y me abrió la puerta.

—Bienvenida—me dijo entrando detrás de mí.

La puerta daba a un pequeño pasillo a través del cual se distribuían todas las estancias de la casa. A la izquierda, el baño, alicatado con los azulejos de casa de mi abuela y con una bañera al fondo en la que cabríamos cómodamente los dos. La siguiente puerta daba a un dormitorio amplio, con una cama de matrimonio en el centro y una cómoda grande enfrente con un espejo encima. Sobre la cómoda descansaban algunos marcos con fotografías de una mujer sonriente dando de comer a un caballo; otra de una pareja de unos sesenta años, vestidos con ropas amplias que podrían haber comprado en Lavapies un día cualquiera y otra mujer que les cogía por los hombros; y otra de un grupo de seis chicos entre los que estaba él, riéndose a carcajadas, cada uno con una copa en la mano. Enfrente de la puerta de entrada estaba la cocina, pequeña pero moderna, con una terraza pequeña al fondo. Y a la derecha el salón, una estancia muy amplia, rodeada de plantas, con dos sofás, un equipo de música y una mesa alta donde cabían seis personas. Unas cortinas verdes daban acceso a una pequeña terraza donde había dos sillas y una mesa. Me imaginé al instante desayunando en esa terraza, que daba al patio que habíamos visto al entrar. Me asomé y miré hacia todos los lados.

—Tu vecina del bajo tiene una selva en su patio, ¿no?—comenté mirando hacia abajo, al patio de su vecina donde había árboles, plantas, cactus y todo tipo de flora no identificada.

—Ese piso es de una señora mayor. Estoy esperando a que se vaya a vivir con sus hijos para quedarme con su casa, no la he visto por dentro, pero ya sólo por ese patio merece la pena.

—¡Mi reino por una azotea en la que poder hacer barbacoas y tomar el sol!

—Pues ya puedes ir preparando dinero si quieres tener una azotea en Lavapies. Dinero y un hacha para matar a la persona que tenga esa casa, porque no creo que quiera soltarla.

—En Lavapies es complicado encontrar algo así, pero si te sales un poquito del barrio... todavía no me lo planteo, pero dentro de un tiempo no me importaría buscar un piso así en otro lado.

Fue a la cocina de la que salió con dos cervezas heladas. Le di un largo trago a la

mía y me senté en el sofá.

—Entonces me dijiste que no tenías ningún plan para estas vacaciones, ¿verdad?

—me preguntó mientras sacaba un cigarro de la cajetilla y se lo encendía.

—Mi planazo era ir a mi pueblo, nada apasionante, la verdad.

—Estaba pensando... ¿qué te parecería pasar conmigo unos días en el Cabo de Gata? Mis padres tienen una casita pequeña en San José y no van a ir las dos últimas semanas de agosto.

Le miré con la cerveza a medio camino de mi boca. Cuando dejó caer la semana anterior que podíamos irnos juntos de vacaciones pensé que estaba de broma, pero parecía que lo tenía muy pensado...

—¿De verdad quieres pasar tus vacaciones conmigo?—arqueé una ceja mientras bebía de mi cerveza.

—¿Por qué no? Será divertido: desayunar sin prisa en el porche de la casa, perdernos por calas escondidas donde no vaya nadie, cenar en el mejor italiano del mundo, tomarnos una copa en una terraza por la noche... La única pega es que en agosto en Almería hace mucho calor, pero vuelves de allí tan relajado que merece la pena.

Lo sopesé durante unos minutos, no había nada que me impidiese hacer las maletas y largarme con ese portento de la naturaleza a tostarme al sol. Lo mejor era dejar de pensar y...

—Perfecto—le dije—. ¿Cuándo nos vamos?

Cuando sonreía de verdad, los ojos se le convertían en una fina línea y toda su cara se iluminaba de algo especial. Le hacía ilusión, se le notaba, y no pude hacer otra cosa que contagiarme de su felicidad y empezar a dar palmitas con las manos pegadas al pecho como una adolescente que se va de viaje con su novio por primera vez. Porque, ¿éramos eso? ¿novios? No es que me guste poner etiquetas, pero a veces es mucho más fácil ponerlas para saber a qué atenerme. Cortó mis pensamientos lanzándose sobre mí en el sofá y atrapando mis labios entre los suyos en un beso dulce pero hambriento.

—Ya verás, lo vamos a pasar genial. Solo la playa y nosotros dos. Cabo de Gata es precioso, es todo tan salvaje... y la casa es pequeña pero muy bonita. Salimos el domingo, ¿te parece?

Y a mí todo me parecía maravilloso. El viaje, la playa, el sol, pero sobre todo él, él sonriéndome, ilusionado como un niño por pasar unos días de vacaciones conmigo. Ya no existían las dudas. ¿Qué importaba si el sexo tenía que esperar?

Acabaría ocurriendo tarde o temprano y mientras tanto nosotros seguiríamos conociéndonos sin prisa, como hasta ahora, con ganas de vernos a diario, pero conteniéndolas para no agobiar al otro, como todas las parejas que están iniciando algo nuevo y emocionante.

Hizo *moussaka* para cenar. La mitad de carne y la mitad de verdura, para que tuviésemos donde elegir. La carne estaba especiada con canela y tenía un leve sabor dulzón que le daba tintes exóticos al plato. Para beber, una botella de lambrusco muy fría que entraba como el agua.

—¿Te quedas a dormir?—preguntó antes de taparse la cara con la copa mientras daba un sorbo al vino.

No me había planteado esa posibilidad, pero podíamos dormir juntos aunque no fuese a haber sexo, ¿verdad?

—No lo había pensado, la verdad, pensé que tú no querrías, pero sí, claro, me quedo—decidí en el último momento sin darle demasiadas vueltas.

Él sonrió y siguió comiendo como si nada. Cuando terminamos de cenar, recogimos la mesa y nos sentamos a ver una película. Nos decidimos por 'La mejor oferta', que me encantó pero me dejó con mal sabor de boca. La gente podía ser muy mala cuando había dinero de por medio, y jugar con los sentimientos de otra persona sin pararse a pensar en si le destrozarían la vida.

—Él tampoco era ningún dechado de virtudes, casi podíamos hablar de justicia divina—me dijo Lucas hablando del protagonista de la película.

—Ya lo sé, pero estaba cambiando, el amor le había hecho mejor persona. Ya no sólo se preocupaba de su trabajo y el dinero, su prioridad era ella, ayudarla y cuidarla.

—¿De verdad crees que el amor puede cambiar a una persona?

—No es que pueda cambiar, pero puede sacar lo mejor de alguien. Ese hombre tenía muchas cosas buenas, pero sólo las mostró cuando se enamoró y empezó a preocuparse por alguien más aparte de sí mismo. Y cuando mejor persona estaba siendo, la otra le da un estacazo y lo deja en cueros. Pocas ganas le quedarían de seguir siendo mejor, ¿no?

—Eso sólo demuestra que no puedes basar tu cambio personal en nadie más que en ti. Si modificas tu forma de ser no tiene que ser por nadie, sólo porque tú consideres que eso te va a hacer bien. Si construyes tu vida en torno a otra persona, los pilares nunca estarán sujetos a algo sólido, se tambalearán si el otro decide alejarse. Eso no es sano.

—¿Tú no has cambiado un poquito al conocerme a mí?—le pregunté con más vergüenza que alma.

—El conocerte a ti ha hecho que me plantee muchas cosas, pero tú sólo has sido el detonante, los cambios que tenga que hacer en mi vida los iré haciendo yo por mí mismo, porque quiero y porque lo he meditado, pero si tú decides irte un día, esos cambios seguirán formando parte de mí, porque los he hecho por las razones adecuadas.

Pensé en sus palabras y asentí. Tenía razón, todo lo que ocurre en tu vida, tanto las personas que conoces como las vivencias, van modelando tu forma de ser de una manera u otra pero esos cambios sólo tienen sentido cuando los haces por elección propia, no por adaptarte al entorno.

Todavía era pronto, así que hicimos palomitas y pusimos 'Bienvenidos al norte'. Ya la había visto, pero él no y me encantaba. La comedia francesa siempre me hace reír sin estridencias. No sé cuándo ocurrió pero me quedé dormida sobre sus piernas y me desperté cuando ya aparecían los títulos de crédito en la pantalla.

—Vaya, ¿me he dormido?—pregunté todavía adormilada.

—Hace un rato. Estabas tan bonita que no te quería despertar—me contestó acariciándome la mejilla.

—¿Te ha gustado la película?

—Me ha encantado, es muy graciosa. Tenemos que ver 'Bienvenidos al sur'.

—Cuando quieras pero es una copia exacta de esta, aunque ambientada en Italia. Yo pensaba que sería una continuación o, aunque fuese parecida, tendría otras cosas, pero no. Es exactamente igual.

—Entonces esperamos unos meses, cuando ya no tenga el recuerdo tan reciente. ¿Nos vamos a dormir?

Asentí y me incorporé con los ojos medio abiertos. Me dio la mano para ayudarme a levantarme del sofá y nos dirigimos a su habitación. Me quedé frente a la cama dubitativa, no sabía si quitarme la ropa, aunque todavía llevaba el bikini y empezaba a molestarme.

—¿Quieres una camiseta?—preguntó adivinando mis pensamientos.

—Sí, por favor.

Saqué de mi mochila unas braguitas y me las puse rápido, como si no me hubiese visto desnuda unas horas antes. Me dejó una camiseta gris de tirantes con un símbolo hindú estampado en el pecho y me quité la parte de arriba del bikini para ponérmela. Él se quedó en calzoncillos, unos boxer negros ajustados que le

quedaban como un guante. Nos metimos bajo las sábanas blancas fresquitas y apagó la luz. Yo estaba tensa, en mi lado de la cama sin moverme, con miedo a rozarle, pero él me dio la vuelta para ponerme de espaldas y se abrazó a mi cintura desde atrás.

—Relájate, preciosa. Quiero que todo sea cómodo entre nosotros—me dio un beso en el hombro y yo suspiré apoyando mi mano sobre la suya.

—Gracias, no sé cómo lo haces, pero consigues que cualquier situación sea cómoda contigo.

—Ese es mi superpoder. No se puede fardar demasiado con él pero es muy útil—se burló.

—No te rías, no es nada fácil conseguir que todo el mundo se sienta a gusto contigo.

—Bueno, no me pasa con todas las personas, pero tú y yo tenemos algo especial. Conectamos.

Sonreí y entrelacé mis dedos con los suyos. Era reconfortante notar su aliento en mi nuca y no sentir la presión de ir más allá. Aunque en realidad estaba deseando hacerlo, era yo quien tenía que contenerme para no ejercer presión sobre él. Los pensamientos fueron haciéndose cada vez más difusos en mi mente, a la vez que mi respiración se ralentizaba. Lo último que escuché antes de quedarme dormida fue:

—Duerme, preciosa. Yo te sujeto.

¿QUIÉN DIJO QUE LAS SORPRESAS ERAN AGRADABLES?

Celia había ido a buscar al amigo de Nacho al aeropuerto. Esperaba en la terminal de salida con gesto de hastío mientras mascaba un chicle al que hacía ya tiempo que se le había ido el sabor. El avión llevaba media hora de retraso y ya había repasado sus redes sociales más de diez veces. Anunciaron la llegada del vuelo y ella siguió sentada mientras echaba miradas furtivas a la puerta por donde ya empezaba a salir gente. Mientras subía a *Instagram* una foto de sus zapatos con el texto «La vida dentro de un aeropuerto», notó cómo una persona se paraba frente a ella. Cuando levantó la vista no vio al típico friki pasado de kilos y con el pelo grasiento pegado a la cabeza. No señor. Con quien se encontró fue con un maromo de metro noventa mirándola con una sonrisa que no le cabía en la cara y un pelo castaño despeinado que le quitó el hipo.

—¡Hola! ¿Tú ser Celia?—preguntó con un acento yanqui adorable y un español macarrónico.

Ella se le quedó mirando pasmada y pensando que si quería sería Celia, María Dolores o Rosario si eso le hacía feliz. Pasados unos segundos se recuperó y se levantó como si hubiese un muelle en el asiento.

—Hola, sí, soy yo—le dio dos besos estampando su mejilla contra la de él y Diosss cómo olía—. Perdona, pero Pablo no me dijo tu nombre.

—Me llamo John Smith. Sí, no me lo digas, ya sé que no es muy original, es como si aquí me llamase Juan Pérez, ¿no? Me lo dicen todos los españoles que conozco. El chico volvió a sonreír un poco avergonzado, miró hacia el suelo y a ella le pareció tan tierno como un bollito recién salido del horno.

—No te avergüences por tu nombre que la culpa la tienen tus padres—dijo Celia riéndose—. Venga, vamos a casa y te pegas una ducha, ¿quieres?

—Sí, y si no te importa luego me sacas a dar una vuelta, no me quiero dormir hasta por la noche y si me quedo en casa voy a caer desmayado en el sofá.

Fueron juntos hacia el metro y esperaron en silencio a que llegase el tren. Una vez dentro, Celia sintió la necesidad de llenar ese vacío maligno.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo conociste a Pablo?

—Trabajamos juntos. No me habló de ti hasta que no le dije que tenía una entrevista de trabajo en Madrid. Es muy reservado con su vida privada, ¿no?

Celia arqueó las cejas. ¿Pablo reservado? Nunca lo había sido. A lo mejor no quería cerrarse puertas en Nueva York hablando de su novia, la imbécil que le estaba esperando en España...

—Sí, bueno, supongo que un poco sí—acertó a contestar.

—Es muy buena gente, enseguida me dijo que tú podías ayudarme, si no ahora estaría en un hotel de mala muerte sin saber dónde ir ni qué hacer...

—Enfrentarte tú sólo a una ciudad nueva que no conoces es estresante pero tú estarás más que acostumbrado al ritmo de vida de Nueva York, ¿no?

—Sí, pero yo nací allí, Nueva York ha sido mi casa hasta ahora, es distinto salir de tu zona de confort por primera vez a los treinta años.

Cuando llegaron a casa acomodaron las cuatro cosas que había traído en una maleta pequeña en una cómoda que Celia tenía en el salón, John se dio una ducha y salieron a comer algo al Clarita, un restaurante muy cuco en el centro, decorado con colores claros y mesas pequeñas de madera blanca. Comieron el menú del día y él no paró de alabar las bondades de la dieta mediterránea, porque allí lo más fácil era comer una hamburguesa grasienta en cualquier *dinner* típico. Ella se alegró de no haberle llevado a una hamburguesería, como pensó en un primer momento. Cuando acabaron fueron a dar un paseo por el Retiro y se sentaron a descansar en el césped, bajo la sombra de un árbol.

—No dejes que me duerma—le dijo John con los ojos ya cerrados—. Si lo hago no sé cuándo voy a despertar...

Pero ya se había dormido. A Celia le dio pena despertarle así que le dejó descansar media hora mientras ella miraba el balanceo de las hojas de los árboles con la brisa asfixiante del agosto madrileño. Al rato, puso la mano en su hombro y lo sacudió suavemente.

—Venga dormilón, que si no despiertas esta noche te tendré como un búho en mi sofá.

Él abrió los ojos confuso y parpadeó varias veces.

—¿Me he dormido? Que rabia, estoy muy cansado.

—No te preocupes, es normal, sólo has dormido media hora. Venga, vamos a dar un paseo para que te despejes.

Se levantaron y fueron andando despacio hacia el lago donde compraron un helado para comerlo tranquilamente mientras andaban. Celia se sentía extrañamente cómoda con él aunque hiciese pocas horas que le conocía. Esa noche haría una tortilla de patata para que comiese algo *típical spanish* mientras

veían una película. Sería bonito pasar la noche del sábado en casa con alguien sin la presión muda del billete de vuelta, sin descontar los minutos que el reloj nos va robando, simplemente... disfrutar.

Libertad había pasado unos días raros en Lisboa. La ciudad le encantaba y la habían pateado de arriba a abajo pero ella se encontraba muy cansada y caía derrotada en cuanto llegaban al *youth hostel*. Habían conseguido habitación en el *Poets Hostel*, el lugar donde se alojaron en su primer viaje como pareja. Su habitación era maravillosa, con una cama doble sin cabecero apoyada en una pared blanca llena de poemas escritos en portugués. A los pies de la cama, una alfombra roja de pelo largo a conjunto con los cojines y las cortinas, que escondían un pequeño balcón. Acababan de llegar a Coimbra y estaban dejando sus cosas en la pensión. No podía ser más acogedor. Lo malo es que se encontraba en lo alto de una cuesta y le había costado sudor y lágrimas llegar hasta arriba. No recordaba encontrarse en tan mala forma. Su habitación era pequeña pero funcional, con un dosel que cubría la cama de matrimonio vestida con sábanas blancas. La pensión contaba con un patio lleno de plantas donde podías desayunar a la sombra en pequeñas mesas adornadas con manteles de los años setenta.

—¿Te encuentras mejor?—le preguntó David cuando ella se lanzó a la cama con las manos sobre su vientre.

—Estoy muy cansada y tengo tanta hambre que me comería un mamut. En cuanto coma se me pasan todos los males, no te preocupes.

David le miró frunciendo los labios y siguió vaciando su maleta.

—Cariño, estás agotada desde que empezamos el viaje, casi no hablas y te quedas dormida en cuanto te apoyas en la almohada. ¿Por qué no compramos unas vitaminas o algo así en la farmacia?

—¿Y si en lugar de unas vitaminas compramos un test de embarazo?

Lo dijo casi sin pensar pero ahora que lo había verbalizado todo parecía encajar. El cansancio, la falta de aire, las ganas de hacer pis cada media hora... ¿Podría ser?

—Cielo, no quiero que nos obsesionemos. Si luego vuelve a salir negativo te vas a llevar una decepción, lo veo en tus ojos siempre que nos hacemos un nuevo test. ¿Por qué no disfrutamos, sin más y ya regresaremos a la realidad cuando volvamos a Madrid?

Pero ella ni quería ni podía esperar. Lo tenía claro, esta vez sí, estaba

embarazada. Quería saberlo cuanto antes, para cuidarse en consecuencia. Adiós al riquísimo vino verde portugués. Adiós a las cervecitas heladas en una terraza después de todo el día haciendo turismo. Pero no le importaba si eso significaba que por fin estaba embarazada.

Fingió no darle demasiadas vueltas al tema pero entró en la primera farmacia que vio a comprar un nuevo test. David chasqueaba la lengua detrás de ella mientras intentaba hacerse entender con el farmacéutico, que a punto estuvo de sacarle un paquete de condones de sabores.

—Si sale negativo, lo dejamos estar hasta que volvamos, te lo prometo. No me voy a deprimir ni voy a llorar por las esquinas, simplemente tengo un presentimiento. Creo que ahora es de verdad.

Él no le dijo nada, sólo pidió una cerveza cuando se sentaron en la primera terraza que se cruzó en su camino y esperó a que Libertad saliese del baño. A los dos minutos salió con el palito en la mano y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué tal?—preguntó temeroso.

—No lo sé, no he querido mirarlo sin ti. Si sale negativo, me olvidaré, pero si sale positivo quiero tener el recuerdo de saberlo a la vez.

David la cogió de la mano sobre la mesa y ella le dio la vuelta al test. Parpadeó dos veces con el ceño fruncido y miró a David, que seguía con la vista clavada en el artilugio y la boca abierta, como un pez fuera del agua.

—Vamos a ser papás, cariño—le susurró ella mientras acariciaba su mejilla.

Una lágrima grande y redonda se estampó contra la mesa frente a David. Iban a ser padres y jamás volvería a dudar de los presentimientos de su chica.

Lara se despertó boqueando. Hacía un calor de la muerte en Cádiz y se habían olvidado de encender el aire acondicionado. Se levantó para conectarlo y escuchó la voz de Fer que hablaba por teléfono encerrado en el baño. El móvil de su chico tenía una peculiaridad: la voz del interlocutor se escuchaba como si estuviese allí mismo, así que se estaba enterando de toda la conversación sin querer... aunque en realidad sí quisiese un poquito.

—No podemos... no puedo, María. Ahora estoy con otra persona, no puedo volver a quedar contigo como si nada.

—No tiene por qué pasar nada... ¿Qué pasa, tu novia no te deja, es eso? ¿Tiene que darte el visto bueno para quedar con una amiga?

—No seas cínica, tú y yo nunca hemos sido amigos. Ni cuando estábamos juntos

lo éramos. Siempre que hemos quedado después de dejarlo hemos acabado en tu casa y no quiero que vuelva a pasar.

Lara apoyó la espalda en la pared pero acercó su cabeza a la puerta para oír mejor. Es como cuando te duele un diente pero no puedes dejar de tocártelo con la lengua, aunque te duela. Pues lo mismo. Sabía que no tenía que hacerlo, sabía que le dolería, pero no podía dejar de escuchar la conversación que se estaba manteniendo tras la puerta del baño.

—Es sólo un café, necesito hablar contigo. Necesito cerrar nuestro capítulo porque no me permite avanzar. Tú has rehecho tu vida, yo no puedo. No hasta que hablemos.

—Pero María, ¿qué va a cambiar una conversación?

—Todo, podría cambiarlo todo.

—Yo no quiero que lo cambie todo, estoy muy bien como estoy.

—Pero yo no.

—María... Está bien, llego a Madrid en unos días, te llamo y hablamos, ¿de acuerdo?

Lara se apartó de la puerta del baño y se sentó en la cama vestida sólo con unas braguitas blancas y una camiseta desbocada. Fer salió y se quedó apoyado en el marco de la puerta mirándola.

—Lara...

—¿Quién es María?—Le preguntó ella cortándole.

—¿Sabes que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

—No me jodas, Fer, tú sabes que tu teléfono es como un puto altavoz.

Fer suspiró y se sentó en la cama a su lado.

—Lara, María es mi ex y no está bien, quiere que quedemos para hablar, nada más. No va a pasar nada.

—¿Tu ex la que decías que estaba loca y que cada vez que os encontrabais se te tiraba encima hasta que acababais follando como cerdos encima de cualquier superficie? ¿Esa ex?

Fer se pasó la mano por el pelo exasperado intentando contenerse antes de hablar.

—No vamos a follar como cerdos encima de ninguna superficie, Lara. Sólo vamos a hablar, a zanjar lo que sea que todavía está sin zanjar y probablemente no vuelva a verla en la vida.

—Mira Fer, yo no soy celosa. Nunca lo he sido. Pero tampoco soy imbécil. Esa chica quiere más de lo que te dice y yo confío en ti porque te quiero, pero ya verás como intenta algo en cuanto vea oportunidad.

—Pues si confías en mí déjame hacer las cosas a mi manera. María no está bien, no es una persona muy equilibrada, pero fue importante en mi vida y le tengo cariño. Hablaremos y se acabó, te lo prometo.

Y Lara no volvió a sacar el tema, porque estaban de vacaciones y porque si quería tener una relación madura, tenía que empezar por demostrar ella esa madurez que perseguía. Confiaba en su chico, haría lo que creía correcto y que fuera lo que tuviera que ser.

Roberto había invitado a cenar a Manu en Saporem, un restaurante cercano a la puerta de Sol con una terraza interior impresionante, adornada con pequeñas luces que le daban un ambiente íntimo y acogedor. Quería hablar con ella, destensar el ambiente. No habían vuelto a besarse después de su anterior cita y aunque veía que seguía habiendo atracción entre ellos, su relación no era cómoda. Creía que Manu se había arrepentido de aquel beso e intentaba marcar distancias con él, pero si no podía tenerla como algo más, quería mantener la amistad con ella y que las salidas en grupo siguieran siendo como estar en familia.

Llegó antes que ella y se encendió un cigarrillo nervioso en la puerta. Cuando estaba a punto de apagarlo la vio aparecer por la calle con un vestido camisero blanco, con escote en uve y ceñido a la cintura con un cinturón del mismo color. Él llevaba sus típicos vaqueros que ya empezaban a darle calor y una camiseta negra de manga corta entallada. Cuando llegó a su altura, se dieron dos besos y entraron al restaurante.

—Me han hablado muy bien de este sitio, ponen un tartar de atún rojo buenísimo —dijo él mientras se sentaban a la mesa.

Ella observaba el sitio con interés, fijándose en las plantas artificiales que cubrían las paredes y en los cientos de luces blancas que inundaban el local. Cogió una carta y la miró con gesto distraído.

—¿Pedimos vino?—le dijo ella sin mirarle.

—Claro. ¿Blanco?

—Si vamos a probar ese tartar, es mejor acompañarlo con un blanco fresquito. Elige tú el resto de la comida, me fio de ti—contestó sonriendo y mirándole a los ojos por fin.

—Manu, yo quería decirte que...

—¿Qué van a beber los señores?—el camarero interrumpió el primer intento de Roberto, así que le pidió la botella de vino, un tartar de atún rojo, una cocotte de puerro, queso y huevo y una ensalada de sandía, queso de cabra, aros de cebolla y espinacas.

Les trajeron el vino enseguida y entre sorbo y sorbo, Roberto fue armándose de valor para decirle a Manu lo que había ido a decirle.

—Manu, yo... después de lo que pasó el otro día, ya sabes... no hemos vuelto a hablar y yo me preguntaba si... bueno si tú... si no te pareció bien... si te arrepentiste de... bueno de eso, del beso... que no tiene por qué... pero que si tú quieres yo... Por favor, ayúdame que me estoy liando.

Manu sonrió acercando la copa a sus labios.

—Creo que entre tanto balbuceo he entendido más o menos lo que quieres decirme. Me pareció perfecto, Rober, no me arrepiento de nada. Si acaso me arrepiento de cómo me he comportado esta semana, que parecía una adolescente que no se atreve a mirar al chico que le gusta.

La cara de Roberto se iluminó como un árbol de navidad. Si no se arrepentía significaba que había posibilidades.

—Entonces, ¿yo soy el chico que te gusta?—preguntó buscando su mirada con un gesto travieso en los labios.

—Pues sí, qué adolescente es todo esto... Sí, me gustas, por favor no me hagas repetirlo que estoy por ponerme dos coletas y saltar a la comba en mitad del restaurante.

Roberto cogió sus manos por encima de la mesa y se las llevó a los labios.

—Vale, hablemos de otra cosa. Pero por favor, hablemos, no volvamos a pasar una semana como la que hemos pasado, que temía haberte asustado y que te alejaras.

La cena transcurrió sin problemas y las dos copas que cayeron después mientras escuchaban música en directo, también. Salieron del restaurante cogidos de la mano y en la puerta, Roberto posó su mano en la mejilla de Manu y le dio un beso corto y dulce, una leve caricia de sus lenguas que les dejó con ganas de más. No dijeron nada, no hizo falta. Ella le cogió de la muñeca y tiro de él hacia su casa. No hubo fuegos artificiales, arco iris, ni purpurina, pero sí muchos besos, caricias y gemidos. Todavía no era tiempo de hablar de amor con las palabras pero sí con los cuerpos.

Mónica había quedado esa noche con sus compañeros de trabajo para tomar algo y ya llegaba tarde. Había tardado más de la cuenta en prepararse, quería impresionar a una de las nuevas incorporaciones y no se decidía entre una minifalda indecentemente corta o un vestido abominablemente escueto. Al final optó por el vestido, que aparte de pequeño era morado, con escote caído y unos tirantitos casi inexistentes. Cuando se estaba calzando unos salones negros llamaron a la puerta de su casa y fue a abrir pensando que alguna de sus compañeras había decidido pasar a buscarla. Cuando abrió se encontró en el vano a un Alex con los ojos inyectados en sangre y la melena larga sujeta en una coleta desgredada. Su camisa hacía tiempo que no veía una plancha y tenía cercos debajo de las axilas. No era su mejor día, estaba claro.

—Qué, ¿preparándote para salir a zorrear por ahí?—dijo sin ni siquiera saludar

—Hola, Mónica, que guapa estás. Pasaba por aquí y he decidido pasar a hacerte una visita y ya de paso seguir dándote por el culo.

—No me toques los cojones, ¿dónde vas?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Tengo que darte explicaciones y no me había enterado?

Cogió el bolso de encima del sofá y volvió a ponerse frente a él.

—Venga, majo, que tengo prisa. Apártate y no vuelvas a venir a mi casa.

Alex la empujó hacia el interior, entró y cerró la puerta.

—No me vas a chulear como si fuera un niño más en tu larga lista de conquistas. Conmigo o estás al cien por cien, o no lo estás.

Mónica le miró con los ojos como platos.

—Lo primero, como vuelvas a empujarme te doy una patada en las gónadas que te las pongo de corbata. Lo segundo, por si no me habías entendido bien las cuarenta veces que te lo he dicho ya, no estoy contigo, ni al cien por cien ni al cero por ciento. Y lo tercero, como vuelvas a aparecer en mi casa te pongo una denuncia por acoso que vas a tener que leerla tres veces para enterarte de lo que pone. ¿Está claro así o hace falta que te lo diga en esperanto?

Alex se lamió los labios despacio mirándola a los ojos con rabia contenida. Volvió la cabeza hacia la estantería que había junto a la puerta y cogió una cámara de fotos Diana F+ que Mónica tenía más por decoración que por afición a la fotografía.

—Anda, no sabía que te gustaba hacer fotos, que poco conozco de ti, ¿verdad?— lanzó la cámara violentamente contra el suelo y, de un estallido, reventó el flash y

el objetivo, que se separó del cuerpo de la cámara y acabó debajo del sofá.

—¿Pero qué coño haces, enajenado?

Mónica no se molestó en recoger los pedazos de la cámara del suelo para no perder el contacto visual con Alex, no se fiaba de él ni un pelo. Abrió la puerta y le empujó al exterior.

—No vuelvas a aparecer por mi casa ni por ningún sitio donde yo esté. Es la última vez que te lo digo, la siguiente será la policía.

Cerró la puerta y se apoyó en ella mientras escuchaba los pasos de Alex alejarse. Dejó el bolso sobre el sofá y se echó a llorar cubriendo sus mejillas de lágrimas negras.

Macarena abrió la puerta de su casa y se encontró al otro lado a Miguel Ángel con una camisa blanca, pantalones chinos negros y zapatos. No podía ser más previsible. Le dio un beso distraído en los labios y le dejó pasar.

—He hecho una ensalada y pechugas al roquefort para cenar—le dijo acercándose a la cocina para coger la comida y llevarla a la mesa.

—¿Esa salsa lleva nata, no? No puedo comer demasiado, que luego me cuesta bajarlo en el gimnasio.

Macarena puso los ojos en blanco de cara al mueble de la cocina para que él no le viese. Le ponía de los nervios esa obsesión por el peso y los músculos. Físicamente le gustaba pero le daba la sensación de que ejercitaba más los bíceps que el cerebro.

—Bueno, pues la apartas, con que deje un poco de sabor, sobra.

Dejó la comida en la mesa, abrió una botella de vino, sirvió dos copas y se sentó.

—¿Qué hiciste ayer al final?—le preguntó ella para iniciar una conversación.

—Nada, cuando terminé de trabajar me fui un rato al gimnasio y después quedé con unos amigos para tomar unas copas por Huertas.

—¿Huertas? ¿No estás un poco talludito para ir por esa zona?

—Mis amigos querían echar la caña a unas universitarias, ya sabes... pero yo sólo observé el espectáculo desde la barra, prometido—le dijo guiñándole un ojo.

Ella sintió que no le importaba demasiado si tonteaba con unas cuantas universitarias. ¿Significaba eso que le daba igual estar con él? Se lio con él porque se sentía sola, no es un buen comienzo de nada, pero había querido pensar que después había descubierto a una persona interesante, para darse cuenta días

después que lo único que le interesaba de él eran esos músculos que adoraba y rechazaba a partes iguales.

—¿Qué te parece?—dijo él interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué me parece el qué?

—¿No me estabas escuchando? Siempre con la cabeza en tus cosas...—estaba molesto, se le notaba—. Te decía si querías que mañana fuésemos a dar un paseo por Casa de Campo. Podemos comer en uno de los restaurantes que hay por allí.

Macarena frunció el ceño. No le apetecía nada dar un paseo con él y sentarse a comer en uno de esos restaurantes que estaría lleno de familias bien con niños correteando entre las mesas.

—Pues es que mañana he quedado a comer con mis padres—improvisó—. De hecho tengo que ir pronto porque vienen mis tías también, así que hoy no me puedo acostar tarde.

—Que pena, quería pasar el domingo contigo... No pasa nada, nos acostamos pronto.

Intentó ocultar un gesto de contrariedad. No le apetecía nada acostarse con él, así que cuando llegó el momento de meterse en la cama, fingió un dolor de cabeza insoportable, se tomó un paracetamol, se puso el pijama menos sexy del cajón y le dio la espalda para dormir sin que la tocara. Tenía que hacer algo con esa situación...

EL PARAÍSO TIENE CHUMBERAS

La semana pasó volando y sin darme cuenta, ya era sábado por la noche y todavía no había hecho la maleta. No quería llevar todo mi armario, pero tampoco quería quedarme corta y tener que ponerme dos veces la misma ropa interior. Y sin lavar. Puaj. Conseguí comprimir en una maleta mediana una toalla, cinco bikinis y dos modelitos para cada día. Menos mal que la ropa de verano ocupa poco espacio, porque si hubiera tenido que meter jerseys, abrigos y botas, tendríamos que haber llamado a un camión de mudanza. Había intentado quedar con las chicas para cenar en mi casa mientras me volvía loca haciendo la maleta pero ninguna había podido quedar. Todas tenían la cabeza en otro lado, pero ninguna quería ser la primera en confesar. La que más me preocupaba era Mónica, pero le había preguntado mil veces si había vuelto a ver a Alex y ella siempre se salía por la tangente.

Al día siguiente, Lucas apareció en mi casa a las 10 de la mañana y yo ya estaba esperándole vestida con unos shorts verdes y una camiseta blanca de tirantes. Un look muy cómodo para soportar las cinco horas y media en coche que teníamos por delante. Menos mal que tenía aire acondicionado, porque si no me iba a tirar todo el viaje con la cabeza por la ventanilla, como los perros. Salió del coche y me dio un beso en los labios antes de coger mi equipaje y meterlo en el maletero.

—¿Pero qué llevas aquí, un muerto?—se quejó Lucas mientras se metía en el coche—. ¿Sabes que tenemos lavadora, no? No hacía falta que trajeras todo tu armario.

—Pues no, no sabía que hubiese lavadora pero de todos modos esto no es ni un diez por ciento de mi armario, es una maleta pequeña.

—¿Pequeña? De verdad que no entiendo qué puedes llevar que ocupe tanto para pasar unos días en la playa, si vas a estar la mayor parte del tiempo desnuda.

Sonaba muy prometedor, él y ella desnudos en una cala desierta. Habían vuelto a dormir juntos dos veces más esa semana, pero no había pasado nada, unos besos que se cortaban antes de que la cosa se empezase a poner al rojo vivo. Luego pijama y a dormir. La alcachofa de la ducha había tenido mucho movimiento en los últimos días...

—¿Ponemos música?—pregunté para apartar de mi cabeza esos pensamientos malignos. Había dejado mi alcachofa abandonada en mi pequeña ducha y ya la

echaba de menos.

—¿Te gusta Vétusta Morla?—preguntó.

Y me encantaba. Puso su último disco y me dediqué a cantar las canciones a voz en grito con la ventanilla bajada.

—Eres una choni, pero tienes buena voz.

—Entono, que ya es suficiente. Vengo de una familia de músicos, pero yo no sé tocar ningún instrumento. El oído venía de fábrica.

Paramos a comer algo en un bar de carretera y nos tomamos un café con hielo en la terraza para aguantar lo que nos quedaba de camino. Cuando llegamos estábamos agotados y sudorosos. La casa era tal y como me la imaginaba, con las paredes blancas, como todas las de la calle, con una sola planta, un pequeño patio adornado con chumberas y una mesa y dos sillas donde podríamos desayunar todas las mañanas. Sólo tenía una habitación, cocina, baño y salón pero todo muy coqueto y muy limpio. La decoración estaba un poco pasada de moda, pero no podía ser de otra manera, a esa casa no le pegaban los típicos muebles de Ikea, necesitaba cojines de crochet de varios colores, mesas y sillas de los años ochenta, una cocina antigua con los muebles blancos y una cama de matrimonio con las sábanas blancas. Se respiraba tranquilidad. Abrimos las ventanas para quitar el olor a cerrado y nos dimos una ducha antes de salir a pasear por el pueblo.

—¿Qué te parece si vamos a hacer la compra y luego te invito a cenar en el mejor italiano del mundo?—preguntó.

—No.

—¿No?

—No, invito yo—le guiñé un ojo y cogí su mano.

—Eso ya lo veremos...

Fuimos al único supermercado del pueblo, donde compramos cantidades ingentes de vino y cerveza, todo lo necesario para desayunar y algún caprichito extra como una tarrina de helado de dulce de leche. Cuando llegamos al italiano era pronto, pero de vacaciones no existen los horarios. Duermes hasta que el cuerpo te lo pide, comes cuando tienes hambre y disfrutas sin pensar en el reloj. Nos sentaron en la terraza, donde se paseaban tranquilamente unos cuantos gatos que se enroscaban en tus piernas pidiendo algo para comer. Pedimos una botella de lambrusco muy frío y una lasaña de salmón y pasta fresca con salsa gorgonzola para cenar. El vino entraba solo e íbamos a tener que pedir otra botella, pero no

nos importaba.

—Cuando era pequeño venía aquí todos los veranos con mis padres y mis hermanas. Me encanta este sitio, hubo un tiempo que me planteé vivir aquí pero no sé cómo conviviría con este calor agobiante todos los días.

—Yo creo que esta zona es para disfrutarla en vacaciones pero para vivir... entre el calor y que no creo que haya demasiada gente en invierno no sé cómo lo llevaría acostumbrada al ritmo frenético de Madrid.

—¿Quieres vivir en Madrid siempre?

—No lo sé, no me importaría irme a un sitio más pequeño pero no tanto como esto. El norte, por ejemplo, me encanta pero tampoco soportaría que lloviese todos los días.

—Es el peaje que tienes que pagar para que todo sea tan bonito.

Llegaron los platos y empezamos a comer muertos de hambre.

—Tenías razón, Zeus, esto está buenísimo—le dije con la boca llena de lasaña de salmón.

Los gatos empezaron a maullar a nuestro alrededor y Lucas les dio un poco de pasta que engulleron en dos segundos para seguir maullando pidiendo más.

—Estos gatos no entienden que un poco no significa todo el plato.

—La has cagado. Ya les has dado una vez, ahora estarán toda la noche mirándonos con ojos de cordero degollado para que les des más—le dije divertida.

Y no me equivocaba, tuvimos a los gatos mirándonos fijamente hasta que en otra mesa cometieron el mismo error que nosotros y les dieron comida. De postre optamos por el típico tiramisú y al salir casi no podíamos andar con todo lo que habíamos comido... y bebido. Íbamos a ir a tomar una copa a un bar, pero decidimos abrir otra botella de vino en el patio de casa.

—Como sigamos bebiendo a este ritmo, al volver me meto en Alcohólicos Anónimos—dije.

—Es para celebrar nuestro primer día de vacaciones, ya iremos rebajando el nivel. ¿Qué te parece si mañana nos vamos a unas calas que hay por aquí cerca? Nos llevamos algo para comer y bebida en una nevera y pasamos allí el día. Aquí al lado están las playas de Mónsul y Genoveses, pero son las más conocidas, así que estarán llenas. Si andamos un poco más llegamos a un par de calas donde no habrá nadie o como mucho alguna pareja.

—¿Habrá algo de sombra?—Dije preocupada.

—Si nos ponemos al lado de la pared de roca sí, ¿por qué?

—Me quemó enseguida, aunque me ponga protección de bebé. Soy albina.

—No te preocupes, te embadurnamos de crema y nos pegamos a la pared para que no te de demasiado el sol. Lo vamos a pasar genial.

Estaba ilusionado como un niño y me contagiaba su estado de ánimo. Al día siguiente desperté con un beso en la nuca.

—Venga dormilona, el desayuno está servido en el patio.

Me desperecé y me quedé mirándole con los ojos entreabiertos.

—¿Cómo llegué a la cama?

—Pues casi te tengo que llevar en brazos, diste dos cabezadas y temí por la integridad de la mesa, así que te llevé a la cama.

Me miré de arriba a abajo, sólo llevaba puestas unas braguitas.

—Te desnudé con mis propias manos, pero no me dejaste ponerte una camiseta. Decías que entre el ambiente y mi cercanía, ibas a estallar en llamas.

—¿De verdad dije eso?—pregunté avergonzada.

—No, eso ocurrió en mi cabeza. En realidad estabas tan dormidita que no te quise poner la camiseta para no despertarte.

Era curioso lo cómoda que me sentía con él estando casi desnuda pero me puse una camiseta para salir al patio, que a lo mejor con el resto de los vecinos no me sentía igual. Al llegar a la mesa se me hizo la boca agua, tostadas, tomate rallado y unos bollitos recién hechos que había comprado en una panadería del pueblo. Me serví un café y atacé los bollos con placer.

—Tenías hambre, ¿eh?—me dijo divertido al verme con los carrillos llenos.

Tragué lo que tenía en la boca y puse tomate sobre una tostada.

—Me encanta desayunar a lo grande cuando estoy de vacaciones, es un lujo que no te puedes permitir todos los días.

Cuando terminamos de desayunar, preparamos en una nevera portátil un poco de agua, cervezas, embutido y fruta, nos pusimos los bañadores y cogimos el coche para dejarlo aparcado en el parking de la playa grande y andar hasta las calas de las que me había hablado. Caminar bajo el sol abrasador de Almería debería considerarse deporte olímpico, menos mal que me había embadurnado de crema protectora y llevaba un sombrero de paja de ala ancha que me tapaba la cara. Cuando ya pensaba que me iba a desintegrar bajo ese sol abrasador llegamos a una pequeña cala circundada por altas paredes de piedra. No había nadie, así que

colocamos nuestras toallas al lado de una de las paredes para aprovechar la sombra y nos quitamos la ropa. El agua estaba templada tirando a fría y casi no había olas, así que nos fuimos metiendo en el mar poco a poco, dejando que el agua nos cubriera despacio.

—Esto es vida—dije tumbándome boca arriba dejando que el vaivén del mar me meciera. Algo rozó mi pierna y comencé a patear y a dar gritos como una loca psicótica.

—Calma, relájate, sólo era yo—dijo Lucas saliendo del agua muerto de la risa.

—Pensaba que era un tiburón, una medusa... o peor, ¡un alga!

—Claro, todo el mundo sabe del efecto mortífero de las algas almerienses, si te roza una date por muerto.

—No te rías, me dan un asco tremendo.

—Menuda señorita estás tú hecha... voy a nadar un poco, a ver si mato al grupo de algas que están conspirando contra nosotros allá a lo lejos.

Se fue nadando tranquilamente y yo me quedé un rato más refrescándome, hasta que me cansé y salí a tomarme una cerveza. Cuando Lucas se sentó a mi lado le ofrecí otro botellín.

—Dime que no tenemos que volver nunca—le dije mirando hacia el mar.

—Estas cosas se disfrutan más cuando no lo haces todos los días. Si fuese una rutina no sería tan especial.

—Supongo que tienes razón, pero cuesta imaginarlo cuando estás tan a gusto. Sólo de pensar que algún día podría hartarme de esto me da la risa.

—Oye, he estado pensando... ¿qué te parece si mañana nos vamos a la cala de San Pedro y pasamos allí la noche?

—Pues imagino que me parece bien, pero como no se de lo que me estás hablando no estoy segura.

—La cala de San Pedro es un lugar mágico... No suele haber mucha gente porque tienes que andar unos dos kilómetros para llegar y eso dejando el coche lo más cerca posible. Pero merece la pena, está rodeada de una especie de bosquecillo de arbustos donde hay un castillo en ruinas y un manantial. Y es un lugar precioso para hacer *snorkel*. Todos los que van se quedan a pasar la noche, podemos llevar tienda y provisiones aunque allí hay un chiringuito donde podremos comprar al menos algo de líquido.

—¡Claro! Me apetece muchísimo pasar una noche en la playa—asentí ilusionada.

Sobre la hora de comer llegó otra pareja con un perro muy grande que nada más llegar se metió en el mar jugando y salpicando agua hacia todos los lados. Ella estaba muy embarazada pero tenía uno de esos cuerpos preciosos y firmes, en los que sólo se nota el vientre hinchado y las tetas enormes.

—Mírala, es preciosa—le dije a Lucas entre susurros mirando a la mujer.

—Tú estarías igual de hermosa embarazada.

—Que va, yo seguro que me pongo como un *zeppelin*, se me hinchan la nariz y los labios y parezco Carmen de Mairena.

—Qué tonta eres. Estarías preciosa embarazada o sin embarazar. ¿Quieres tener niños?

—Siempre he querido aunque nunca me lo he planteado en serio. Al menos durante un tiempo tienes que dedicar toda tu vida al niño y no sé si estoy preparada para aparcar mi vida por completo, soy demasiado egoísta.

—No es egoísmo, es una decisión. Yo siempre he pensado que no los tendría, al menos no biológicos, por razones obvias, pero ahora... bueno, supongo que todo es posible—Debió oler mi miedo porque se echó a reír y puso una mano en mi hombro tranquilizándome—. No ahora, tranquila, no te voy a pedir que tengamos un hijo juntos. Con las vacaciones es suficiente, por ahora.

Pasamos la tarde entre baños, risas y una pequeña siesta de veinte minutos que me dejó desorientada durante una hora. Sobre las siete de la tarde, recogimos nuestras cosas y emprendimos el camino de vuelta con una sonrisa de oreja a oreja. Había sido un día maravilloso.

Al día siguiente, y tras dormir juntos pero no revueltos, cogimos el coche para ir a las Negras y emprender nuestro camino hacia la cala de San Pedro. Esos dos kilómetros se me hicieron eternos porque el sol agujereaba mi piel y los arbustos se me enredaban en los tobillos. Al llegar, vimos a una pareja que desmontaba su tienda al cobijo de un árbol y esperamos para ocupar su lugar. Según Lucas, habíamos tenido mucha suerte, no siempre encontrabas un sitio con sombra en la cala. Cuando terminamos, me llevó de la mano hasta el castillo, que tenía unas vistas impresionantes de toda la cala. Me encantaba explorar las ruinas, me sentía inmersa en otro tiempo y siempre imaginaba a las personas que habían vivido entre esas cuatro paredes. Dejamos las toallas sobre la arena y fuimos con nuestras gafas de bucear hacia el agua. Son el complemento menos sexy del mundo. Eso y los calcetines blancos con gayumbos. Lucas tenía razón, el fondo del mar en esa cala era impresionante. Y así pasamos el día, como en un sueño, con el arrullo del mar y la música de fondo de los timbales y las guitarras que

tocaba un grupo de hippies que se encontraba a nuestro lado. El sol se fue escondiendo casi sin darnos cuenta dando paso a una noche estrellada que, junto con el mar, dejaba una imagen que quería conservar en mi retina.

—¿De verdad podrías aburrirte de esto?—pregunté.

—¿De verdad te ves aquí día tras día sin hacer otra cosa que mirar al mar? Sin móvil, sin ningún tipo de comodidad, sin nada con lo que entretenerte salvo el mar... Está muy bien, y admiro a la gente que puede vivir sin ese tipo de cosas, pero yo me terminaría cansando, lo sé.

—Imagino que yo también, pero es romántico pensar que no, que podría vivir sin ese tipo de cosas, todo el día descalza, sintiendo la arena en los pies...

—Y sin crema protectora, con un cáncer galopante...

—¡Calla, coño, que me quitas la ilusión!

Cenamos lo que habíamos traído en silencio, mirando al mar y en ese silencio acarició mi mejilla y me cogió de la mano para llevarme a la tienda de campaña. Había un brillo en sus ojos diferente, mezcla de miedo y decisión. La mirada de alguien que deja atrás todos sus prejuicios para zambullirse de lleno en algo que le hará, si no más sabio y más fuerte, sí diferente.

—¿Estás seguro?—le pregunté cuando se acercó a besarme.

—Quiero hacerlo, quiero sentirte, ver cómo te abandonas y abandonarme contigo. Quiero recorrer tu cuerpo con mis manos y descubrir cómo es perderme en una mujer. Quiero perder mi virginidad contigo.

Juntó sus labios a los míos e introdujo la lengua en mi boca buscando la mía, que fue a su encuentro juguetona. Sabía como siempre, una mezcla de menta, tabaco y su sabor innato. Acarició mi cara con una mano mientras la otra se aventuraba por debajo de la camiseta para tocar uno de mis pechos. Pellizcó suavemente el pezón arrancando un gemido de mi garganta y yo le correspondí pasando la mano suavemente por su costado hasta llegar a la cadera. Me quitó la camiseta por la cabeza y nos miramos como si fuese la primera vez que estábamos casi desnudos el uno frente al otro. Sin apartar mis ojos de los suyos, bajé la braguita del bikini y él hizo lo mismo con su bañador.

—Tranquilo—le susurré mientras llevaba su mano hasta mi sexo, húmedo de anticipación.

Recorrí con mi mano sobre la suya todos mis pliegues y mis labios rosados. Tomando él la iniciativa, me acarició con las yemas de sus dedos mi clítoris hinchado que reaccionó con una sacudida de placer que recorrió mi espina dorsal

y llegó hasta mi boca, de donde se escapó en forma de gemido contenido entre los dientes. Alargué la mano para tocar su imponente erección, desde la punta hasta la base, dejando una caricia distraída en los testículos. Le tumbé boca arriba y me coloqué sobre él para poder lamer su pecho, que sabía a sal. Seguí bajando con mi lengua hasta debajo de su ombligo, lamí su punta, creando círculos alrededor y bajando hasta la base para volver a subir. La sujeté con una mano para introducirla en mi boca casi entera y succioné mientras subía hasta el capullo rosado.

—Joder, Ana, me vas a matar—dijo con la respiración agitada.

Repetí la operación dos, tres, cuatro veces, y sus gemidos subían en intensidad. Se incorporó levemente y me sujetó la barbilla.

—No, nena. No sigas, quiero aprenderlo todo contigo y si sigues me voy a correr. Me colocó debajo de él y se entretuvo lamiendo mis pechos, mordiendo con suavidad primero un pezón y luego el otro. Siguió bajando y se colocó entre mis piernas.

—No sé si sabré... Ayúdame, ¿vale? Indícame lo que te gusta, quiero que me enseñes.

Estaba tan excitada que sentía que podría correrme sin necesidad de tocarme pero cuando deslizó su lengua por entre mis pliegues separándolos suavemente con las manos... ¡Dios! Creí morir. Llegó hasta mi clítoris y lo rodeó con la lengua una y otra vez hasta hacerme enloquecer.

—No pares, Lucas, no pares...

—¿Quieres correrte? ¿Tendrás después fuerzas para volver a hacerlo conmigo dentro?

—Sí, sí, sí...

Volvió a la carga, lamió, succionó, sopló y me penetró con dos dedos imponiendo un ritmo frenético. Un cosquilleo comenzó en mi sexo extendiéndose por todas las células de mi piel y haciéndome estallar en un orgasmo goloso que me dejó sin respiración. Mis gritos debieron llegar hasta el grupo de hippies que seguían tocando los timbales en la orilla del mar. Arquee la espalda y la dejé caer cuando la intensidad del placer fue remitiendo poco a poco y volvió a concentrarse en el centro de mi clítoris.

—Dios, Lucas...—le cogí por las mejillas y levanté su cara hasta la mía para besarle con fruición. Su erección se clavó en mi cadera mientras lamíamos nuestros labios como dos desesperados. Se incorporó levemente y con una mano,

buscó en su mochila de dónde sacó un preservativo. Chico previsor, yo me había olvidado por completo. Lo desenrolló desde la punta hasta la base y se hizo hueco entre mis piernas.

—Tranquilo—susurré—. Simplemente disfruta. Eso me hará disfrutar a mí también.

Me miró a los ojos y encaminando su erección con la mano, me penetró con una lentitud devastadora hasta que todo su pene desapareció en mi interior. Me azotó una descarga eléctrica y me arqueé debajo de él para conseguir rozar mi punto más sensible con su cuerpo. Comenzó a penetrarme lentamente, sin prisa, mirándome ahora a los ojos, ahora a los labios. El placer comenzó a acumularse entre mis piernas, sólo necesitaba una chispa que lo hiciese saltar como la dinamita. Sin dejar de embestirme, acarició mis pechos con sus manos y fue bajando una de ellas, acariciándome el vientre hasta mi sexo. Cuando ejerció una ligera presión con el dedo pulgar sobre mi clítoris, todo el placer acumulado estalló rompiendo mi cuerpo en mil pedazos y dejándome laxa y a su merced. Hinqué mis uñas en su espalda mientras le mordía el hombro para controlar mis gritos y él continuó penetrándome cada vez más fuerte, cada vez más rápido, mientras un gemido ronco salía de su garganta. Cuando conseguí recuperarme alcancé su boca y le besé hambrienta, mordiendo sus labios y lamiendo su barbilla rasposa. Ejerciendo fuerza con una pierna, conseguí tumbarlo debajo de mí sin que saliese de mi interior y comencé a moverme sobre él apoyando mis manos en su pecho. Lo sentí endurecerse y palpitar dentro de mí antes de que sus gemidos me avisasen de que iba a correrse. Yo me acaricié rápidamente para llegar a la vez y nuestros gemidos se entremezclaron con el ruido de la noche.

Apoyé mi cabeza en su pecho para tomar aire y le acaricié pasando las yemas de los dedos por su vello.

—Joder, Ana, gracias—me dijo besando mi pelo.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por permitir que me abandone. Por abandonarte. Por esperar.

Y yo sentí que la espera había merecido la pena. Que estaba escrito que esa pequeña cala escondida y habitada por un grupo de hippies, fuese el escenario ideal para que ambos perdiésemos la virginidad. Él con una mujer. Yo con un hombre de verdad.

A partir de ese día recordaría el Cabo de Gata como un paraíso. Nos levantábamos cada mañana cuando los rayos del sol nos calentaban la cara y revolvíamos las sábanas antes de sentarnos a desayunar en el patio. Después de

probar el sabor de nuestros cuerpos, no podíamos parar de tocarnos, acariciarnos, besarnos y llevarnos de la mano hasta el placer más delirante.

Volvíamos a Madrid un miércoles, cansados pero felices. Todavía quedaban más de cuatro días de vacaciones por delante pero sus padres iban a ir a Almería al día siguiente y no queríamos que nos encontrasen allí. Ya eran las diez de la noche cuando aparcamos el coche, así que cogimos comida en un hindú de Lavapies y subimos a mi casa.

—¿Te quedas a dormir?—le dije mientras servía la comida en los platos.

—Pensaba irme a mi casa para descansar, contigo en la cama es imposible...

—Las camas también se usan para dormir. Con todo lo que hemos esperado no es necesario darse un empacho—le dije divertida.

—¿Crees que puedo tenerte tan cerca y no tocarte? Me quedo, lo de dormir... ya lo veremos.

Y vaya si lo vi. Entramos en la habitación ya enredados. Lucas besaba mis labios con desespero mientras intentaba quitarme la camiseta. Al final tuvo que separarse de mi boca para hacerlo y a la camiseta le siguieron los pantalones. Me quedé con un conjunto de braga y sujetador negro de encaje que había comprado en *Women'Secret* antes de irnos. Me empujó sobre el colchón colocándose sobre mí todavía con la ropa puesta. Apartó mi mano cuando intenté quitarle la camisa y las colocó a ambos lados de mi cabeza mientras él besaba mis pechos sobre la copa del sujetador irguiendo mis pezones al instante. Amasó uno de mis pechos con una mano mientras sacaba el otro y se dedicaba a morder el pezón generando en mi vientre una pelota de ganas que emitía rayos eléctricos hacia todas mis terminaciones nerviosas.

Bajó su mano y apartó mis braguitas para frotar con fuerza mi sexo. Deslizó tres dedos en mi interior con facilidad ayudado por mi humedad y me folló con la mano hasta que grité de placer, ansia y frustración por no tenerle dentro.

—¿Qué es lo que quieres?—me preguntó mientras seguía penetrándome con los dedos con fuerza, rozando mi clítoris con la palma de su mano.

—Quiero que me folles, quiero tenerte dentro—le grité con la respiración entrecortada.

Sacó sus dedos de mi interior y se los llevó a la boca para saborearme.

—Sabes tan bien...

Me sujetó los brazos por encima de la cabeza con una sola mano y con la otra bajó la bragueta de sus pantalones y sacó su erección, dura y pesada. La dirigió

hacia mi entrada y me masturbó con ella introduciéndola dentro de mí varias veces.

—Por favor, Lucas...—Si seguía así iba a perder el control y no quería hacerlo.

—¿Tienes condones?

—En la mesilla, en la mesilla...

Abrió el cajón y cogió uno de los condones que se puso rápidamente para volver a sujetarme las manos. La primera embestida fue dura, pero estaba tan lubricada que sólo sentí placer y deseo. Siguió penetrándome con dureza, gruñendo en cada acometida, sin quitarse la ropa y sin dejarme mover las manos, que seguía sujetando con fuerza.

—Córrete, Ana. Me muero cuando te deshaces...

Sus palabras dieron el pistoletazo de salida a un orgasmo demoledor que me rasgó la garganta. Contraje el sexo en un acto reflejo atrapando su polla dentro de mí, lo que acicateó sus ganas provocando que se corriera abundantemente. Cayó sobre mi pecho con los ojos cerrados intentando recuperar el resuello.

—Quiero hacértelo de todas las maneras, ver cómo mueres de placer y vuelves a resucitar con cada beso... Quiero recuperar el tiempo perdido contigo.

—Tampoco tardamos tanto en hacerlo...—le dije acariciando los mechones de su pelo que caían desordenados sobre su rostro.

—Pero he tardado muchos años en encontrarte.

DÍAS DE PASIONES, NOCHE DE CONFESIONES

Al día siguiente, bajamos a desayunar a una terraza porque mi nevera estaba más vacía que mi cabeza un día de resaca. Cuando terminamos de tomarnos el café a sorbos interrumpidos por nuestros besos, Lucas se fue a su casa para poner cientos de lavadoras, así que no me quedó más remedio que hacer lo mismo. Deshice la maleta, puse una lavadora y escribí un mensaje a las chicas para quedar esa misma noche. Pensé que Celia no podría venir porque estaría de viaje con Pablo, pero me sorprendió contestando la primera para apuntarse al plan. «Tengo mucho que contaros», dijo. El resto fueron contestando en goteo y conseguí reservar para cenar en el *Pink Monkey*, un restaurante asiático con toques peruanos, mexicanos y mediterráneos del que me habían hablado maravillas. Me moría de ganas de probar el ceviche de corvina con jalapeños y pomelo...

Llegué a las nueve y media en punto demostrando que cuando quería podía ser puntual y allí estaban todas las chicas menos Mónica. No pude evitar fijarme que Roberto y Manu tenían las manos entrelazadas y se miraban a los ojos con esa expresión de tontos enamorados que tenemos todos cuando empezamos algo con alguien. Entramos en el bar y pedimos una botella de vino para ir haciendo tiempo.

—Que morena estás, hija de perra—me dijo Lara, todo simpatía.

—Normal, he estado diez días en la playa sin hacer otra cosa que tomar el sol—contesté sonriendo.

—Vaya, ¿sólo has tomado el sol?—preguntó Macarena entrecerrando los ojos.

—¡No queráis sonsacarme antes de que llegue Mónica que no voy a contar las cosas dos veces!

En ese momento entraba Mónica por la puerta buscándonos con la mirada. Tenía unas bolsas moradas bajo los ojos y, aunque estaba arreglada para la ocasión, su rostro decía mucho de lo mal que lo había pasado esos últimos días. Aunque nosotras todavía no sabíamos nada de todo eso...

—Hola, chicas. Siento llegar tarde pero he tenido un día ajetreado—se disculpó.

—¿Estás bien?—pregunté poniendo una mano sobre la suya.

—Sí, sí, perfectamente, ¿por qué?—No es que fuese la persona más cuerda que conocía, pero cuando Mónica estaba nerviosa abría mucho los ojos al hablar y su

expresión mutaba a la de Angelina Jolie en *Inocencia Interrumpida*.

—Ya está bien, Mon, cuéntanoslo—le dije muy seria.

Mónica suspiró y apoyó la cara entre sus dos manos. Cuando las apartó tenía los ojos brillantes pero no derramó ni una lágrima.

—Vengo de la comisaría de denunciar a Alex.

—¿Cómo?—preguntamos todas al unísono.

—Hace un poco menos de dos semanas apareció en mi casa cuando iba a salir a tomar algo con mis compañeros de curro. Le abrí la puerta pensando que sería uno de ellos, si hubiese sabido que era él no le dejaba entrar en mi casa ni de coña. Me acusó de querer salir a zorrear, me rompió una cámara de fotos contra el suelo y le eché de casa.

—¡Dios, ese tío está como una chota!—exclamó Roberto—¿Y dices que le has puesto la denuncia hoy? ¿Por qué has esperado tanto?

—En realidad no se la he puesto por eso. Bueno, no sólo por eso—remarcó cogiendo su copa de vino y dando un largo trago—. Desde ese día ha aparecido en todos y cada uno de los lugares donde yo estaba como por casualidad. Cuando salía a fumarme un cigarro a la puerta de algún bar allí estaba. Salía del gimnasio y me lo encontraba. Me iba a dar un paseo y le veía mirándome desde la acera de enfrente. Y hoy me estaba esperando en la puerta del trabajo a las ocho de la mañana y ya... no he podido más. He subido a la oficina hecha un flan y tenía una reunión de evaluación con mi jefa a primera hora. Cuando me ha visto descompuesta me ha preguntado qué me pasaba y yo... se lo he contado todo como en una vomitona. Es muy buena tía, se ha asustado mucho por mí y casi me ha obligado a denunciar.

—Has hecho bien, Mónica, lo que está haciendo Alex se llama acoso y da mucho miedo—le dije—. Pero podrías haberme llamado, he estado todo el día en casa y te hubiera acompañado a comisaría.

Recordé cuando viví una situación similar con Nacho. Yo alargué esa situación durante tres años pero Mónica se había dado cuenta antes, menos mal. Y además, había denunciado, cosa que yo no hice. Me alegraba que no repitiese mis errores pero yo me sentí muy sola en esos momentos y no quería que una de mis mejores amigas se sintiese igual.

—Ya lo sé, Ana, y juro que he pensado en llamarte mil veces durante el día pero no quería arrastrarte hasta la comisaría y que tuvieras que revivir ciertas cosas que ya tienes enterradas.

—Precisamente por eso, boba. Nadie mejor que yo para entender por lo que estás pasando. Pero bueno, eso no importa, lo único importante es que no te sientas sola en ningún momento, sabes que puedes contar con nosotras, ¿verdad?

—Claro que sí. Muchas gracias, estaba deseando veros a todas, os necesitaba— esta vez sí que rodó una lágrima por su mejilla, pero ella se la limpió rápidamente a manotazos y compuso una sonrisa amplia—. Bueno, venga, contadme algo más alegre que esto parece un funeral. ¿Cómo lo has pasado con el meapilas de tu novio?.

—No es ningún meapilas, te lo puedo asegurar—dije crípticamente.

—¿Entonces sí que es tu novio?—preguntó Celia alzando las cejas.

—No lo sé, no hemos hablado de eso... Tiene una casa muy bonita en un pueblecito de Cabo de Gata con un pequeño patio donde desayunábamos todas las mañanas. Me ha enseñado todas las calas escondidas del lugar y hasta dormimos una noche en una de ellas.

—Que sí, que sí, pero ¿le has robado la flor, o no?—preguntó Macarena.

—No tenía flor, imbécil—me quejé—. Pero sí, por fin hemos echado un polvo. Y quien dice un polvo dice muchos, porque una vez empezamos no hemos parado en todas las vacaciones.

—Ya decía yo que esa buena cara no era sólo por el sol, cabrona—dijo Lara entre risas—¿Y cómo fue?

—Fue la noche que dormimos en la playa. Me llevó hasta la cala de San Pedro y allí, con el sonido de los timbales y las guitarras que estaban tocando un grupo de hippies, por fin se lanzó.

—Y qué, ¿qué número calza?—preguntó Mónica visiblemente más animada.

—Cerde, no pienso contestar a eso. Al principio estaba muy nervioso, no paraba de decirme que no sabía si iba a saber... ¡pero vaya si supo! Y...

—Y...—dijeron todas a la vez.

—Me dijo que quería recuperar el tiempo perdido conmigo porque había tardado muchos años en encontrarme. Eso vale como un “te quiero”, ¿no?

—Más. Eso vale más—dijo Celia dando palmaditas con las manos pegadas al pecho.

—No sé, chicas, estoy muy ilusionada. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía así, y sabéis que no lo estaba buscando. Después de lo de Nacho no me apetecía nada meterme en una relación y más en una que ya a priori empezaba con dificultades pero... me da igual. Estoy muy a gusto con él y eso es lo único que me

importa. Que pase lo que tenga que pasar.

—¡Di que sí, Rubia!—dijo Roberto—. Me alegro mucho por ti, ese chico parece muy majo.

—Y ya estás tardando en presentárnoslo—me reprochó Libertad.

—Lo sé, uno de estos días quedamos para tomar unas cervezas y os lo presento—les dije sonriente—. Pero bueno, ya está bien de hablar de mí, aquí creo que hay dos personas que tienen algo que contarnos...—dije mirando a Roberto y a Manu, que se sonrojó y bajó la mirada hasta su plato.

Ese fue el momento que aprovechó el camarero para venir a preguntarnos qué queríamos y cuando apuntó la comanda volví a mirarlos interrogante.

—¿Qué queréis que os contemos?—preguntó Roberto con una sonrisa que no le cabía en la cara.

—Pues puedes empezar con por qué tienes esa cara de tonto y seguir con por qué no has soltado la mano de Manu en todo el rato que llevamos aquí.

—No es lo mismo contar una historia cuando falta la otra parte implicada que contarla estando los dos juntos, da más corte... así que dejad de preguntar—Roberto apoyó su mano en la mejilla de Manu y la acercó a sus labios para darle un beso corto y dulce—¿Sirve como explicación?.

Todas aplaudimos y hasta se nos unieron desde un par de mesas. Ellos dos iban a explotar de la vergüenza pero finalmente se rieron y volvieron a besarse.

—Bueno, venga, dejadnos en paz, Celia cuéntanos eso que tenías que contarnos—dijo Roberto para desviar la atención.

Celia vació su copa garganta abajo, la dejó encima de la mesa y cogió un colín de pan que mordisqueó como una ardilla.

—Pues nada, chicas, que lo he dejado con Pablo.

Silencio en la sala. Ni siquiera parpadeábamos. No es que no nos lo esperásemos pero no por eso nos resultaba menos sorprendente. Ya sabemos que en el momento álgido del cabreo se dicen muchas cosas, pero de ahí a cumplirlo de verdad...

—¿Qué pasó? —decidí ser prudente y no dar por sentado que había sido ella quien lo había dejado y menos mal...

—Ni siquiera me dijo la hora a la que llegaba a Madrid, según él “para que no me molestase en ir a buscarle”. Le noté raro nada más entrar en casa, esas cosas se notan. Cuando le pregunté qué le pasaba se echó a llorar y me dijo que no quería seguir con lo nuestro. ¡Se echó a llorar! ¡Ni siquiera me dejó ser la víctima de la

historia! Me pasé la noche consolándole como una gilipollas. Al final me comí la fianza que había dado en un hotel de Huelva y me fui a mi casa a pasar estos días con mis padres y mi hermana, que por lo menos allí, me consolaban a mí.

—Pero ¿qué razones te dio para dejarlo? —preguntó Libertad.

—Que estaba muy agobiado porque cada vez tenía más obligaciones en su trabajo y no podía volverse loco intentando mantener algo con una persona aquí porque no podía dedicar tantos esfuerzos a sacar todo adelante, el trabajo y nuestra relación. Vamos, que si tenía que renunciar a algo, renunciaba a mí.

—¡Menudo capullo! —exclamó Manu—. Estás mejor sin él, nena. Así no tienes que estar esperando por ningún imbécil.

—Objetivamente sé que es mejor pero... yo le quiero.

Eso era un problema. Por muy claro que tengas que una relación te hace daño, si le sigues queriendo no te valen las razones objetivas. Celia iba a sufrir, estaba claro, pero ahí estaríamos nosotras para apoyarle y así se lo dijimos.

—Ya lo sé, en realidad estaba deseando que volvierais de vacaciones para estar todas juntas, aunque suene muy egoísta. Pero tenía ganas de empezar una nueva rutina en la que Pablo no exista.

—¿Y tú cómo estás? —pregunté. Lo estaba contando de manera muy fría pero me constaba que Celia era de todo menos poco emocional.

—Ahora estoy mejor. Lo he pasado muy mal, ha habido días en los que si me he duchado ha sido porque mi hermana me ha amenazado con meterme en la bañera vestida. Pero el momento compadecerse de mi misma ya se ha pasado, ahora toca reconstruirse y vivir.

—¡Bien dicho! —le dijo Lara.

—Bueno, y no sabéis lo mejor...

—¿Ah, que todavía hay más?

—Me ha llamado John.

—¿John Smith? ¿El de las zapatillas? —preguntó Roberto.

—¡No le llames así! Sí, ese John. Viene a Madrid dentro de unos días para quedarse, le han contratado en la empresa donde hizo la entrevista y no se atreve a buscar piso aquí sin conocer nada, no quiere acabar en un cuchitril en un barrio de mala muerte. Y me ha pedido el favor de quedarse en mi casa hasta que encuentre un piso en condiciones.

—¿Y ese chico no sabía lo que había hecho Pablo?

—Pues si lo sabía a mí no me lo ha dicho. Hombre, lo más normal es que no tuviese mucha idea porque Pablo todavía no ha vuelto a Nueva York, volvía el domingo que viene. Como ya nos conocemos, se habrá saltado el protocolo de llamar a Pablo para pedirle que hable conmigo y me habrá llamado directamente.

—¿Y tú qué le has dicho? —preguntó Macarena.

—Pues que sí, ¿no le ves la cara de calentorra? —dijo Mónica

—¡Yo no tengo cara de calentorra! —se quejó Celia.

—Ese tío estaba bueno, te cayó bien y ahora que estás soltera se va a quedar en tu casa unos días... ¡Fóllatelo! Lo del clavo que saca otro clavo está más que comprobado. No digo que lo vayas a superar así, pero el duelo se hace mucho más llevadero.

—No creo que esté por la labor, recuerda que era amigo de Pablo.

—¿Y eso significa que tú sí lo estás? —preguntó Macarena alzando las cejas repetidamente.

—¡Yo no he dicho eso! ¡No me lieis!

—Si lo primero que te ha venido a la mente es que él no iba a querer y no que la que no iba a querer ibas a ser tú, es que no te importaría probar la comida yanqui, bonita—dijo Lara con sus aires de institutriz inglesa.

Celia puso los ojos en blanco pero Lara no pudo verla porque la tapó el camarero que llegó con nuestros platos. Nos ocupamos entonces de servirnos la comida que tenía una pinta increíble. Habíamos pedido ceviche de corvina, ensalada thai, tiradito de lubina y dumpling de carabineros, y durante unos minutos nadie habló salvo las típicas exclamaciones para alabar la comida. No habíamos parado de pedir vino y yo ya estaba ligeramente achispada. Me encantaban esas cenas eternas con amigas en las que cada una confesaba sus preocupaciones y, aunque el contarlos no solucionase el problema, al menos nos sentíamos comprendidas y apoyadas. Si estábamos juntas, nunca nos encontraríamos solas. Siempre, al salir del restaurante de turno, nos sentíamos más livianas, como si hubiésemos perdido varios kilos en lugar de ganarlos con la comida y el vino.

—Bueno chicas, yo también tenía que contaros algo—dijo Libertad levantando la cabeza y dejando los cubiertos en la mesa.

Todas nos quedamos paralizadas en mitad del movimiento que estuviésemos haciendo. Yo me quedé con un bocado de ceviche a medio tragar y ni subía ni bajaba. Miré hacia su copa de vino y estaba llena, hice un repaso mental y no tenía ni una sola imagen de Libertad rellenando su copa y normalmente era una

esponja. Eso significaba que...

—¡Ay, nena!—exclamé con los ojos llenos de lágrimas cuando conseguí tragar el bocado que se había quedado atascado

Libertad sonrió y asintió levemente con la cabeza. A continuación, un coro de gritos inundó el local y todas nos levantamos a abrazarla. Todas menos Macarena.

—¿Se puede saber qué pasa? ¿Qué me he perdido?—preguntó.

Todas la miramos sorprendidas mientras rodeábamos a Libertad con nuestros brazos.

—Pero cómo puedes ser tan lerda—dijo Lara.

—¡Oye, a mí no me llames lerda!

—Vamos a ver, Maca preciosa... ¿Qué es lo que llevaba buscando Libertad un tiempcito?—le preguntó Mónica.

Macarena entornó los ojos mordiéndose la lengua como un niño que intenta resolver un problema de matemáticas especialmente difícil. De repente, abrió la boca desmesuradamente, saltó de la silla y se puso a gritar como una histérica. Bien, ya estábamos todas.

—¿Cuándo te has enterado?—preguntó Celia.

—Estábamos en Coimbra. Acabábamos de llegar de Lisboa y yo llevaba desde que salimos de Madrid agotada, lo único que quería hacer era comer y dormir. Bueno y mear, que no veas la de veces que meo por minuto. David no quería que me hiciese la prueba porque pensaba que me iba a deprimir si salía negativo pero yo lo tenía tan claro... No ha sido como las otras veces que me he hecho el test, esta vez lo sabía, sabía que estaba embarazada. Así que nada, me he pasado todo el viaje viendo cómo David se tomaba las botellas de vino enteras mientras yo me tomaba una Coca Cola sin cafeína pero me ha dado igual. Voy a tener un hijo, chicas... ¡vais a ser tías!

Siempre había sabido que este momento iba a llegar. Estaba muy feliz y no sólo por ella, que lo deseaba más que nada en el mundo, sino también por mí, que tenía unas ganas horribles de ser tía otra vez. Pero tenía un sentimiento agri dulce, como cuando un compañero de trabajo al que adoras se va porque ha encontrado otro mejor. Te alegras por él, sí pero por otro lado, por ese lado egoísta que todos llevamos dentro, te encantaría que nunca se fuese de tu lado, aunque eso supusiera un perjuicio para él. Pues en esas me encontraba yo. Las cosas iban a cambiar, irremediablemente. Se acabó eso de quedar todas juntas cualquier día de la

semana y emborracharnos hasta las mil hablando de cosas absurdas. Libertad ya no sólo sería mujer, sería mujer y madre, su prioridad ya no sería ella misma, sería su hijo... Nos hacíamos mayores y al pequeño Peter Pan que habitaba en mi estómago le dio la pataleta.

—¿Qué te pasa, mi niña?—me preguntó Libertad sonriendo. Ella ya sabía en lo que estaba pensando, me conocía más que nadie.

—Pues que me alegro muchísimo, vas a ser la mejor mamá del mundo...

—Pero...—continuó poniendo su mano sobre la mía.

—Pero nos estamos haciendo mayores y me da una pena horrible—dije tapándome la cara con las manos porque, para mi bochorno, las lágrimas empezaban a caer por mis mejillas.

—Pero cómo se puede ser tan tonta, por Dios—dijo, evidentemente, Lara—. Pues claro que nos hacemos mayores, y claro que van a cambiar cosas, pero es que esos cambios nos llegarán a todas más tarde o más temprano, no nos vamos a quedar siempre en los felices 16.

—Eres más suave que la lija del ocho, corazón—le contesté molesta—. Todo eso ya lo sé, y ya sé que aunque nos veamos menos, nos vamos a querer igual y todo lo que tú quieras. Es sólo que me doy cuenta de que tenemos una edad en la que lo normal es ser adulta y yo me veo todavía en pañales...

—Lo normal es con lo que tú te encuentres feliz, pequeña. Cada uno escogemos un camino, el mío ha sido casarme y tener hijos, el tuyo puede ser otro y eso no significa nada—dijo, evidentemente, Libertad.

—Si ya sé que tienes razón, es el vino, que me hace decir tonterías. Además este niño va a tener un montón de tías que le van a mimar muchísimo y un padre que se va a quedar con él de mil amores cuando su mamá quiera emborracharse con las perras de las tías.

—Y que lo digas, no sabes lo que echo de menos las copitas de vino y las cervezas frías... Por cierto, voy a pedirme algo para beber que con esto de disimular no he probado el vino y tengo la garganta seca.

Pidió un refresco al camarero y empezamos a hablar de qué prefería, niño o niña, si quería o no quería la epidural, carrito o porteo, ropa rosa o azul... en fin, ese tipo de conversaciones que todo el mundo tiene cuando va a tener un hijo. Para cuando quise darme cuenta, Lara llevaba más de media hora sin abrir la boca y escribiendo furiosamente en su móvil. Le di un codazo.

—¿Pasa algo?—le susurré para no interrumpir a las demás.

—¿Eh? No, no, estoy hablando con Fer—contestó distraída.

—Querrás decir que estás discutiendo con Fer, que como sigas aporreando el teléfono de esa manera le haces un agujero.

Dejó el móvil sobre la mesa e intentó sonreír.

—Lo siento, no debería estar con el dichoso móvil en un momento así.

—No te lo he dicho por eso, Lara. A ti te pasa algo, pero si no me lo quieres contar no pasa nada.

—¡Pues claro que pasa! Aquí estamos todas confesando y tú no vas a ser menos, mona—dijo Macarena desde la otra punta de la mesa haciendo que todos los ojos se clavasen en Lara.

—Pues yo no he visto que tú confesases nada—replicó.

—Cada cosa a su tiempo. Dispara.

—Para ser la empanada del grupo te enteras de lo que quieres...—masculló Lara entre dientes—Nada, es sólo que he tenido una pequeña discusión con Fer, pero nada grave.

—Ya, nada grave—dijo Celia—. Cariño, si no nos lo quieres contar a mí me parece bien, pero no sé a quién te crees que engañas... nosotras te conocemos.

Lara suspiró y se dio por vencida, se le notó en la forma en la que relajaba los hombros.

—Durante las vacaciones pillé a Fer hablando por teléfono con su ex... y no es que me importe que siga manteniendo una relación con ella, es que me ha contado cientos de veces que esa chica no está bien de la cabeza, que siempre que se entera de que ha conocido a alguien se ha metido en medio y él, que a veces piensa con la cabeza equivocada, se la ha terminado tirando.

—¿Pero va a quedar con ella?—preguntó Manu.

—Sí, por lo visto van a quedar mañana, es lo que me estaba contando hace un rato. Le ha llamado diciéndole que tienen que hablar, que necesita pasar página, que es muy desgraciada y no sé cuántas gilipolleces más y este que no es más tonto porque no se entrena le ha dicho que sí.

—Bueno, preciosa, ya está no te hagas mala sangre. Confías en él, ¿no? Pues ya está, ella puede intentar lo que quiera que si él quiere estar contigo no tiene por qué pasar nada—le dije para darle ánimos, aunque la verdad es que a mí tampoco me haría demasiada gracia.

—Ya, eso es lo que me llevo diciendo a mí misma desde que escuché la

conversación. Pero no puedo evitar sentirme acojonada... y un poquito cabreada también. Si sabe que ella va a intentar liarse con él, ¿por qué queda con ella?

—Bueno, imagino que él no creerá eso—le dijo Libertad.

—Pues si no cree eso es que es gilipollas. Lo ha intentado todas las veces y lo peor es que lo ha conseguido. No sé por qué esta va a ser diferente. A esa tía le importa poco que esté conmigo, sólo quiere lo que quiere.

—¿Y qué crees que quiere?—pregunté.

—¡Volver con él! Quiere agarrarlo por la polla y no soltarlo nunca más. A este se le olvida que es una enajenada durante un par de días y cuando vuelve a sacar su verdadera cara sale corriendo como gato escaldado. Ya ha pasado otras veces.

—Que sí, Lara, pero tú también has hecho otras cosas otras veces y eso no significa que lo vayas a hacer con él, ¿no?—Lara siempre le había sido infiel a todas las parejas que había tenido, más tarde o más temprano. Ella no era mala, de hecho nada más hacerlo se sentía fatal y lo dejaba con su pareja, pero desde que empezó con Fer nos juró que esta vez era diferente y que no sentía la tentación de meterse entre otras sábanas.

—Pues eso me pasa, chicas que sé cómo son estas cosas... Yo no siento esa tentación pero, ¿quién me asegura a mí que no la vaya a sentir él?

—No te lo puede asegurar nadie. Sólo puedes confiar en él e intentar llevar una relación madura en la que no quepan los celos—le dije. Y lo sentía de verdad. Los celos pueden no sólo destruir una pareja, sino destruirte a ti misma como persona. Te sientes inseguro y puedes convertirte en la peor versión de ti mismo.

—Pero si todo eso ya lo sé, pero tengo una pataleta. Esto va así, yo me desahogo, vosotras me decís que soy imbécil y seguimos vaciando botellas de vino como si no hubiera mañana.

Levantamos las copas y brindamos para zanjar el tema que ponía visiblemente nerviosa a Lara. No íbamos a arreglar nada dándole vueltas a algo que ella ya tenía más que pensado.

—Pues yo estoy hasta las pelotas de Miguel Ángel—soltó Macarena mientras el resto estábamos bebiendo después de brindar.

—¿Perdón?—logró decir Roberto cuando tragó—. Pero si la semana pasada era el hombre más maravilloso de este mundo y tú estabas cagando purpurina, ¿se puede saber qué bicho te ha picado ahora?

—Yo no cago purpurina, cerdo. Ay, yo qué sé, chicas... empecé con él porque me sentía sola, creía que era la única del grupo que no tenía historia propia y me

agarré a lo primero que encontré.

—Pues para ser lo primero que encontraste tiene mucho músculo para agarrar, bonita—le dijo Lara.

—Pues eso es lo que pasa, que en el gimnasio no se ejercita el cerebro, me parece a mí. Ay, chicas, es que es muy aburrido siempre hace y dice lo mismo. Siempre viste igual, come igual, piensa igual... Estoy de sus tonterías de comer arroz, pollo, pasta y esas mierdas para luego ir a machacarse al gimnasio... por no hablar de su falta de conversación. Os juro que sólo se ha leído un libro en su vida, ¡uno! ¡Y no para de mentarlo! Desde que le dije que me gustaba leer, yo creo que piensa que tiene que impresionarme y no para de mencionarme lo que dice George Orwell en *1984*. Por Dios, mira que me gusta ese libro, pero le estoy cogiendo manía.

—¿Te menciona pasajes del libro?—pregunté intentando contener una carcajada.

—¡Constantemente!—contestó exasperada—. “Como decía George Orwell en *1984...*”, “Ya lo decía bien claro George Orwell...”, “Esto es igual que lo que pasa en *1984...*” ¡Por Dios Santo, léete otro puto libro y deja de martirizarme!

De tanto aguantar la risa empecé a toser y a reírme a partes iguales y eso dio el pistoletazo de salida para que el resto estallase en carcajadas.

—Reíros de mi desgracia, perras.

—Ay, lo siento cariño, es que tiene mucha gracia—le dijo Mónica mientras intentaba parar de reír—Déjalo con él o regálale *Rebelión en la granja*, así por lo menos te habla de otras cosas.

—Ni de coña, no pienso regalarle otro libro de Orwell, que yo creo que se pajea con la portada.

—Hay que joderse que cerda eres, Maca...—le reprendió Celia.

—A lo mejor te crees que el del nombre de ropa de deporte no se pajea. Todos bonita, ¡todos! Bueno, y todas, ¿o es que tú no te tocas?

Así era Macarena, capaz de pasar de su trauma más horrible a una conversación sobre onanismo sin ni siquiera despeinarse. Pero parecía que era la única a la que le importaba el cambio de tema, porque el resto se había entregado con pasión al debate «Los dildos, ¿cuánto más grandes mejor?»

—Tú tenías uno enorme, ¿no Ana?—me preguntó Mónica.

—Uy sí, el mío es enorme y tiene más velocidades que un coche de carreras. La punta se mueve como haciendo círculos y tiene una zona para la estimulación del clítoris. Vamos, que viene con todos los accesorios, pero personalmente no me

gusta demasiado. Duele. Y si te equivocas de velocidad y le pones la más alta te castañean hasta los dientes—Bueno, pues parece que a mí tampoco me importaba demasiado el cambio de conversación.

La cena se alargó un poco pero a la una de la mañana decidimos que ya era hora de ir a casa. Bueno, yo no lo decidí, pero había algunas que trabajaban al día siguiente y no querían ir con ojeras de mapache.

Roberto iba a dormir a casa de Manu, así que me fui andando sola hacia casa. Saqué el móvil que no había mirado durante toda la cena y sonreí al ver que tenía un mensaje de Lucas de hacía más de una hora.

«Espero que lo estés pasando muy bien con tus amigas. Yo ya estoy en la cama y te echo de menos a mi lado... y encima... y debajo. ¿Nos vemos mañana? Dime que sí.»

«Lo he pasado genial y hay muchas novedades, ya te contaré. Además, me han reñido por no haberte presentado en sociedad... Pero todavía no, mañana te quiero sólo para mí.»

Metí el móvil en el bolso otra vez y volví a casa sonriendo como una tonta.

LOS NIÑOS Y LOS EXNOVIOS VIENEN DE PARÍS

Cuando estás de vacaciones, parece que entras en un bucle espacio temporal. Por un lado, puede parecer que tienes todo el tiempo del mundo y haces mil planes para no estar ni un segundo parado. Por otro, te parece que tienes demasiado tiempo en blanco sin hacer nada y no estás aprovechando el día lo suficientemente bien... y para cuando te quieres dar cuenta, ya es de noche y te has pasado el día planeando cómo lo vas a pasar pero sin vivirlo realmente. De eso me di cuenta hace mucho tiempo, por eso no intento llenar mis días de planes superfluos y me dedico a hacer lo que realmente me apetece sin presiones. Si un día no tengo nada que hacer... mejor.

Así que me levanté cuando el cuerpo decidió que ya había dormido suficiente y bajé a desayunar a un bar que me gusta especialmente. Tiene estanterías con libros que puedes ojear a tu antojo y está decorado con muebles viejos que no tienen nada que ver entre sí. Poco a poco estoy cogiendo confianza con la dueña y sé que terminará vendiéndome la máquina de escribir antigua que tiene cerca de la gran ventana que da a la calle. Ese día decidí sentarme en la terraza, pedí un café, un zumo y una tostada con tomate y aguacate y me dispuse a pasar una mañana de tranquilidad desayunando, leyendo y encadenando un cigarro detrás de otro hasta que llegase la hora de comer.

Para continuar con mi día hedonista, pedí sushi en mi restaurante preferido de Lavapiés y fui a casa a comérmelo mientras me hacía efecto una mascarilla en el pelo que después de varios días en la playa parecía un nido de cigüeñas. Y después de otra mascarilla para la cara, una ducha y vestirme con un vestidito camisero blanco y unas sandalias de plataforma negras, ya estaba lista para salir a tomar algo con Lucas. Nos encontramos en la plaza de Lavapiés y nada más verme rodeó mi cintura con sus manos y acarició mi cuello con su nariz aspirando mi olor.

—Estás preciosa, como siempre—me dijo antes de atrapar mis labios entre los suyos e introducir su lengua en mi boca para enredarla con la mía.

Me aparté un poco para mirarle. Llevaba unos vaqueros cortos a la altura de la rodilla y una camiseta de manga corta a rayas de diferentes azules que le marcaba el pecho de manera deliciosa.

—Tú sí que estás guapo—le contesté con una sonrisa—. ¿Qué hacemos?

—¿Qué te parece si vamos dando un paseo hacia el Templo de Debod y nos compramos un helado por el camino en una heladería italiana?

—Creo que es la mejor idea que has tenido nunca...

Entrelazó su mano con la mía y empezamos a andar buscando la sombra como los gatos.

—¿Cómo fue la noche de chicas?—preguntó mientras acariciaba mi mano con el pulgar.

—Genial, como siempre... todas teníamos alguna pulga que confesar.

—¿Tú también?

—¿Tú qué crees?

—Crear no creo mucho, pero esperar, espero que me dejases en buen lugar—confesó antes de reírse de su propia ocurrencia.

—No te preocupes que tampoco entré en detalles... al menos no demasiados. Sólo les conté cómo nos habían ido las vacaciones...

—Y les contaste que por fin se me había pasado la etapa de castidad que te tenía tan frustrada, ¿no?

—Oye, que no estaba tan frustrada... sólo te tenía ganas.

Lucas se paró en mitad de la calle, pasó un brazo por detrás de mi espalda y me arqueó para darme un beso de lo más teatral.

—Y yo a ti—dijo con su boca a escasos milímetros de la mía.

—Bueno, ¿y qué se contaban tus amigas? Tengo ganas de conocerlas—preguntó mientras reanudábamos el paso.

—Pues de todo... Celia lo ha dejado con su novio, Mónica le ha puesto una denuncia a su último ligue porque no dejaba de acosarla, Macarena está fatal con su chico, a Roberto y Manu les salen corazoncitos por los ojos cada vez que se miran, Lara ha discutido con el suyo por quedar con su ex y Libertad está embarazada.

Lucas me miró de reojo sin dejar de andar.

—Menudo resumen me acabas de hacer. Por partes, ¿Mónica ha denunciado a su ex? ¿Pero qué os pasa a vosotras con los hombres? ¿Tenéis un imán para los más capullos?

—Pues eso debe ser... ha vivido una situación bastante similar a la que viví yo pero ella no lo ha alargado tanto, es más lista.

—O al conocer otras experiencias cercanas le ha sido más fácil, ¿no?

—Pues también es verdad, no lo había pensado—sonreí—. Bueno, ¿y qué me dices de que vaya a ser tía otra vez?

—Pues me alegro muchísimo, Libertad es la más sensata del grupo, ¿no?

—Efectivamente, es nuestra mamá y como tal, la única que asume que la vida pasa y las etapas se van quemando.

—Bueno, cada una va quemando etapas a su ritmo, no quieras correr.

—Estás tú muy de libro de autoayuda hoy, ¿no?

Se echó a reír y tiró de mí hacia la heladería. Yo pedí una tarrina de dos bolas, una de helado de yogurt con frambuesas y otra de dulce de leche y él lo mismo, pero una bola de stracciatella y otra de vainilla y nueces de macadamia. Durante un rato no hablamos y nos dedicamos a saborear nuestros helados. Y menos mal, porque cuando como helado la lengua se me queda congelada, pierde movilidad y hablo como si estuviese borracha.

Llegamos al Templo de Debod y nos tumbamos en el césped a la sombra a besarnos como adolescentes hiperhormonados.

—Para, que hay niños—le dije cuando su mano ya se colaba por debajo de mi vestido para sobarme una nalga.

—Estos niños saben ya latín—dijo mirando de reojo a un grupo de quinceañeros que no nos quitaban ojo desde uno de los bancos—. A lo mejor podrían hasta enseñarnos a nosotros.

—¡Habla por ti, que yo ya estoy muy aprendida!—le dije entre risas.

—Yo también lo estoy, ¿tengo que recordarte que ya he probado la carne y el pescado?

Mientras nos reíamos sonó su teléfono, lo sacó del bolsillo y se lo quedó mirando con semblante serio.

—Perdona, preciosa. Tengo que contestar—me dijo antes de levantarse.

Mientras él hablaba apoyado en la barandilla, yo seguía tumbada a la sombra examinando mi manicura con las uñas pintadas de rojo. Al cabo de unos minutos se sentó a mi lado pasándose la mano por el pelo nerviosamente.

—Ana, me tengo que ir—me dijo.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? ¿Va todo bien?—pregunté algo asustada por su expresión.

—Sí, sí, va todo bien es sólo que... Javi está en la puerta de mi casa.

Mi memoria viajó hacia una conversación en la que había mencionado ese nombre como su exnovio, el que le dejó plantado para ir a trabajar a París. El mismo que aparecía por su casa de vez en cuando. Como no contestaba siguió hablando.

—Ha venido sin avisar, me ha dicho que le habían puesto una reunión de última hora en Madrid mañana sábado y se le olvidó llamarme antes de coger el avión y cuando ha llegado, pensó en darme una sorpresa. Lo siento, te prometo que no se quedará mucho. Yo te lo presentaría pero es que...

—No te preocupes, creo que yo soy la primera que todavía no quiero conocerle, no me sentiría lo que se dice cómoda.

—Ya. Ni él. Ni yo. Vamos, que sería un cuadro—cogió mi cara entre sus manos—
—. ¿Lo comprendes, verdad? Preferiría mil veces estar contigo antes que tener que hacer esto.

—Sí, sí, lo comprendo es sólo que... yo que sé. Que no pasa nada, venga, vámonos.

El camino de vuelta lo hicimos casi en silencio y el nudo de mi estómago crecía y crecía hasta llegar casi hasta mi boca. Pero no pasaba nada, los celos son sentimientos absurdos a los que no hay que hacer ningún caso y más si son infundados como lo eran en este caso... ¿verdad?

PENSAR ESTÁ SOBREVALORADO

Había dormido fatal y me desperté con unas ojeras que parecía recién salida de Las Barranquillas. Tenía todo un día por delante para no hacer nada salvo comerme la cabeza. El tiempo libre que el día anterior se me había antojado como algo maravilloso me pesaba en ese momento como una losa, así que decidí que había llegado el momento de reconciliarme con mi ama de casa interior. Me recogí el pelo con una cinta, me vestí con unos shorts y una camiseta de tirantes y puse la casa patas arriba limpiando hasta el último rincón. Pero acabé demasiado pronto. Así que me di una ducha y bajé a comprar, porque en mi nevera había hasta eco.

El supermercado de mi barrio era enorme, pero había siempre tanta gente que tenía que armarme de valor para entrar. Era como ir a la guerra, tenías que hacerte con hachas, ballestas y llevar un machete entre los dientes para que las viejas no se te colaran en la fila de la charcutería. Compré verdura, fruta, pescado y me permití algún que otro caprichito en forma de donut de chocolate. Cuando llegué a casa hice la comida para toda la semana y la distribuí en tupperes para llevar a la oficina, además de congelar lo sobrante para tener para otros días.

Entre unas cosas y otras, había conseguido rellenar mi día hasta media tarde y mi móvil seguía sin sonar. No sabía qué podía estar haciendo para no tener tiempo para mandarme ni un triste mensaje y si él no tenía tiempo, yo no sería quien le molestase. O eso es lo que pensaba en ese momento. Ahora sé que lo que sentía era un miedo atroz a que no me cogiera el teléfono, o peor, que me lo cogiera y me dijera que no quería volver a saber nada de mí. Era más fácil hacer como que no pasaba nada y ocuparme en otras cosas para no estar mirando el teléfono cada dos minutos.

Intenté distraerme leyendo un libro, pero cuando ya había leído la misma página cinco veces, lo dejé sobre la mesa y llamé por teléfono a Celia.

—Pensé que estarías todavía entre las sábanas de tu Zeus—me dijo a modo de saludo cuando descolgó el teléfono.

—He dormido en mi casa y sola. A estas horas la he limpiado entera, he recogido todo el armario, he ido a la compra y he hecho comida para el próximo lustro, por lo menos.

—Uy, uy, uy, uy, ¿y a mí por qué me suena todo esto a problemas *in the Paradise*?

—¿Problemas? No sé a qué tipo de problemas te refieres. Si te parece un problema que ayer se fuera corriendo porque su exnovio había aparecido por sorpresa en Madrid y se fuera a quedar en su casa a dormir...

—¿Qué ha venido su ex? —preguntó Celia y otra voz repitió la misma pregunta.

—¿Con quién estás? —quise saber.

—Estoy de compras con Lara. Yo necesitaba renovar mi vestuario y ella airearse un poco.

De repente se escucharon unos gritos de ardilla y un golpe y Lara se puso al teléfono.

—Pero vamos a ver, chiquilla. ¿Ha venido su ex a Madrid y él te dejó plantada?

—Bueno, tampoco hay que ser dramática, estaba en la puerta de su casa y no le iba a dejar en la calle, tampoco significa nada.

—Si yo no creo que signifique nada por parte de Lucas pero por la del otro... ese chico va a por todas.

—Muchas gracias, Lara. Me dejas mucho más tranquila—dije ofendida— Bueno, ¿qué hacéis las dos de compras y por qué no me habéis llamado?

—Hombre, pues llamarte no te hemos llamado porque pensábamos que estarías retozando con el maromo ese que todavía no nos has presentado. Celia me ha llamado para que le acompañase a comprar bragas transparentes para que el yanqui se ponga bizco cuando la vea y yo estaba deseando salir de casa para olvidarme de que tengo un novio gilipollas que se deja manipular por desequilibradas.

Volvió a escucharse un golpe y apareció Celia al otro lado de la línea.

—Oye, nena, ponte un vestidito mono y vente con nosotras a tomar algo, al menos nos olvidamos de que el género masculino es eminentemente gilipollas.

Hay veces que pensar está sobrevalorado, y mis niñas volvían a salvarme de hacerlo en exceso.

PARA DECIR ESO, MEJOR NO DIGAS NADA

Domingo y una resaca de órdago. El día anterior nos habíamos tomado unas cañas en una terraza y de ahí habíamos pasado a los mojitos. Y todo eso sin cenar. Lo único que metimos en el cuerpo fueron unos ganchitos rancios que nos pusieron en el primer bar. Y menos mal que se me fue la batería antes de las doce de la noche, porque después de la segunda copa tuve grandes tentaciones de mandar un mensaje a cierto personaje que seguía sin dar señales de vida. Con dolor de cabeza no se puede pensar, así que me tomé un ibuprofeno y fui a la cocina a prepararme un desayuno de los de cuchillo y tenedor para compensar el no haber cenado la noche anterior.

El móvil descansaba encima de la mesa del salón mirándome con inocencia pero sin dignarse a sonar con un mensaje de Lucas. Y ahora que ya no tenía alcohol en el cuerpo y que mis neuronas volvían a hacer la sinapsis de forma correcta gracias a la media barra de pan que me había comido con tomate y queso, decidí que podía ser yo quien diera señales de vida. Cogí el teléfono y escribí y escribí y escribí... y borré y borré y borre... hasta que por fin me quedó algo decente. Bueno, decente no era la palabra, pero al menos no era penoso.

«Hola, Lucas. No quiero molestarte pero como ayer no supe nada de ti sólo quería saber si iba todo bien, así que... ¿todo bien?»

Dejé el teléfono otra vez sobre la mesa y me levanté para servirme otro café. Lástima que no tuviera descafeinado. Cuando estaba terminando llamaron al timbre y me levanté extrañada a abrir la puerta.

—Soy yo, Mónica. Ábreme, por favor.

Abrí la puerta asustada y la esperé en el quicio con mi segunda taza de café entre las manos. La vi salir del ascensor con el bolso abierto colgando del antebrazo y un cigarro apagado entre sus labios pintados de rojo. Me dio un abrazo y entró en casa.

—Ponme un café de esos que huelen tan bien, por favor. He salido de casa sin desayunar y me hace falta.

Sin decir nada, le puse un café con leche y saqué unas galletas.

—¿Quieres comer otra cosa?

—No, gracias, las galletas están bien.

Nos quedamos en silencio mientras Mónica daba vueltas al café y mojaba unas cuantas galletas de forma compulsiva. Yo no pensaba abrir la boca si no lo hacía ella, pero mi paciencia empezaba a agotarse y al final estallé.

—No es que no quiera que estés aquí, pero tú has venido a confesar algo y de momento sólo estás acabando con mis reservas de galletas.

Mónica tragó lo que tenía en la boca y se limpió unas migas de la comisura de los labios que, no sé cómo, seguían impecablemente pintados. Tenía que preguntarle la marca de su labial.

—Alex no deja de escribirme. Su último mensaje dejaba claro que estaba en la puerta de mi casa y como yo había salido a comprar un par de cosas, me ha dado miedo volver.

Me cogí el puente de la nariz con dos dedos y suspiré hondamente.

—Joder, Mónica, tenemos que hacer algo. No puedes vivir asustada porque ese gilipollas no te deje en paz. ¿Quieres que vayamos a la comisaría a ampliar la denuncia?

—¿Y de qué va a servir? Yo pensaba que se asustaría con la primera denuncia, pero ahí sigue, y no da muestras de ir a cansarse en breve.

La miré preocupada mientras ella seguía mojando galletas en el café.

—A ese le hace falta un buen susto—dije apretando los labios.

—No seas macarra, Ana, no te pega nada. Ya se cansará. Venga, cuéntame qué tal con tu chico y devuélveme la fe en el género humano.

—Pues no has preguntado en el mejor momento—contesté mirando hacia el suelo. Dio un largo trago al café para bajar la pasta de galleta que tenía en la boca y dejó la taza sobre la mesa.

—¿Qué te ha hecho ese maldito hijo del mal?—preguntó buscando mi mirada que seguía clavada en el parqué.

Finalmente levanté la vista para contestar.

—No ha hecho nada, o al menos eso espero. Quedamos el viernes y él tuvo que irse antes porque su ex estaba en la puerta de su casa y desde entonces no ha vuelto a dar señales de vida.

—¿Nada? ¿Ni un mensaje?

—Ayer nada de nada y hoy le he escrito yo pero nada.

—A ver si se te ha estropeado el móvil.

—Claro, y me entran todas las llamadas y mensajes menos los suyos, que casualidad. Que no, que estará a lo suyo y pasa.

Mi móvil vibró avisando de que me esperaba un mensaje y ambas nos quedamos mirándolo.

—Venga cógelo—me animó Mónica.

—Míralo tú, que a mí me da la risa.

Cogió mi teléfono de encima de la mesa y lo desbloqueó con mano experta.

—Lo siento, es de Macarena—dijo mordiéndose el labio.

—¿Ves? ¿Qué dice?

—Lo manda al grupo. Dice: “Se acabó, chicas. Lo he dejado con esa masa de músculo con patas, sacadme a menear el culo a ver si el próximo sabe que la M con la A se dice MAAAAA”.

—Una con dos dedos de frente, aunque me inquieta que la cabal sea Macarena—dije sonriendo.

—Bueno, eso estaba cantado, no soportaba al muchacho ese.

Mi móvil volvió a vibrar e hice un gesto de desdén con la mano.

—Será alguna de estas contestando al mensaje de Maca.

Mónica lo cogió y, tras echar un ojo a los mensajes, me miró de reojo. Oh, oh...

—¿Quieres saberlo?

—¿Es muy malo?—pregunté tapándome la cara con un cojín.

—Es tan corto que no puede ser ni malo ni bueno, nena.

Tiré el cojín al suelo y le arrebaté el teléfono.

«Todo ok. Yo te llamo.»

—Este tío es gilipollas.

—Un poquito soplapollas sí que es, sí... Venga, Ana, ponte mona que nos vamos a atracar las tiendas.

Y no es que me apeteciese demasiado pero me vestí y ahugué mis penas en un frenesí consumista. Bueno, en realidad sólo me compré unas sandalias y una camiseta y porque estaban rebajadas... la terapia consumista de los pobres.

HAY ALGO QUE HUELE MUY MAL

El lunes era mi primer día de trabajo después de las vacaciones y no me levanté lo que se dice contenta. Si a mi desmotivación laboral habitual le sumamos la mala leche que tenía en el cuerpo después del mensajito del día anterior, el resultado era una Ana que echaba chispas. Después de tomarme un café y darme una ducha, me puse lo primero que vi en el armario, que fueron unos shorts y la camiseta y las sandalias que me había comprado el día anterior. Me puse un poco de rímel y salí a la calle con unas gafas de sol que me ocupaban media cara.

—¡Buenos días, belleza!—saludó Lara efusivamente—. Venga, ponte al día con los mails que nos vamos a comer una empanada que ha traído Manu de su pueblo, que desde que ha venido me rugen las tripas.

Y era cierto, se oían desde mi sitio. Me puse a ojear mi correo, que era un lupanar de mails sin leer, pero acabé pronto porque la mayoría o eran sobre temas ya pasados o no se dirigían específicamente a mí. Cuando terminé, avisamos a Roberto y nos fuimos a la cocina dejando a las moscas pardas con cara de setas por no haberse levantado ellas primero. Aunque bien pensado esa era su cara habitual.

—Que sandalias más bonitas—dijo Celia mientras me acercaba a la máquina de café a preparar el desayuno de todas.

—¡Gracias! Son nuevas, las compré ayer con Mónica, que apareció en mi casa por la mañana.

—¿Todo bien?—Preguntó Manu extrañada.

—Pues no, pero mejor que os lo cuente ella, que no quiero ir de maruja.

—Como pille a ese tío por la calle, se va a tragar sus propios dientes—dijo Roberto. La verdad es que no se lo creía ni él. Cualquiera de nosotras podía ser más violenta que él, que era como un osito tierno y adorable, pero le gustaba comportarse como el troglodita que no era de vez en cuando.

—Bueno, ¿y qué tal? ¿Cómo habéis aguantado todo el fin de semana separados?—les pregunté a Roberto y a Manu.

—¿Y quién te ha dicho a ti que hayamos estado separados?—contestó Roberto con una sonrisa.

Les miré con los ojos como platos.

—¿Os habéis ido juntos al pueblo? ¿Con tu familia, Manu? ¿Ya?—pregunté incrédula.

—Bueno, le he presentado como un amigo del trabajo y hemos dormido en habitaciones separadas, mis padres son muy modernos aunque sean de pueblo y todo les parece bien.

—Si fuesen tan modernos hubieseis dormido en la misma cama—apuntó Lara con una sonrisa.

—Bueno, no son tan modernos, si hubiésemos dormido en la misma cama mi pobre padre no hubiera pegado ojo en toda la noche—contestó Manu riéndose.

Nos sentamos todos a la mesa con nuestro café y partimos la empanada que tenía una pinta increíble. No dejamos ni las migas.

—¿Alguien ha hablado con Libertad este fin de semana?—pregunté.

—Yo—dijo Celia—. Debe llevar vomitando desde que nos lo contó, la pobre. Y me ha dicho que no sabe si es por las hormonas pero no soporta a David, ni a sus padres, ni a sus vecinos... vamos, que no quería quedar con nosotras de momento para seguir queriéndonos.

—Pues sí que le ha sentado mal a esta la maternidad—dije entre risas.

—¿Bueno, y tú qué?—preguntó Lara—. ¿Sabemos algo del señor amigo de sus ex?

—¿Qué ha pasado?—preguntó Roberto extrañado.

—La próxima vez os lo escribo en el grupo y así me ahorro contarlo 15 veces. Pues nada, que el viernes habíamos quedado pero le llamó su ex diciéndole que estaba en la puerta de su casa y se fue corriendo a estar con él. Y no supe nada de él hasta ayer que me contestó a un mensaje en el que le preguntaba si estaba bien con un: “Todo ok. Yo te llamo”. Y no sólo ha sido una mierda de mensaje, sino que además no me ha llamado. No me digáis que no es raro...

—Hombre, muy normal no es—dijo Manu en un murmullo.

—Pues ya estoy harta de hacer el imbécil, le voy a llamar y que salga el sol por Antequera.

—¿Por dónde quieres que salga?—preguntó Lara extrañada.

—¡Y yo qué sé! Es un dicho.

Cogí el móvil y marqué su número. Un tono... todas me miraban; dos tonos... silencio sepulcral en la cocina; tres tonos... Celia me cogió de la mano; cuatro tonos... empecé a bufar; cinco tonos... todas apartaron la mirada; y saltó el

contestador. Colgué sin dejar ningún mensaje y dejé el móvil en la mesa.

—Bueno, estará trabajando, a lo mejor no te podía coger—dijo Celia.

—A lo mejor. O a lo mejor lo ha dejado sonar encima de la mesa mientras él se planteaba cómo decirme que ha vuelto con su ex y que fue bonito mientras duró.

—No te emparanoies, Rubia. Seguro que todo esto tiene una explicación muy sencilla que ya te la dará en su momento. Venga, vamos a levantarnos que estoy escuchando a las moscas zumbar desde aquí.

Las horas pasaban lentas y mi teléfono seguía sin sonar. He de confesar que me llamé desde el fijo de la oficina a ver si funcionaba y... sí, funcionaba. Sobre las cuatro de la tarde, por fin, recibí un mensaje.

«Hola, Ana. Lo siento mucho, de verdad. Sé que todo está siendo muy raro, pero te lo explicaré todo. Javi lleva desde ayer en un hotel, pero tengo que pensar antes de quedar contigo. ¿Qué te parece si mañana nos tomamos algo al salir del trabajo?»

¿Que Javi estaba en un hotel? ¿Y eso por qué? ¿Y qué tenía que pensar? ¿Y de qué teníamos que hablar? Estaba claro que me había perdido unos cuantos capítulos y por el tono de ese mensaje, tenían que ser capítulos importantes, de los que cambiaban toda la trama de la película.

«No sé qué es lo que te pasa, pero si no una explicación, al menos sí me merecía que estos días diceses señales de vida. Mañana nos vemos, tú dirás dónde.»

Y cuando dejé el móvil en la mesa tuve la sensación de que el final ya estaba escrito aunque yo todavía no lo hubiese leído.

PERDER LO QUE QUIERES PARA TENER LO QUE MEREDES

Habíamos quedado en *Lolina Vintage Café* un pequeño rincón del centro que siempre me ha parecido muy acogedor y con mucho encanto. Tanto sus muebles como sus coloridas paredes son una borrachera visual. Además de que me parece un sitio precioso, me muero por sus *smoothies* y su tarta de zanahoria, aunque ese día no tenía el estómago para demasiada fiesta. Llegué muy pronto y, por no esperar en la calle, donde todavía hacía un calor infernal, entré y pedí un *smoothie* de fresa y plátano. En la mesa de al lado había una pareja hablando en susurros con las cabezas muy juntas y cogidos de la mano. A sus pies, un labrador color café con leche dormitaba con la cabeza apoyada sobre sus patas delanteras. Mientras esperaba a que me sirvieran mi bebida dejé volar mi imaginación... pensé que esa pareja se había conocido hacía poco, porque rara vez veías esa expresión de absoluto enamoramiento en una pareja ya consolidada. Imaginé que esa podía ser su segunda cita, se habían conocido el fin de semana anterior y habían acabado en casa de él o de ella. En los días posteriores habían estado mandándose mensajes, tanteando con pies de plomo al otro para ver si querría quedar o era demasiado pronto. Finalmente, alguno de los dos se había decidido a dar el primer paso y había propuesto quedar en una cafetería, algo neutro, nada de una cena en mi casa, un cine por la noche o una invitación a un restaurante. Un café en una cafetería coqueta de chueca con el pretexto de conocer al perro de uno de ellos y al que, al final, no harían ni caso porque se pasarían la tarde acariciando sus manos, rozándose levemente con las piernas y mirándose a los ojos como lo estaban haciendo en ese momento.

—Hola—una voz conocida me sacó de mi ensoñación.

Levanté la vista para toparme con unos ojos marrón chocolate que me miraban levemente entrecerrados por una media sonrisa que no llegaba a iluminar su cara, como en otras ocasiones.

—Hola, Lucas. Perdona, estaba distraída...

Se inclinó para besar mi mejilla y se sentó frente a mí. Ojeó la carta para pedir otro *smoothie*, pero el suyo de papaya, mango y piña. Hacía sólo unos días habría besado mis labios mientras me abrazaba. Ni siquiera cuando me conoció me dio la impresión de que sus besos eran tan impersonales, tan protocolarios. O es que yo me estaba volviendo loca, que también podía ser.

—¿Qué tal la vuelta al trabajo? —dijo rompiendo el hielo.

—Igual de aburrido que antes de las vacaciones, pero ahora por lo menos estoy más descansada. Oye, lo cierto es que a mí me importa una mierda mi trabajo y a ti también, siento ser tan directa pero este tipo de conversaciones introductorias siempre se me han dado fatal—me tapé los ojos con la mano—. Lo siento, de verdad. Soy una borde.

—No, no, lo siento yo. Es que no sabía cómo empezar, pero tienes razón, las conversaciones de ascensor son absurdas—me quitó la mano de la cara y sonrió buscando mi mirada que seguía clavada en el suelo. Esta vez sí que se le formaron esas adorables arrugas alrededor de los ojos y le correspondí con otra sonrisa. Pero la mía muy pequeñita.

—Venga, ¿qué quieres saber? —preguntó.

Abrí los ojos desmesuradamente y me aparté de él unos centímetros.

—¿Que qué quiero saber yo? Yo no quiero saber nada, lo dices como si fuese una loca que te pide explicaciones por todo.

—No, no, perdona, es que no sé por dónde empezar.

—Mira, que tu ex vaya a tu casa me parece muy bien—mentí—, pero si desde el día que viene no das señales de vida y cuando lo haces es para decirme que se ha ido a un hotel, pues entiende que me extraña todo un poco.

—Vale, mira, tienes razón... fue todo un poco raro, pero no pasó nada, te lo juro.

—Que no es eso. No es que esté celosa y quiera saber lo que ha pasado entre vosotros. De eso tú sabrás. Desde luego que no quiero que pase nada con nadie, pero yo confío en ti, que eres mi pareja. No es por eso por lo que estoy confusa, es por tu reacción cuando ha venido Javi, no porque haya venido. ¿Qué pasa, que siempre que Javi haga acto de presencia yo tengo que desaparecer como si no existiera? ¿Lo nuestro está prohibido, es eso?

—No, Ana, no lo está, no te emparanoies sin necesidad. Joder, entiende que explicar lo nuestro es muy complicado. A mí siempre me han gustado los hombres y de repente tengo una relación contigo, que eres de todo menos un hombre. Mis padres piensan que es una ventolera que me ha dado, mis amigos que he perdido el juicio y mi exnovio cree que es una llamada de atención para que vuelva conmigo. Tengo que dar demasiadas explicaciones y me canso.

—Si tienes que dar demasiadas explicaciones el problema no es mío, es de tu entorno. Yo no tuve que dar ninguna, se lo conté a la gente, se rieron y me animaron a que siguiese para adelante pasase lo que pasase.

—Pero no eres tú quien ha cambiado una parte esencial de su vida.

—¿Es algo esencial con quién te acuestas y con quién te levantas? ¿Para quién es esencial, para ti o para tu gente? Soy una persona, una persona que te quiere, te cuida y te respeta, eso debería bastar. ¿Qué más da lo que tenga entre las piernas?

—Ya lo sé, a mí me da igual, Ana, pero tengo que dejar pasar tiempo para que mi gente lo acepte, sino nunca me voy a sentir cómodo.

—¿Tienes que dejar pasar el tiempo? Entonces qué, ¿dejamos de vernos hasta que a tu exnovio le parezca bien y tus padres nos den su bendición?

—No tenemos que dejar de vernos, Ana. Sólo quizá... bueno, esperar un poco antes de introducirnos en la vida del otro.

—Yo no tengo nada que ocultar, Lucas. No quiero estar escondiéndome como si estuviese haciendo algo malo. ¿Pero se puede saber qué ha pasado estos días para que de repente te replantees todo?

—No ha pasado nada. Sólo estuvimos hablando, él no cree que esto sea real, piensa que estoy confundido, que me caes muy bien pero que nunca puedo sentir algo más por una mujer si lo que me gustan son los hombres. Te juro que hubo un momento que dude... Me besó, Ana. Me besó y no sentí lo que siento estando contigo.

Intenté ignorar las burbujas que subieron por mi estómago al escucharle decir que se besaron. Eso era lo de menos, me dije. El problema no era ese, eran las dudas, la culpa que advertía en su mirada... era que no me merecía otra relación así.

—¿Qué es lo que me ofreces, Lucas? ¿Qué nos escondamos como si lo que hacemos estuviese mal?

—Sólo es algo temporal, Ana.

—Yo no tengo nada de malo, Lucas. Si mi delito es ser una mujer, me alegro de ser una delincuente. Se acabó Lucas, no tengo nada que esconder. Piénsatelo, plantéate si es así como quieres vivir tu vida, porque si lo que te digan los de tu alrededor puede más que lo que tú piensas sobre ti mismo, soy yo quien no quiere saber nada de ti.

Dejé un billete sobre la mesa y me levanté. Lucas cogió mi muñeca mientras agarraba fuertemente su vaso con la otra mano.

—Espera, Ana. Espera, no te vayas...

Le sonreí y tiré de mi mano para deshacerme de la suya.

—No, Lucas. Lo siento, pero no me lo merezco... Tú sólo piensa y cuando lo tengas claro, ya hablaremos. No me prometas nada, no me hace falta. Yo tampoco

te lo prometeré a ti. Mereces la pena, Lucas, pero tú todavía no lo sabes.

Todavía no había salido de la cafetería cuando las lágrimas ya rodaban por mis mejillas. Pero nadie se dio cuenta, porque Lucas no salió detrás de mí.

EPÍLOGO

Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y la mesa baja del salón estaba enterrada bajo una cantidad ingente de pañuelos de papel. Un mensaje había bastado para reunir a todo el grupo en mi casa. Hasta Libertad había dejado de vomitar momentáneamente para ocupar su lugar en el suelo de mi salón, acariciando mi rodilla para darme ánimos. Lara dio un trago a su vaso de vino y se animó por fin a hablar.

—Pero bueno, niña. ¿Y esta llantina? Has sido muy valiente con él pero ahora te ha dado un síndrome de Victorianismo...

Le tiré uno de mis pañuelos de papel llenos de mocos pero, en lugar de acertarle en la cabeza como era mi intención, se quedó a mitad de camino.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Celia.

—Nada, no voy a hacer nada. Ya está, se acabó, no tengo fuerzas ni ganas de luchar por algo en lo que ni él mismo cree. Que ya estoy harta, chicas, que me merezco algo tranquilo y normal.

Nadie dijo nada. Mis chicas preferían callar para que pudiese oír mis propios pensamientos. Lo que ellas no sabían es que tenía tantas voces en mi cabeza que se superponían unas con otras, que era imposible entenderlas. Sólo necesitaba descansar, alejarme de todo esto y volver a empezar de cero, como si los últimos dos meses no hubiesen existido. Estaba harta de sentirme como la pieza que no encaja en ningún puzzle. ¿Huía porque era más fácil desentenderme que luchar por lo que quería? Esa pregunta se repetía en mi mente una y otra vez y yo la desechaba conscientemente porque no quería tener que pensar para responderla. Y mientras tanto, su mensaje seguía en mi móvil sin contestación.

«Podemos arreglarlo, Ana. Sólo necesito tiempo, pero lo tengo claro. Eres la única persona que me hace sentir bien con lo que soy, que no me juzga. Volveré a por ti. Sólo espero que tengas la paciencia suficiente como para esperarme.»

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Siempre había querido ser escritora. Recuerdo que, si elegí la carrera de periodismo, fue porque tenía que ver con escribir, puesto que no existía una 'carrera de escritora'. Pero parece que lo olvidé durante mucho tiempo mientras me dedicaba a vivir mi vida. Curioso que me decidiera a terminar esta novela y publicarla cuando menos tiempo tengo para hacerlo: ahora que soy madre. Pero nunca es tarde para luchar por tu sueño.

Quería dar las gracias a Humphrey, como no, por su maravillosa portada. Y por su paciencia, por no mandarme a la mierda cuando le pedía otra tipografía, otro color, otra foto porque en esta la chica parece que va a echar los higadillos de tanto toser... Por aguantar mis 'ideas geniales' a cualquier hora del día. Y sobre todo sobre todo, gracias por ofrecerte sin darme tiempo ni siquiera a pedírtelo, por leerte el libro en tiempo récord y por estar ahí siempre, aún cuando nos veamos menos.

A mis amigos, todos, los de Madrid y los de Alfaro. Los de Andalucía, Galicia, Valladolid. Los que viven en Australia y los que viven en Bruselas. Los que comparten conmigo el vicio de la escritura y los que no. Los que ya se han leído el libro y me han dado sus opiniones para mejorarlo (gracias Marta, por tanto), los que no se lo han leído porque no se lo he pasado y los que no se lo han leído a pesar de que se lo haya pasado (Bueno, a esos se lo agradezco menos...).

A todas las que me inspiraron a mis chicas: Ceci, Laura, Ire, Mari, Carol, Ricardo, Hugo Silva... Y a las que no me inspiraron ningún personaje en particular pero me ayudaron a crearlos todos (Sí Manme, aquí entras tú). Cris, aunque no acabamos el trabajo, gracias por ayudarme a titular los primeros capítulos con una cerveza en la mano en un hotel de Zaragoza. Las risas bien valieron la intentona.

A mi familia, por apoyarme siempre en todo lo que hago y por su amor, la mayoría de las veces silencioso. Os quiero. A mis padres en especial por leeros el libro con tanta ilusión, aunque tuvieseis que pasar rápido las escenas guarras porque le poníais mi cara a la protagonista y os ponía nerviosos.

A mi familia pucelana, porque sin vuestra ayuda cuidando del pequeño demonio no lo hubiese podido terminar. Como no, a Moni y Rodri, mi argentino favorito, sin vosotros, esto no sería posible. Sin vosotros, mi vida no sería posible.

Y para terminar, como no, a Ramón, que aunque jamás vaya a leer este libro ni los que vendrán, me apoya siempre en todo (aunque solo sea para que me convierta en la próxima J.K. Rowling y le jubile). Gracias por caminar a mi lado y ofrecerme tu mano cuando flaqueo, porque me has enseñado que pensar todo el rato y ser un intensito no siempre es malo. Te quiero.

A todos los que me dejo, lo siento. Sabéis quienes sois y sabéis que os pienso mucho y muy fuerte.

Y por último, gracias a ti por atreverte con una desconocida y darles una oportunidad a Ana y Lucas. Si te ha gustado leerlo tanto como a mi escribirlo nos veremos en las próximas historias. Gracias por darme la oportunidad de conseguir mi sueño.

SOBRE LA AUTORA



Sara Flamenco (Alfaro, La Rioja, 1983) es licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid y máster en Comunicación Corporativa y Publicitaria por la misma universidad. En la actualidad trabaja en la web de contenidos de una gran multinacional.

Su sueño siempre ha sido ser escritora, y para ello ha estudiado escritura creativa en las escuelas Fuentetaja y Función Lenguaje. Hasta ahora, sólo se había atrevido con el relato corto y con 'La pieza que no encaja' ha dado el salto a la novela.

Sigue a la autora en Twitter @LaSaraFlamenco y @SMFlamenco

En Facebook <https://www.facebook.com/sara.flamenco.75>

En Instagram @saraflamenco

Y en sus blogs: <https://enmistripas.wordpress.com/> y <https://porlapuertadatras.wordpress.com/>

FOTOS Y TIPOGRAFÍAS USADAS

Foto de la biografía

Fotógrafo: Lucía Martínez

Empresa: Zebra Audiovisual

Web: <http://www.zebraaudiovisual.com/>

Instagram: @zebra_audiovisual

Facebook: <https://www.facebook.com/ZebraAudiovisual/>

Fotos de la portada

Arena de fondo:

Recurso: Jaymantri.com

Website: Pexels.com (<https://www.pexels.com/photo/beach-sand-drink-5006/>)

Licencia: CCO

Labios

Recurso: @worthyofelegance

Website: Unplash.com (<https://unsplash.com/photos/ydGDOuub4wA>)

Licencia: CCO

Bolso - Libro - Gafas

Fotógrafo: Anna Hamilton (@lovingdreamer)

Website: Unplash.com (<https://unsplash.com/@lovingdreamer?photo=e5IMVSjZ1dA>)

Licencia: CCO

Maleta - Trolley

Fotógrafo: Tom Eversley (@tomeversley)

Website: Unplash.com (<https://unsplash.com/@tomeversley?photo=1bK7uTiSxcM>)

Licencia: CCO

Cigarrillo

Fotógrafo: Thong Vo (@titi_wanderer)

Website: Unplash.com (<https://unsplash.com/photos/EA12y2MfgXI>)

Licencia: CCO

Taza de café

Fotógrafo / Recurso: Stokpic.com

Website: Pexels.com (<https://www.pexels.com/photo/restaurant-person-woman-coffee-6481/>)

Licencia: CCO

Móvil

Fotógrafo / Recurso: Kaboompics.com

Website: Pexels.com (<https://www.pexels.com/photo/close-up-portrait-of-a-young-woman-typing-a-text-message-on-mobile-phone-6400/>)

Licencia: CCO

Pareja paseando

Fotógrafo: Evan Rummel

Website: Mopho.to (<http://mopho.to/couple-in-love-walking-on-the-beach/>)

Licencia: CCO

Tipografías:

Título:

Peyton Script Regular Free

by TheHungryJpeg

<https://thehungryjpeg.com/freebie/57038-the-free-peyton-script/>

Autora:

Open Sans

by Google Fonts

<https://fonts.google.com/specimen/Open+Sans>

Table of Contents

[Una ayuda desde el Olimpo](#)

[¿Y ahora, qué?](#)

[Una loca más en el grupo](#)

[Puede ser mi gran noche](#)

[Copas tests y mensajes de texto](#)

[Mi caballero andante de lengua afilada, al recate](#)

[New York, New York...](#)

[¡Y cayó la bomba!](#)

[Quien con niños se acuesta...](#)

[Si aún en pelotas te sientes bien...](#)

[¿Quién dijo que las sorpresas eran agradables?](#)

[El paraíso tiene chumberas](#)

[Días de pasiones, noche de confesiones](#)

[Los niños y los exnovios vienen de País](#)

[Pensar está sobrevalorado](#)

[Para decir eso, mejor no digas nada](#)

[Hay algo que huele muy mal](#)

[Perder lo que quieres para tener lo que mereces](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)